HARLEQUIN™

Jazmín™

Carole Mortimer

Todo por ella

LDS

Joanne Delaney haria cualquier cosa con tal de proteger a su querida hija de aquella petición de custodia…¡incluso aceptar un matrimonio de conveniencia! Lo que no sabia era que iba a recibir dos ofertas inesperadas: una de Nick Mason, un guapísimo desconocido y otra del millonario David Banning.



Carole Mortimer

Todo por ella

Jazmín - 1753

ePub r1.0
LDS 23.01.17

Título original: *The fiance fix*
Carole Mortimer, 2002

Editor digital: LDS
ePub base r1.2



CAPITULO 1

ESTE sitio es solo para mujeres o también os dedicáis a los hombres? Joey encontró graciosa la pregunta y levantó la vista del dinero que contaba en la caja después de un largo día de trabajo.

¡Anda! El hombre a la entrada no sería un genio en expresarse, pero lo compensaba con su aspecto: alto y musculoso, atractivo rostro viril, cabello oscuro largo y ojos color chocolate que parecían invitar a irse a la cama con él.

Pero… ¿qué la habría llevado a pensar en eso último? Joey era una madre soltera de treinta años, tenía una niña de seis y en los últimos diez años creía haber oído todas las formas posibles de intentar ligar con ella, así que nunca la habían atraído los hombres por los mensajes ocultos en sus ojos. ¡Todo lo contrario!

—Esto es una peluquería unisex, si eso es lo que quiere saber —respondió secamente, enderezándose.

—Eso es lo que quería saber —confirmó él, burlón—. ¿Tienes tiempo para hacer algo con esto? —preguntó, pasándose la mano por el espeso cabello oscuro.

La peluquería había cerrado a las cinco y media, cinco minutos atrás, pero Susie, la última ayudante en marcharse, se había olvidado de echar el cerrojo al salir.

—Pues, lo cierto es que está cerrado…

—Perdona la molestia —dijo el hombre, asintiendo con la cabeza antes de darse la vuelta para marcharse.

—pero si solo quiere que le recorte un poco… —acabó de decir Joey con gesto interrogante. Era el día en que Lily tenía ballet, y Joey disponía de unos treinta minutos hasta que se hiciese la hora de ir a buscarla.

—¡Genial! —dijo el hombre, volviendo a entrar tan rápido que

Joey dio un paso atrás.

El moderno salón, con su decoración en plateado y negro adornando con fotografías de cortes de pelo en boga, pareció empequeñecerse ante el tamaño del hombre con camisa a cuadros marcándole los anchos hombros y las largas piernas enfundadas en vaqueros un poco polvorientos, que mediría más de un metro ochenta y cinco.

Quizá no fuese tan buena idea dejarlo entrar, se preocupó Joey. A pesar de su talla, el hombre parecía amable, pero estaban los dos solos y ¡hasta un asesino en serie podía parecer simpático!

—Créeme, lo único que quiero es que me adecentes un poco —le aseguró el hombre, sentándose en uno de los sillones frente a la pared de espejo.

Joey se puso como un tomate. A él le había bastado una mirada para darse cuenta de lo que ella pensaba.

A propósito, agarró del armario un peinador rosado que generalmente usaban para las dientas y lo envolvió con él, cubriéndole las manos.

—¿Qué quiere que le haga? —le preguntó con su acento más profesional a la imagen reflejada en el espejo, intentando no pensar en lo pequeña que se veía a su lado. Ambos tenían la misma altura: él sentado y ella de pie, con su pelo rubio hasta los hombros y los cautelosos ojos verdes orlados de negras pestañas.

—Lo que te he dicho, que me recortes un poco —dijo el, encogiéndose de hombros.

Tenía un bonito cabello, del mismo color chocolate que sus ojos burlones, si bien un poco sucio de polvo, descubrió al pasarle las manos por las ondas.

—¿Quiere que se lo lave antes de cortarle? —le ofreció.

—Me lo lavaré más tarde, cuando me duche —rechazó él—. Si no le importa el polvo, quiero decir.

—No, en absoluto —dijo Joey, tomando el peine y las tijeras. Al acercarse sintió su loción de después de afeitarse mezclado con un ligero olor a sudor, como si el hombre hubiese estado haciendo ejercicio físico—, ¿Trabaja en el edificio de al lado? —le preguntó mientras comenzaba a cortarle el cabello.

—Lamento encontrarme en este estado —se disculpó él—. En una situación normal, no hubiese venido aquí directamente del trabajo, pero…

—¿Tiene una cita importante? —adivinó Joey bromeando. Con lo guapo que era, ¿cómo no iba aquel hombre a tener una cita?

—Algo por el estilo —dijo él, riendo por lo bajo. El sonido profundo y ronco resultó de lo más sensual y le dio un escalofrío a Joey.

Se sintió inquieta. Desde luego, aquel hombre acababa de entrar de la calle, era obvio que era un obrero de la construcción, estaba probablemente allí para hacer una tarea y luego marcharse. Lo más seguro era que Joey nunca lo volviese a ver. Además, tenía una «cita importante» aquella noche.

—¿Cómo van las cosas por allá? —preguntó, señalando con la cabeza la obra detrás de la peluquería.

—Bien. Pronto derribarán este sitio también, ¿no? —preguntó.

Los dedos de Joey temblaron un segundo mientras le recortaba por encima de la oreja. Se alegró de estar inclinada, así él no le vería la expresión.

—Pronto, sí —confirmó con dureza.

Intentaba no pensar en ello, a pesar de que el dueño del local le había informado hacía varias semanas que

no le renovaría el contrato cuando este se acabase, y faltaban solo dos meses para ello.

Al igual que todos los demás del bloque, él también había vendido a la cadena de supermercados Masón, una empresa que rápidamente se estaba convirtiendo en la más grande del país, capaz de pagarle una suma que ni en cien años de alquiler conseguiría reunir. Todas las propiedades de la manzana se hallaban ya vacías y, en algunos casos, derribadas. El hombre estaba cubierto de polvo, pero lo mismo le sucedía a su peluquería, por más que limpiasen y limpiasen.

—¿He metido el dedo en la llaga? —preguntó el hombre frente a ella suavemente.

—Sí —respondió Joey, sin aclarar que «llaga» no expresaba ni por asomo lo que ella sentía al verse desalojada—. Comprendo que trabajes para Dominic Masón, pero…

—Construcciones Harding tiene la contrata para edificar el

nuevo supermercado —la interrumpió él.

—Da igual —dijo Joey. ¿Qué más daba quién lo hacía? Encontrar un local nuevo para su empresa le había puesto la vida patas arriba.

Y como si ello fuese poco, el padre de Lily había reaparecido hacía dos meses. Recibió la notificación de la terminación del contrato y la carta del padre de Lily el mismo día. ¡Una fecha para tachar en el calendario!

Con respecto a lo primero, poco podía hacer. En cuanto a lo segundo, lo había resuelto con una cortante carta informando a Daniel Banning que no tenía nada que decirle en absoluto, que todo ya había sido dicho. A su carta había seguido un silencio sepulcral.

—¿Decías…? —le dijo su cliente con curiosidad—. Sobre Dominic Masón —le recordó cuando Joey lo miró sin comprender.

Dominic Masón, pensó Joey con disgusto. Desde su aparición en el mundo del supermercado diez años

atrás, el tipo había logrado comprar otras dos cadenas conocidas, expandiéndose a Estados Unidos y Europa, a la vez que expandía su cadena en Inglaterra.

—Ese tipo sólo estará contento cuando se compre todos los supermercados del mundo —masculló.

—Un megalómano del supermercado —bromeó el hombre.

—Exactamente —dijo Joey, que se enfadaba fácilmente cuando salía a relucir el tema de Dominic Masón—. ¿Cuánto dinero necesita ese tipo? —dijo con sarcasmo, atacando con las tijeras el oscuro cabello.

—No me lo dejes demasiado corto, si no te importa —intervino el hombre con suavidad.

—Perdone —dijo ella, disculpándose con una sonrisa—. Como habrá imaginado, Dominic Masón no es santo de mi devoción.

—No me sorprende —asintió el hombre con la cabeza—. ¿Ha encontrado tu jefe adonde ir?

¿Jefe?

—Yo soy la «Joanne» que da el nombre a la peluquería —lo corrigió—. Aunque todos me llaman Joey —añadió, sin saber por qué. Así la llamaban sus amigos, ¡y aquel hombre estaba lejos de serlo!

—No me había dado cuenta de que eras la dueña —reconoció él

—. No me extraña que lo consideres una p… ejem, un problema —se autocorrigió—, que te causa Dominic Masón.

—Acabará ganando él, por supuesto —suspiró ella, quitándole con un cepillo el pelo que le había recortado de la nuca—. Los de su calaña siempre ganan. Pero no tengo intención de moverme de aquí hasta que sea absolutamente necesario —añadió con decisión.

Sabía que su salón de belleza probablemente estaría interfiriendo con la construcción del nuevo supermercado Masón, porque se hallaba justo en el medio del terreno de la obra. ¡Mejor! ¡Aunque tuviese que ahogarse

en una nube de polvo, valía la pena causarle a Dominic Masón todo el trastorno posible!

—No te culpo —dijo el hombre sin darle demasiada importancia y poniéndose de pie en cuanto Joey le quitó el peinador rosado—. ¿Cuánto te debo?

—Dar forma son ocho libras con cincuenta —dijo ella automáticamente, mirando el práctico reloj que llevaba en la muñeca; ya casi era la hora de pasar a recoger a Lily y a su amiga Daisy de su clase de ballet.

—¡Cielos! —dijo él, metiendo la mano en el bolsillo de sus vaqueros y sacándola vacía—. Ahora recuerdo que me dejé la cartera en la otra ropa. Una obra no es el sitio más adecuado para llevar cartera o tarjetas de crédito —añadió exasperado.

Genial. Ahora resultaba que el hombre ni siquiera podía pagarse un corte de pelo. No era la primera vez que a Joey le sucedía algo así, pero generalmente era alguno de sus clientes habituales quien se dejaba la cartera en casa por error.

—Mira, lo siento de veras —se disculpó el hombre, con las mejillas teñidas de rojo—. ¿Te parece bien que te traiga el dinero a primera hora de la mañana?

—De acuerdo —dijo Joey, segura de que no volvería a verlo nunca.

No es que fuese una cínica. Era que su vida había adquirido el hábito de sorprenderla cada dos por tres con cosas por el estilo. Y que el tipo aquel la timase era solo algo más que añadir a una lista que ya se estaba extendiendo demasiado.

—No me crees, ¿verdad? —se dio cuenta él, mirándola especulativamente.

—He dicho que está bien —dijo ella, esbozando una rápida sonrisa. Al menos, era su propio tiempo el que había desperdiciado. Al pensar en el tiempo, volvió a mirar el reloj. Ya tenía que estar saliendo—. Por favor, no te preocupes más por el corte de pelo.

—He dicho que te lo pagaré por la mañana y lo haré —le aseguró él con rostro serio—. Si fuese tú, echaría el cerrojo después de que yo me fuese —le recomendó con firmeza.

¡Ojos sugerentes y una naturaleza cariñosa! ¡Qué combinación más atractiva!

De ninguna manera, se dijo Joey inmediatamente. Ya tenía bastantes complicaciones en su vida: encontrar un local nuevo para su salón además de quitarse de encima a Daniel Banning, que intentaba alterar la vida que había construido con esfuerzo para sí misma y su hijita. Lo único que le faltaba era sentirse atraída por un hombre que tenía una cita importante aquella noche, ¡y que ni siquiera tenía dinero para pagarse un corte de pelo!

—Gracias —lo siguió hasta la puerta.

—En serio que vendré a primera hora de la mañana a pagarte —repitió él. deteniéndose en la puerta para darse la vuelta.

—Desde luego que lo harás —asintió ella con la cabeza, incrédula.

—¿A qué hora abrís? —le preguntó él, molesto por el evidente escepticismo femenino.

—A las nueve y media. Pero como ya te he dicho, no te preocupes por ello…

—Sí que lo haré —la interrumpió él con suavidad—. Probablemente no pueda dormir esta noche —bromeó, antes de dirigirse a la polvorienta camioneta aparcada fuera.

Joey dio un bufido mientras lo miraba alejarse. Quizá él no durmiese aquella noche, ¡pero tenía la sensación de que ello se debería más a su cita que a la preocupación por su deuda de ocho libras con cincuenta!

—De acuerdo, Daisy, hemos llegado —le dijo Joey a la pequeña. Las dos niñas sentadas en el asiento trasero hablaban tanto, que seguro que ni se habían dado cuenta de que habían llegado a la casa de Daisy. Y pensar que, en cuanto terminase con sus tareas, Lily la llamaría por teléfono como si no se hubiesen visto en todo el día.

¿Habría sido ella alguna vez así?, se preguntó Joey. No lo creía,

pero lo que sí era cierto era que a pesar de sus defectos, su madre siempre estaba esperándola cuando volvía a casa. Y como Lily y Daisy eran hijas de madres solteras, no tenían aquello…

—Gracias —le sonrió Daisy antes de salir del coche.

—Dile a tu madre que estaré aquí a las ocho y media para llevarte al colegio —dijo Joey automáticamente, devolviéndole el saludo con la mano a Hilary cuando aquella salió a recibir a la niña.

Como ambas estaban solas, las dos mujeres compartían las responsabilidades de sus dos hijas mientras hacían malabares para ejercer sus profesiones y mantenerlas. Joey las llevaba al colegio por la mañana y Hilary las recogía por la tarde y se quedaba con Lily hasta que Joey la pasaba a buscar después del trabajo. Todo había funcionado muy bien hasta entonces.

—¿Has pasado un buen día, mami? —preguntó Lily con interés mientras recorrían la milla que las separaba de su propia casa. Era una diminuta réplica suya. ¡Gracias a Dios que no se parecía a su padre en absoluto!

Joey frunció el ceño. Hasta las cinco y media, el día había sido un día corriente: ajetreado y lleno de polvo. Hasta que la había engañado ese… pero no había motivo para preocupar a Lily con aquello.

—Muy bien, cielo —respondió, restándole importancia—. ¿Y tú?

—He traído mi examen de ortografía para el viernes —dijo su hija y su expresión disgustada se reflejó en el retrovisor.

Joey contuvo una sonrisa; ¡el problema de los deberes de Lily era que interferían con su vida social!

—Estoy segura de que nos saldrá bien —prometió, con el rostro impertérrito—. ¿Qué quieres cenar hoy?

—Pasta y pollo frito —respondió su hija predeciblemente. Pocas veces deseaba comer algo distinto.

—Será mejor que también comamos unos guisantes, ¿no te parece? —dijo Joey sonriendo con indulgencia. Como todos los niños del mundo, Lily odiaba la verdura.

—Si no hay más remedio —accedió la niña a regañadientes—. Yo… ¡oh, mira, mami! Hay un coche aparcado frente a casa —dijo excitada.

Joey miró el coche azul intrigada. Pocas veces recibía visitas en el pequeño chalet adosado que ambas compartían en la tranquila

zona residencial de la ciudad. Entre el trabajo y cuidar a Lily, tenía poco tiempo para vida social propia.

—Quizá vienen a visitar a los vecinos —dijo, aparcando su coche tras el azul antes de salir y abrirle la puerta trasera a Lily con deliberado desinterés por el coche aparcado. ¡No había ninguna necesidad de quedarse mirándolo como si fuese un platillo volador!

Su hija, que no tenía inhibiciones, miró hacia el coche abiertamente, tomada de la mano de Joey mientras se dirigían a su casa.

—Hay un hombre sentado dentro, mami —le dijo en un audible susurro.

Joey se estremeció al oírla, segura de que «el hombre sentado dentro» la había oído. Era una cálida tarde y probablemente él tenía la ventanilla del coche abierta. Abrió con la llave la puerta de entrada y la empujó. —Venga, Lily —alentó a su hija, que se retrasaba, llevada por la curiosidad.

—Se baja del coche, mami —la informó Lily, tironeando de la manga de la ligera chaqueta que Joey llevaba sobre una camiseta rosada y unos pantalones negros. Joey lo comprobó, entrecerrando los ojos contra el sol poniente mientras observaba al alto hombres que emergía del coche.

Al reconocer al hombre alto y rubio de guapo rostro dominado por un par de fríos ojos azules que la recorrieron de arriba abajo antes de mirar abiertamente a Lily, Joey sintió que se quedaba sin respiración instantáneamente.

El padre de Lily.

La sensación de mal agüero que la perseguía desde que escribió la tajante carta volvió con toda su fuerza. Rodeando protectoramente a su niña con el brazo,' supo que solo podía haber un motivo que causase la venida de Daniel…

CAPÍTULO 2

ENTRA y cuelga la chaqueta del colegio, Lily —le dijo Joey a su hija con voz trémula— Enseguida voy.

—Pero mami…

—¡Entra, Lily! —profirió antes de tomar aire para controlarse y esbozar una sonrisa tranquilizadora al ver que los labios de su hija comenzaban a temblar ante su inesperada rudeza—. Enseguida voy —le aseguró, restándole importancia—. Pon el vídeo un ratito —le dijo, sabiendo que aquel inesperado placer calmaría la mortificación de su hija; generalmente la televisión y los vídeos estaban reservados para el fin de semana.

—¡Genial! —exclamó Lily antes de apresurarse a entrar; ya se había olvidado del inesperado visitante,

Joey se puso tensa y cuadró los hombros al levantar la cabeza para mirar al hombre que había provocado aquella escena. Entrecerró los ojos, perpleja al verlo mejor.

—Usted no es Daniel —dijo lentamente.

Aquel hombre era muy parecido al padre de Lily; ambos altos y rubios, los dos tenían aquellos ojos fríos y calculadores, pero aquel hombre era mayor que los treinta y dos años de Daniel. Probablemente estaría llegando a los cuarenta.

—Mi nombre es David Banning —dijo el hombre, con un fuerte acento americano—. Soy el hermano de Daniel.

El hermano de Daniel… Joey ni siquiera sabía que tenía un hermano, aunque no había motivo.

—¿Daniel no tuvo el coraje para venir él, entonces? —preguntó, sarcástica.

La mirada azul se tornó más helada y la boca se endureció en una fina línea.

—Habría sido bastante difícil, dadas las circunstancias —dijo David con brusquedad—. Daniel murió hace cuatro meses.

Joey se lo quedó mirando sin comprender, e incapaz de reaccionar, tragó varias veces mientras se bamboleaba ligeramente con una sensación de irrealidad. Daniel, ¿muerto? Pero, ¿cómo? ¿Qué?

Sacudió la cabeza cuando un pensamiento repentino la asaltó.

—No puede ser —dijo débilmente—. Yo… me escribió una carta hace dos meses…

—Fui yo —la interrumpió David Banning.

D. Banning. La carta que había recibido estaba firmada: D. Banning. Aquel hombre, el hermano de Daniel, también era D. Banning.

Había pensado que la firma de la carta era un poco formal, dadas las circunstancias, pero como no había visto a Daniel desde el momento en que lo informaron del nacimiento de Lily, Joey había decidido que era el extraño que prefería ser.

Pero la carta no había sido suya, porque él llevaba muerto dos meses cuando la enviaron…

—¿Cómo murió? —preguntó roncamente.

—De la misma forma en que vivió —se encogió de hombros su hermano—. Alocadamente. Conducía una lancha de alta velocidad demasiado rápido y se le dio la vuelta y se hundió. Recuperamos su cuerpo tres días más tarde —añadió.

Joey recordó al irresponsable y divertido joven que había conocido hacía siete años. Sí, se imaginaba a Daniel disfrutando del poder de la lancha, oía su risa triunfante mientras desafiaba a los dioses del mar… Y perdía.

—Lo siento —murmuró.

—¿De veras? —le preguntó David con escepticismo—. Creo que ambos debemos hablar, ¿no te parece? —añadió con dureza.

Joey se envaró. No le gustaba el sonido de aquello. Aquel hombre ya le había dicho todo lo que tenía que saber, ¿o no?

—Como ve, estoy muy ocupada en este momento —dijo, señalando con la cabeza hacia el interior de la casa. Se oía el vídeo en la tranquilidad de la tarde.

—Ya veo —dijo David Banning suavemente, rodeando el coche para quedarse de pie a poca distancia de ella. Llevaba un traje claro

de cara hechura, al igual que la camisa de seda blanca y la corbata gris con que lo acompañaba—. Ella se parece mucho a Daniel —murmuró roncamente.

—«Ella» se llama Lily —espetó Joey, indignada ante la comparación—. ¡Y no se parece en nada a Daniel, gracias a Dios!

—Es verdad —asintió David Banning con una burlona inclinación de cabeza—. Pero sigo pensando que tenemos que hablar… Josey, ¿verdad?

—Joey —corrigió ella abruptamente, intentando con desesperación asimilar lo que le sucedía. ¿Cuánto sabría aquel hombre de lo que había sucedido hacía siete años? ¿Y exactamente qué pretendía hacer al respecto? —Joey —repitió él con una dura sonrisa—, comprendo que todo esto te haya alterado un poco y que en este momento estés ocupada con Lily. Será mejor que nuestra conversación tenga lugar donde ella no esté presente. Quizá puedas reunirte conmigo más tarde esta noche y podríamos ir a un sitio tranquilo y cenar juntos…

—¡No! —lo interrumpió ella rudamente—. No —repitió con más calma cuando él la miró levantando las cejas—. No me da tiempo a conseguir una canguro. Además…

—Además, no deseas cenar conmigo más tarde —acabó su frase David Banning—. He venido de Estados Unidos con el único propósito de hablar contigo, Joey.

—Mi nombre es señorita Delaney —lo interrumpió ella—. No lo conozco lo bastante para que me tutee y me llame Joey.

Tampoco conocía bien al hombre de la peluquería y sin embargo lo había invitado a que lo hiciese, se le ocurrió pensar. Se dio cuenta de que el hecho de que la hubiese timado no era nada en comparación con el daño que este otro hombre le podía hacer.

—Señorita Delaney —murmuró David Banning pensativamente —. Irlandés, ¿verdad?

—Sí. ¿Y qué? —lo desafió ella.

—Nada, nada —dijo él, encogiéndose de hombros—. Quedemos mañana por la tarde, entonces —prosiguió en un tono que más que una sugerencia era una orden.

Joey se dio cuenta de que llevaban más de diez minutos hablando y Lily no seguiría entretenida con el vídeo mucho más si ella no entraba. ¡ Pero no quería quedar con aquel hombre al día

siguiente!

—Estoy alojado en el Grosvenor Hotel —dijo él, nombrando el mejor hotel de la ciudad, aunque era obvio por su tono que este no llegaba al nivel al que estaba acostumbrado.

Joey sabía por Daniel que los Banning eran una familia muy importante de la banca de Nueva York y que llevaban un estilo de vida de alto nivel; ¡estaba claro que la pequeña ciudad que Joey había elegido como residencia, con su hotel de tres estrellas, no era de su nivel!

—Mira qué bien —dijo con sarcasmo.

—Lo que podíamos hacer era comer allí mañana por la noche —dijo él, volviendo a utilizar su tono mandón. Estaba claro que no se iría hasta que hablase con ella.

—De acuerdo —aceptó Joey de repente—. Estaré allí a las ocho mañana por la noche. Estaba segura de que la hija de la vecina, que oficiaba de canguro las pocas veces que Joey salía, estaría encantada de ganarse un dinerillo extra— ¿Algo más? —añadió, con un irónico tono

servicial.

—Por ahora, no —dijo él, inclinando bruscamente la cabeza.

—¿Quién era ese hombre, mami? —preguntó Lily cuando Joey entró al salón unos minutos más tarde.

—Un hombre que intentaba venderme algo —dijo Joey secamente. Lily nunca había visto a su padre, y desde luego que no tenía ninguna necesidad de enterarse de que aquel hombre era su tío—. La cena estará lista en quince minutos —añadió en tono más ligero antes de escapar a la cocina.

Le llevó un instante recuperar la compostura. El D. Banning que le había escrito era el hermano de Daniel. Y ahora él había viajado desde Estados Unidos con el único propósito de hablar con ella. Había un solo tema que él querría discutir con ella: ¡Lily!

Pues bien, pensó Joey enderezándose con decisión. Que dijese lo que tenía que decir y luego se marchase. Ni ella ni Lily necesitaban nada de él.

—Hay un hombre en el salón que quiere verte, Joey —le dijo Hilary, entrando en el pequeño despacho de la trastienda.

Joey se puso pálida instantáneamente. ¡David Banning! ¿Por qué no esperaba hasta la noche? ¿Qué había sucedido para que quisiese verla tan pronto por la mañana? ¡Ojalá que fuese para decirle que se veía obligado a volver urgentemente a Estados Unidos!

—Gracias, Hilary —le dijo a su ayudante y amiga, esbozando una trémula sonrisa mientras se levantaba con reticencia.

Las dos mujeres se conocieron hacía un año, cuando Hilary comenzó a trabajar en el salón de belleza, y a las pocas semanas de trabajar juntas, ya se habían organizado perfectamente: Hilary terminaba de trabajar a las tres y cuarto todos los días, iba a recoger a Lily y Daisy y se llevaba a Lily a su casa hasta que Joey acabase el trabajo del día. Era un sistema que les resultaba cómodo a ambas.

—Es guapísimo —murmuró Hilary con admiración.

Joey apenas había notado la apariencia de David Banning la tarde anterior, pero sí, suponía que era bastante guapo. Si te gustaba la fría confianza rayana en la arrogancia, es decir. A Joey no le gustaba en absoluto. ¡Se había curado de espanto cuando Daniel, que también tenía una arrogante confianza, las había dejado plantadas hacía siete años!

—Puede que sí —dijo, rodeando la mesa para seguir a Hilary al salón mientras se preparaba para un segundo encuentro con el hermano de Daniel.

Los ojos se le abrieron como platos cuando vio al hombre esperándola. No era David Banning después de todo, sino el que no había podido pagar el corte de pelo.

Al menos tenía un aspecto ligeramente más decente, con la camisa y los vaqueros un poco más limpios.

—No me esperabas —ˆdijo él lentamente, al verle la expresión de sorpresa—. Te dije que vendría esta mañana a pagar mi corte de pelo —le recordó burlón, alargándole un billete de diez libras.

—Muy amable —dijo Joey, esbozando una trémula sonrisa. Asintió con la cabeza y tomó el dinero, abriendo la caja.

La inesperada honestidad contribuyó a que recuperase un poco su fe en la raza humana. ¡Si ahora consiguiese que David Banning se volviese a Estados Unidos sin alterarles demasiado la vida a ella

y Lily!

—Quédate con la vuelta —dijo el hombre—. Digamos que son los intereses, si quieres —añadió con ironía.

—Que yo sepa, los intereses no suman casi el veinte por ciento —sonrió Joey.

—Los morosos tienen que pagar un poco más de lo normal —dijo él, devolviéndole la sonrisa— Eh, ¿te sientes bien? —preguntó, mirándola con mayor detenimiento—. Tienes aspecto de enferma —añadió, al ver lo pálida que se encontraba.

Joey se puso a la defensiva inmediatamente. Había pasado una noche horrible después de meter a Lily en la cama, preocupándose por la visita de David Banning, sin poder dormir, pensando en lo que el hermano de Daniel querría de ella. Sabía que tenía un aspecto espantoso a pesar del maquillaje con el que había intentado borrar los estragos de una noche en blanco, ¡pero no le gustaba que aquel hombre se lo comentase!

—Por supuesto que me encuentro bien —soltó irritada.

—Pues no lo parece —insistió el hombre, sin hacer ningún esfuerzo por marcharse, a pesar de que ya había dejado de ser un «moroso».

Joey se dio cuenta de que estaban despertando la curiosidad de su clientela. Y Hilary les lanzaba miradas de interés a la vez que le hacía la permanente a una dienta.

—Estoy bien, de veras, señor… ejem, me encuentro bien —repitió con firmeza al darse cuenta de que ni siquiera sabía cómo se llamaba aquel hombre.

—Nick, tutéame —le dijo él con sequedad—. Y no te encuentras bien —refutó suavemente, tomándola del brazo para dirigirse con ella al minúsculo despacho de la trastienda.

—Pero bueno, señor… Nick —comenzó a decir indignada—. No puedes entrar aquí y…

—¿Y qué? —dijo él, soltándose una vez que se encontraron en la intimidad de su despacho, con la puerta firmemente cerrada tras ellos—. ¿Mostrar un poco de preocupación por alguien que anoche se encontraba claramente cansada después de un día de trabajo, pero ahora parece que le ha pasado una topadora por encima?

—¡Muchas gracias! —masculló Joey secamente, sentándose tras la mesa. Se sentiría mejor cuando pusiese un poco de distancia

entre los dos; ¡todavía sentía en el brazo el contacto con sus dedos!

¿Como si le hubiese pasado por encima una topadora? ¿Ese aspecto tenía? Probablemente, reconoció. ¡Así era como se sentía!

—¿Y? —insistió Nick, al otro lado de la mesa, con los brazos cruzados firmemente sobre el ancho pecho.

—Ni siquiera te conozco… —dijo Joey, meneando la cabeza, un tanto mareada.

—¿Qué necesitas saber? —dijo él, mirándola especulativamente —. Tengo treinta y cinco años, soy solvente —y añadió, con cierta ironía—: aunque no lo creas, ¡y no me marcharé de aquí hasta que me entere de lo que le ha sucedido a la confiada y agresiva mujer que conocí aquí anoche!

—No me ha sucedido nada —dijo Joey, elevando los ojos hacia él con frustración.

—Mentirosa —murmuró él con reprobación.

—No me gusta que me llamen mentirosa —espetó ella.

—Entonces, deja de serlo —le recomendó él, encogiéndose de hombros.

—¿No tienes que irte a trabajar? —preguntó Joey con retintín. Después de todo, eran casi las diez de la mañana.

—Ya iré —asintió él—. Sigo esperando, Joey —le recordó suavemente varios minutos más tarde, después de que el silencio se extendiese un rato.

Ella intentó tragar el nudo de su garganta, totalmente rebasada por la persistencia de aquel hombre. Normalmente, hubiese insistido en que se fuese, pero la noche en blanco y su angustia por la presencia de David Banning en Inglaterra hicieron que sus defensas no estuviesen tan firmes como siempre. Más bien sentía deseos de llorar. ¡No solo sentía deseos, sino que sintió que ardientes lágrimas le corrían por las mejillas!

—Me parecía —asintió Nick, rodeando rápidamente la mesa para tomarla en sus brazos—. Pobre cielo mío —murmuró dulcemente contra su pelo mientras la acunaba contra la firmeza de su pecho.

—¡No soy nada de eso! —se ahogó ella con sus lágrimas, avergonzada por el número que había montado. Quizá si Nick no hubiese sido tan amable con ella…—. Esto es ridículo —decidió, molesta consigo misma, alejándose de él—. Yo soy ridicula —

murmuró, alisándose el cabello. Era mejor que mirar la preocupación reflejada en los oscuros ojos castaños.

—No tienes por qué sentirte avergonzada —dijo Nick con dulzura—. Todos lloramos a veces.

La mayoría de la gente lo hacía, convino Joey, aunque dudaba que David Banning lo hiciese; tenía una dureza de acero que lo hacía más peligroso todavía que su hermano. Daniel había ignorado o restado importancia a todo lo que encontrase inaceptable en su vida regalada. Cosas como tener una hija…

—No me avergüenzo —replicó, recobrando la compostura—. Pero, como ves, tengo mucho trabajo en la peluquería en este momento…

—¿Quieres comer conmigo? —interrumpió Nick con decisión.

Joey casi se rio ante lo ridículo que resultaba: la comida con un obrero de la construcción y la cena con un poderoso banquero americano. ¿Podían ser más diferentes? ¡Aunque sabía al que prefería!

—¿No has perdido suficientes horas de trabajo ya? —razonó—. ¡Aunque no trabajes para Dominic Masón, estoy segura de que tu jefe no será tan comprensivo!

—Cumplo más que suficiente en mi trabajo —se encogió Nick despreocupadamente—. Parece que necesitas un respiro, Joey. Y además, algo de comer te vendrá bien —añadió con seriedad.

Probablemente. Por la mañana estaba tan preocupada, que lo único que hízo fue tomar una taza de café antes de salir. Pero… ¿deseaba comer con aquel hombre? ¿Un hombre cuyo contacto seguía sintiendo, después de un rato, cosquilleándole en el brazo?

Una mirada al decidido rostro masculino le bastó para saber que no tenía mucha opción, que Nick no se marcharía hasta que ella aceptase comer con él.

—Hay una cafetería en la siguiente esquina. Estaré allí a la una —dijo, dando un suspiro.

—Una cafetería —repitió él secamente—. ¿No hay nada mejor?

Probablemente sí, pero al igual que ella, probablemente tuviese un presupuesto muy limitado, especialmente después de la «importante cita» la noche anterior. Además, se sentía tan mal que no podría comer más que un sandwich.

—Solo tengo una hora para comer, un sandwich estará bien —

insistió.

—Pues, vale, entonces —asintió Nick—. A la una. Que no se te haga tarde, o vendré a buscarte —la advirtió al partir.

Joey se lo quedó mirando, preguntándose cómo diablos se habría metido en aquella situación. ¡El hombre había pasado de ser un moroso irrecuperable a su cita para comer!

¡ Y pensar que ella creía que el día anterior había sido duro!

CAPÍTULO 3

VENGA, Joey, elige un sandwich —alentó Nick sonriendo mientras ella se eternizaba con el menú, a pesar de que la camarera rondase cerca de ellos— ¡Ni el gobierno tarda tanto en tomar una decisión!

El problema era que ella no tenía nada de hambre. Según avanzaba la mañana, el nudo en la boca del estómago se le había apretado más todavía. Después de que Nick se marchase por la mañana, Joey se había pasado al menos diez minutos recriminándose por haberse dejado convencer de que comiese con él, aunque no dudaba en que él iría a buscarla si no iba a la cafetería. Cerró el menú.

—Queso con pan negro. Oh, y un capuchino —le dijo a la camarera con una sonrisa.

—¿Diez minutos para decidir eso? —bromeó Nick cuando se encontraron solos otra vez.

Joey no sabía qué había hecho él desde que le fue a pagar por la mañana, pero Nick tenía el mismo aspecto limpio y arreglado que a las diez de la mañana. La verdad era que no le importaban sus actividades, se dijo apresuradamente, aunque lo cierto era que muy a su pesar, se sentía intrigada por él. Era ridículo. Bastante tenía ya sin liarse además con Nick. Era increíble: dos años sin asomo de hombre en su vida y, justo cuando lo que menos necesitaba era esa complicación, Nick decidía aparecer de sopetón en su vida. ¡La próxima vez que un hombre le pidiese un corte de pelo después de la hora de cierre, le diría que el salón estaba cerrado y listo!

—¿Es porque tendrás que cerrar la peluquería? —exhortó Nick suavemente.

Joey dejó de hacer dobleces a la servilleta.

—¿Cómo?

—Estás preocupada nuevamente —explicó él—. Me preguntaba si no se debería a que tienes que trasladar la peluquería a un local nuevo.

—Entre otras cosas —dijo ella, con una mueca de disgusto.

Aunque, a decir verdad, desde la visita de David Banning, ni había pensado en el tema. Trasladar el salón de belleza no era nada comparado con intentar adivinar el motivo por el que David Banning había viajado desde América a verla. Mejor dicho, a ver a Lily, lo cual era mucho más preocupante.

—¿Otras cosas? —volvió a exhortar Nick con delicadeza.

—Eres muy astuto —dijo Joey, esbozando una levísima sonrisa.

—Para ser un basto obrero de la construcción —añadió él con frialdad.

—¡Yo no he dicho eso! —exclamó ella.

—No fue necesario —sonrió él—. Se notaba por el tono sorprendido de tu voz.

—Lo siento —dijo ella, totalmente desarmada por el efecto que la sonrisa de él tenía en ella. En otras circunstancias… pero no, se debía concentrar en los problemas que tenía, no crearse más.

—Dime qué «otras cosas» —la animó Nick con voz ronca—. Puedo conservar un secreto. En serio —añadió, persuasivo.

—La mayoría de los hombres pueden hacerlo —asintió Joey secamente—. ¡Es lo único para lo que sirven!

—¡Ay! —exclamó Nick ante su tono cáustico—. Me da la impresión por tu comentario que te has encontrado con más de un cerdo machista en tu vida. ¿O el término está pasado de moda ahora?

—Me parece que ahora se los llama bastardos egoístas —sonrió ella.

—No demasiado halagador para sus madres —dijo él, levantando las cejas.

—No —dijo Joey, poniéndose seria inmediatamente. Se preguntó si Daniel se habría interesado más en el bebé si este hubiese sido un varón en vez de Lily. Después de todo, un niño habría sido el heredero de los Banning… Pero no valía la pena hacer conjeturas; el bebé había sido la adorable Lily y, además, Daniel se había muerto sin tan siquiera verla…

Tomó una trémula bocanada de aire y miró deliberadamente la cálida e inquisitiva mirada castaña.

—Soy madre soltera —dijo con voz inexpresiva.

—Ah —murmuró Nick, asintiendo lentamente con la cabeza.

Como si con eso tuviese la respuesta a todas sus preguntas, pensó Joey de mal humor. Lo cual era una ridiculez; docenas de mujeres criaban a sus niños sin ayuda. Por muchos motivos.

—De «ah», nada —espetó, echándose un poco hacia atrás para que la camarera pudiese servirles los sandwiches y las bebidas—. Ser madre soltera tiene sus problemas —reconoció—, pero también tiene sus beneficios —añadió con determinación.

—¿Como qué? —preguntó Nick, interesado antes de dar un hambriento bocado al sandwich club que había pedido.

—¡Como ningún comentario negativo de un padre poco interesado! —soltó ella.

Daniel había resuelto la responsabilidad de tener a Lily con la menor complicación posible: depositaba una cantidad fija de dinero en una cuenta corriente todos los meses. De repente, Joey se dio cuenta de que habían seguido depositando el dinero los cuatro meses después de la muerte de Daniel. ¿Serían instrucciones de David Banning? Y si era así, ¿por qué? ¿La muerte de Daniel hacía tres meses no había anulado completamente cualquier responsabilidad que la familia Banning pudiese sentir por Lily?

—Estás frunciendo el ceño nuevamente, Joey —dijo Níck con suavidad.

Ella negó con la cabeza. No valía la pena atormentarse con todos aquellos pensamientos y preguntas, seguramente tendría respuesta para todos ellos por la noche, cuando cenase con David Banning. La espera la mataba.

—No me hagas caso —le dijo a Nick antes de darle un bocado a su sandwich.

—Oh, me resultaría imposible hacerlo —le respondió este con voz ronca y una intensa mirada—. Me intrigas, Joey —añadió con ternura.

Ella se envaró, lanzándole una mirada clara de sus ojos verdes.

—Yo que tú, no perdería el tiempo; ya te he dicho que no hay nada más que saber de mí —dijo para acabar el tema.

—Es mi tiempo —él se encogió de hombros—. Y te aseguro que

hasta ahora no lo he perdido.

Joey se sintió hipnotizada por la cálida mirada castaña, por sus sensuales labios; no dudó ni por un instante que Nick sería un amante cariñoso además de apasionado…

¿Un amante? ¡Se estaba pasando de la raya! Puso el sandwich a medio comer en el plato.

—Me tengo que ir…

—No, no tienes que irte —la interrumpió Nick—. Me fijé en el libro de citas esta mañana, cuando esperaba para hablar contigo, y la próxima no es hasta las dos y media, creo que para una permanente.

¿Se había fijado temprano? ¿Quería decir aquello que tenía intenciones de invitarla a comer desde entonces? ¿Por qué otro motivo iba a mirar el libro de citas? —Mira, Nick, creo que quizá hayas malinterpretado la situación…

—Veamos —murmuró él, pensativo—. Accediste a cortarme el pelo anoche porque tenías un poco de tiempo libre antes de irte a tu casa. No creíste ni por un instante que yo volvería por la mañana con el dinero para pagarte y estabas evidentemente sorprendida cuando lo hice —continuó decidido al ver que ella quería hablar—. Eres madre soltera. No tienes ni tiempo para los hombres ni fe en ellos. Comprensible —aceptó—. ¿He «malinterpretado» algo hasta ahora? —preguntó, levantando las cejas burlonamente.

Joey cerró la boca, mirándolo con los ojos entrecerrados. No, parecía que había comprendido todo perfectamente hasta aquel momento.

—Te has olvidado de decir que no estoy interesada en una relación en este momento —le dijo finalmente con determinación.

—Ni en el futuro, si he comprendido bien las señales —asintió Nick con sentido del humor.

Joey le lanzó una mirada de frustración. Si había comprendido las señales, ¿qué hacía allí? Más aún, ¿qué hacía ella allí? Sabía perfectamente la respuesta a ello: si sabía las señales, Nick había decidido no hacerles caso y hacer que ella tampoco.

—Exactamente —dijo, inclinándose a recoger su bolso del suelo —. Ahora, si me disculpa… —se interrumpió cuando Nick la tomó del brazo. Miró primero la mano contra la palidez de su piel y luego al hombre—. ¿Quiere hacer el favor de dejarme ir? —exigió sin

alterarse.

—Dentro de un segundo —dijo él, asintiendo abrupta—mente con la cabeza, aunque no hizo ningún esfuerzo por soltaría—. Joey, no dejes que una mala experiencia te amargue el resto de la vida —le dijo con voz ahogada.

—¿Una mala experiencia? —preguntó ella sarcásticamente, acentuando el número.

—Da igual el número —dijo él con impaciencia.

—La verdad es que ha habido solo una —reconoció a regañadientes—. Pero he visto docenas de otras relaciones terribles, suficientes para saber que es una lotería y que el hombre generalmente lleva la ventaja —negó con la cabeza—. Yo solía decir que en mi próxima reencamación quería ser hombre, ¡pero luego me lo pensé mejor y llegué a la conclusión de que, para entonces, las mujeres estarían en el poder! —sonrió al pensarlo.

—Me parece que te llevarías bien con mi hermana —dijo Nick, soltándola finalmente—. Siente lo mismo que tú —explicó con pena cuando Joey se dejó caer nuevamente en su silla.

—¿Tienes una hermana? —preguntó Joey, interesada. Y no solo porque hablar de ella haría que cambiasen de tema, sino porque él, muy a su pesar, le interesaba en serio.

—Y un padre y una madre —reconoció Nick con una sonrisa sardónica—. De hecho, fui hasta Londres a cenar con ellos anoche —añadió secamente, arqueando las cejas sobre los burlones ojos castaños al ver la mirada sorprendida de Joey—. ¿No era el tipo de «cita importante» que tenías en mente? —bromeó.

Lo cierto era que no, reconoció ella para sí.

—Habíame de ellos —invitó con suavidad, relajándose contra el respaldo de la silla ahora que Nick no la sujetaba del brazo. Pero, al igual que antes, sentía un cosquilleo donde él la había tocado…

—No hay mucho que contar, en realidad —se encogió él de hombros—. Mi padre tiene negocios, mi madre es la perfecta madre y esposa. Mi hermana es dos años mayor que yo, editora de un periódico, divorciada… y con intención de seguir siéndolo —reveló secamente.

—¡Muchas piensan como ella! —dijo Joey, con una sonrisa apesadumbrada.

—Desgraciadamente, así es —dijo Nick con pena—. Nos resulta

un poco difícil a los hombres, ahora que todas vosotras habéis decidido que el matrimonio y la maternidad no son para vosotras —explicó con ironía.

—Yo, por lo general, me he encontrado con que es totalmente al revés: ¡el matrimonio y la paternidad no son para vosotros! —explicó ella cuando él levantó las cejas interrogantes.

—Lo que es yo… —se encogió él de hombros.

—Me tengo que ir en serio, Nick —interrumpió ella con firmeza. No quería saber lo que él sentía al respecto. De hecho, ¡la conversación se había tornado demasiado íntima para dos personas que apenas habían estado juntas un rato la noche anterior!—. Tengo que hacer unas compras antes de mi cita de las dos y media —añadió, sacando un poco de dinero del bolso para pagar su comida.

—No —dijo Nick antes de que ella depositase el dinero sobre la mesa—. Creo que me alcanza para pagar un sandwich que no has comido —añadió con sorna cuando ella lo miró interrogante.

—Gracias —aceptó ella, guardando el dinero en el bolso.

—No sé el tipo de hombres que has conocido, Joey, pero cuando salgamos juntos, yo pagaré.

—¿Cuando él…? Pero… ¿no era esta salida y nada más?

—No te preocupes tanto, Joey —dijo Nick, tocándole levemente la mano que ella apoyaba en la mesa—. Solo quiero invitarte a cenar conmigo esta noche.

La intensidad de su mirada retuvo la suya y Joey descubrió que le costaba respirar, mientras sentía un cosquilleo en la mano donde él la había tocado.

¿Qué tenía aquel hombre que la hacía reaccionar de aquella forma? Era verdad que era muy atractivo, de una forma un poco ruda, y también podía ser encantador: su sonrisa era capaz de derretir al más duro de los corazones. Pero aun así…

—No digas que no, Joey —rogó él.

—Me temo que tendré que hacerlo —dijo ella con una sonrisa de disculpa— Yo… tengo una cita para esta noche —confesó con reticencia. Su reunión con David Banning no era exactamente una cita, pero no sabía de qué otro modo llamarla; decir que tenía que reunirse con el tío americano de su hija sería revelar demasiado.

—Ya veo —dijo Nick, soltando su mano abruptamente y echándose hacia atrás en la silla mientras le dirigía una mirada

especulativa.

—Dudo que lo hagas —dijo ella, sacudiendo la cabeza—, ¿Preferiría que dijese que tengo que lavarme el cabello? —añadió con impaciencia cuando él continuó mirándola de aquella forma insultante. No había forma de explicarle lo de David Banning sin bajar sus defensas. Y las había necesitado aquellos siete años. ¡Todavía las necesitaba!—. Gracias por el almuerzo —dijo, poniéndose de pie.

—De nada —dijo él tensamente.

Joey no tuvo otro remedio que salir de la cafetería con toda la dignidad que pudo reunir. Otro posible romance que se iba al garete, reconoció tristemente mientras circulaba por el supermercado, que por supuesto no era de la cadena Masón, buscando algo para la cena de Lily.

Era una pena que Nick y ella se separasen de aquella manera, porque a ella le gustaba bastante. Bueno, un poco más que bastante. Había una química entre ellos, algo físico, que era imposible negar. Aunque, pensándolo bien, Nick tenía treinta y cinco años y todavía estaba soltero, ¿qué le indicaba aquello? ¿Que no había encontrado a la mujer adecuada?

Pamplinas, sensiblerías. Lo que ella creía cuando tenía dieciséis años. La vida real no era así. Si tenías suerte, lograbas encontrar a alguien con quien compartir tu vida, con quien eras razonablemente compatible; si tenías menos suerte, lograbas vivir con esas diferencias en una armonía inestable. Estaba claro que «el alma gemela» no existía. ¡Don Perfecto no existía!

Una vez tomada esa decisión, Joey se sacó a Nick de la cabeza con determinación, pagó sus compras y volvió al trabajo. Tenía un problema mucho más serio de lidiar con David Banning aquella noche…

Se vistió con cuidado para su cena: un sencillo vestido negro a la rodilla y una chaqueta corta color esmeralda que hacía juego con el color de sus ojos. Era lo bastante formal para una cena, casi parecía de negocios. Justamente la impresión que quería causarle a David Banning aquella noche.

A pesar de que la reunión con el hermano de Daniel había sido breve el día anterior, Joey sabía que él sería un adversario formidable. Para Joey, cuando se trataba de Lily, quienquiera que

amenazase la despreocupada existencia infantil era considerado un enemigo. Y tenía la sensación clarísima de que aquello era lo que David Banning pretendía…

—Señorita Delaney —la saludó él, poniéndose de pie con distinción cuando Joey se le reunió en el vestíbulo del hotel a las ocho en punto—. Está muy guapa —añadió sin alterarse.

Se notaba que le costaba decirlo, pensó Joey al sentarse frente a él. Se preguntó cómo se habría imaginado él que sería la madre de su sobrina. ¿Dura? ¿Calculadora?

No era ninguna de aquellas dos cosas. ¡Aunque era capaz de ser como una leona defendiendo a su cría si alguien amenazaba a Lily!

—Usted también —respondió secamente.

Su ropa era demasiado elegante para un hotel como aquél, pero no podía negarse que a David Banning le hacían justicia el esmoquin hecho a medida y la camisa de seda blanca, que le marcaban los anchos hombros, la estrecha cintura y las largas piernas. Los zapatos también parecían hechos a mano. ¿Y por qué no? Los Banning eran una de las familias más ricas de Nueva York.

—Ya que nos hemos hecho cumplidos mutuamente, sugiero que vayamos a cenar —dijo él, poniéndose de pie y bajando la mirada de sus fríos ojos azules hacia ella.

Joey se puso de pie también y esbozó una fría sonrisa. La velada le resultaría tan horrible como había supuesto.

¡Aunque lo último que esperaba ver al entrar delante de David Banning en el comedor del hotel era a Nick sentado ante una mesa!

CAPÍTULO 4

QUÉ hacía Nick allí? Joey se vio invadida por el pánico al sentarse en la silla que le sujetaba el camarero. No le daba la espalda a Nick, sino que estaba en ángulo, lo cual le permitía mirarlo si así lo deseaba. ¡Y Nick podía elevar la mirada de los papeles que parecía estar leyendo y verla también!

Nick tenía otro aspecto aquella noche. Había reemplazado los informales vaqueros y la camisa de trabajo por una camisa color crema y unos pantalones de vestir. No tenía en absoluto el aspecto de obrero de la construcción que ella conocía, pensó, después de dirigirle una mirada furtiva.

¿Qué hacía comiendo en aquel hotel? Y solo, según se podía ver; iba por el primer plato y no había señales de nadie sentado con él. Nunca se imaginó que él se alojaría en un hotel como aquel. ¡Los salarios de los obreros de la construcción debían ser mucho más altos de lo que ella se imaginaba!

—¿Señorita Delaney? ¿O ya puedo llamarte Joey? Ella volvió a mirar a David Banning de golpe, parpadeando rápidamente mientras intentaba recobrar la compostura. ¡Ver a Nick de forma tan inesperada la había alterado!

—Desde luego —concedió distraída, mirando a su acompañante.

David Banning le dirigió una irónica mirada.

—El menú, Joey —indicó. El camarero, de pie a su lado, esperaba para dárselo.

—Oh, gracias —dijo, esbozando al joven camarero una breve sonrisa antes de tomar el menú con manos temblorosas.

Mientras leía sin ver las letras del menú, se dio cuenta de que las manos le temblaban por la presencia de Nick. Bastante difícil iba a ser ya la reunión con Daniel sin la espada de Damocles de que Nick

la viese allí, cenando con quien supuestamente era su «cita» aquella noche.

¿Qué haría Nick cuando la viese? ¿Se levantaría cuando acabase su propia comida y se marcharía del comedor, tan enfadado que no querría hablar con ella? ¿O se acercaría a saludar?

Hasta que Joey le dijo que tenía una cita aquella noche, pensaba que Nick haría lo segundo, pero su fría reacción cuando ella le dijo que saldría con otro hombre la hizo desear que hiciera lo primero. ¡No se sentía con fuerzas para lidiar con Nick además de David Banning!

—¿Pasa algo, Joey?

Joey elevó la vista y se volvió a encontrar con la mirada fría y especuladora de David Banning, ¡como si ella fuese un bicho asqueroso que él miraba en el microscopio! Cerró el menú con un golpe.

—Ha llegado de improviso, me ha informado de que Daniel está muerto y luego ha dicho que tenemos que hablar. ¡Por supuesto que pasa algo! —soltó cáusticamente.

—Touché —reconoció él secamente, cerrando su propio menú para darle toda su atención— ¿Cómo os conocisteis Daniel y tú?

—En la universidad —dijo ella, envarándose ante su ataque frontal.

—¿En Oxford? —preguntó él con sorpresa.

—¡Qué horror! ¿No? —dijo ella con una mueca—. Hay que ver el tipo de gente que permiten entrar en la universidad actualmente, aunque les dé la nota.

—Obviamente —la interrumpió David Banning, cortante—. ¿Sabías quién era Daniel cuando lo conociste?

Joey contuvo el aliento; estaba claro que iba a ser una batalla dura. De acuerdo, jugaría el juego.

—Se presentó como Daniel Banning —respondió sarcásticamente —. No vi el motivo para pensar que mentía.

El rostro de David Banning se oscureció amenazadoramente.

—Yo… —se interrumpió de forma brusca con la llegada del camarero que traía el vino. Mientras lo probaba, David se mostró evidentemente molesto por la interrupción.

Joey la agradeció. ¡Obviamente David Banning pensaba que siete años atrás ella era una cazafortunas! Frío, arrogante,

pomposo…

—¿Qué quieres comer, Joey? —preguntó él con impaciencia al ver que el camarero se quedaba junto a la mesa para tomar el pedido.

Contrólate, se dijo Joey con firmeza mientras pedía la sopa, seguida por lenguado y una ensalada. Le daba igual la comida, dudaba poder saborearla. ¡Se lo impediría la bilis que se le subía hasta la boca con el desdén condescendiente de David Banning! Pues, no se dejaría arredrar por su actitud. Tenía treinta años de edad, por el amor de Dios, tenía negocio propio, era madre desde hacía seis años…

Pero ese era justamente el problema de aquel hombre, ¿no? Porque era la madre de la hija de su hermano Daniel.

—¿Podemos poner algo en claro antes de proseguir con esta conversación? —le dijo a David Banning con frialdad una vez que se quedaron solos nuevamente—. No le reclamé nada a Daniel mientras vivía —prosiguió tras ver el ligero movimiento con el que él asentía con la cabeza—. Y no tengo intención…

—Yo no llamaría a un talón de quinientas libras mensuales depositados en un banco a tu nombre «no reclamar nada» —interrumpió él, irritado.

Joey se ruborizó y luego se puso pálida. Lanzó a David una mirada acusadora.

—No he tocado ni un penique de ese dinero —masculló—. La cuenta a la que se refiere es un fondo para Lily.

—¿De veras? —preguntó David Banning con sorna.

—De veras —dijo ella con furia, los ojos relampagueantes.

Había sido la única forma de Daniel de reconocer la existencia de la hija que dejó en Inglaterra cuando acabó en Oxford y se volvió a América.

Dadas las circunstancias, Joey había sentido la tentación de decirle lo que podía hacer con su dinero, pero luego el sentido común había prevalecido; el dinero no tenía nada que ver con ella, era para el futuro de Lily. Joey sintió que no estaba en situación de tomar semejante decisión por Lily y había aceptado a regañadientes que el dinero se depositase en una cuenta para el futuro de la niña. Un hecho que David Banning estaba tergiversando para sus propios fines.

—¡Puedo mostrarle la libreta de banco, si quiere! —continuó enfadada—. ¡Encontrará que allí está cada penique que envió Daniel, más el interés! —era dinero de Lily, lo menos que Daniel podía hacer por la niña que había abandonado.

Una reticente expresión de respeto se reflejó brevemente en las arrogantes facciones de David Banning, para ser reemplazada de inmediato por su propio estilo de mordaz ironía.

—No será necesario —dijo.

Joey sabía que el dinero que Daniel había depositado para el futuro de Lily no era más que migajas para la familia Banning. Era una familia poderosa y rica de banqueros de Nueva York, y lo habían sido por generaciones, mientras que los Delaney habían emigrado a Inglaterra desde Irlanda hacía solo ocho años y trabajado duro para lograr lo que tenían.

—Debo confesar —dijo David Banning tomando la cuchara para tomar la sopa que le acababan de servir—, que no eres en absoluto como me había imaginado —y le dirigió una mirada especulativa.

—¿A no? —dijo Joey, devolviéndole la mirada. —No —dijo David Banning, asintiendo lentamente con la cabeza—. Me llevé un buen susto cuando, revisando los papeles de Daniel después de su muerte, encontré un documento en el que se indicaba al banco que pagase una cantidad mensual de quinientas libras a una tal señorita J. Delaney, y que llevaba unos seis años haciéndolo.

—La cuenta estaba a mi nombre porque Lily era un bebé cuando comenzaron los pagos —lo interrumpió ella—. Si me permite que le muestre los papeles del banco, verá que está claramente especificado que es un fondo para Lily…

—Ya te he dicho que no me interesa verlos —dijo David Banning, rechazando la idea con un gesto de su distinguida mano—. Pero, como te puedes imaginar, cuando lo descubrí, se me ocurrieron un sinnúmero de explicaciones para los pagos.

—Seguro que sí —aceptó Joey con desdén, pensando en lo que serían algunas de aquellas explicaciones—. ¿Cómo descubrió la verdad?

Aquella pregunta la rondaba desde la llegada de David Banning la tarde anterior. Conoció a Daniel en Oxford, pero ella y Lily vivían a cientos de kilómetros de alí. A propósito. Obviamente el dinero de Lily se depositaba en una sucursal pequeña del banco, pero aquello

todavía no explicaba la forma en que aquel hombre las había localizado.

—Entre las pertenencias de Daniel encontré unas cartas. Cartas de amor. De «Josey». Al menos, creía que era Josey —se corrigió secamente—. Tendrías que mejorar tu caligrafía, Joey —dijo con retintín.

—Intentaré seguir tu consejo —contestó ella, una mueca dibujándose en la palidez de su rostro—. De acuerdo, entonces, encontró… las cartas. Eso sigue sin decirme cómo se enteró de la existencia de Lily y de quién es ella en realidad —dijo, mirándolo sin pestañear.

—Contraté a un detective privado —dijo él, encogiéndose de hombros.

—¿Qué? —exclamó Joey, incrédula. El poco color que le quedaba desapareció del todo. Sus enormes ojos verdes dominaban la palidez de su rostro—. ¿Cómo se atreve?

—Dado que yo vivo en América… —dijo él, volviéndose a encoger de hombros.

—¿Y su tiempo es oro? —cortó Joey, mordaz.

—era la forma más fácil y eficiente de averiguar lo que quería saber—prosiguió él como si no lo hubiese interrumpido.

—¡Eso es inmiscuirse en mi vida privada! —lo corrigió Joey, furiosa.

—Quizá —reconoció él secamente—. Yo…

—¿Cómo que «quizá»? —interrumpió ella, con la voz trémula de rabia y los puños apretados bajo la mesa—. Es ultrajante que un detective de mala muerte haya estado hurgando en mi vida…

—Te ruego que te calmes, Joey —dijo David Banning con voz aburrida—. Miras demasiada televisión. El hombre era perfectamente respetable, te lo aseguro.

Joey inmediatamente comprendió que el hombre había sido discreto, ya que a los Banning no les convenía que la información que David había recabado fuese de dominio público. ¿Cómo podrían presentarse con la cabeza alta en la sociedad de Nueva York si salía a la luz la existencia de Lily como hija ilegítima de Daniel?

—Todo lo que el hombre averiguó era que tenías un salón de belleza —dijo David, con una expresión fría en la mirada—. Que tu

vida social es inexistente. Obviamente, encontró tu dirección —reveló con burla—. Y que compartes tu hogar con tu hija de seis años, Lily. A la vista de los ingresos en efectivo que Daniel había hecho por unos seis años —continuó con desagrado—, no se necesita ser Einstein para darse cuenta de que Lily era el motivo de los pagos.., de que tenía que ser hija de Daniel.

—Lily es hija mía —lo corrigió Joey con brusquedad—. Los pagos de Daniel no eran más que una forma de acallar su conciencia.

Deseó haberse dejado llevar por su orgullo en aquella ocasión. De ese modo, ahora no tendría que enfrentarse a esta situación… ¿más amenazante?

—¿Qué es lo que desea exactamente, señor Banning? —preguntó con reserva, la mirada de sus ojos verdes fija en las arrogantes facciones masculinas. Aunque aquel hombre se pareciese a Daniel, el parecido era solo superficial. David Banning era astuto y duro, cosas que Daniel nunca había sido, y a Joey le dio la sensación de que podría ser despiadado si la situación lo requería.

—Lo único que intento hacer, y está claro que no lo logro —reconoció él con sequedad—, es expresarte mis sentimientos con respecto a este tema.

—¿Y tienen importancia sus sentimientos? —lo desafió Joey, mordaz.

—¡Si deseas que se sigan haciendo los pagos, desde luego que sí! —respondió él con una fría mirada de sus ojos azules.

—La verdad es que me importa un pimiento el dinero —dijo ella, sorprendida—. Como le he dicho, era para Lily. Y estoy segura de que ella comprenderá cuando le explique la situación, cuando sea mayor. Además, ha dicho que Daniel ha muerto…

—¡Su responsabilidad con su hija, desgraciadamente, no! —replicó su hermano mayor.

Joey le lanzó una mirada de temor. ¿A qué se refería exactamente? De repente, se dio cuenta con alivio del porqué.

—¡No tengo ninguna intención de reclamar la herencia de su hermano para Lily, si eso es lo que lo preocupa! —exclamó con desdén.

Era increíble que los Banning solo pudiesen pensar en dinero. Dinero para desligarse de una obligación y acallar la conciencia,

más dinero para liberarse de aquella obligación totalmente…

—Lo más probable es que nunca me hubiese enterado de la muerte de Daniel si usted no hubiese venido a decírmelo —prosiguió apesadumbrada—. Si los pagos se hubiesen interrumpido, por el motivo que fuese, yo lo habría interpretado como que Daniel consideraba que su obligación estaba saldada.

—Debo decir —comenzó David Banning lentamente, con la mirada de acero fija en ella—, que no pareces demasiado afectada por su muerte.

Por supuesto que era una pena que muriese tan trágicamente un hombre de solo treinta y dos años, alguien que disfrutaba tanto de la vida… pero nada más.

—Hace siete años de aquello —dijo, encogiéndose de hombros—. Mi vida ha cambiado mucho desde entonces y estoy segura de que la de él también.

Había estado demasiado ocupada intentando ofrecerle una vida estable a Lily como para pensar demasiado en Daniel.

—Sin embargo —dijo David Banning—, era el padre de tu hija…

—Lily no tiene padre —lo interrumpió Joey con brusquedad—. Nunca ha tenido padre. Así que, si lo que le preocupa es que pueda sacar provecho de la muerte de Daniel…

—No me preocupa —dijo David Banning con frialdad—. No me preocupa nada de esta situación —añadió con confianza—. Pero un hecho incuestionable es que Lily es la hija de Daniel —se encogió de hombros—. Quizá no sabías que Daniel y yo no teníamos más hermanos.

—¡Hasta su llegada, creía que Daniel era hijo único! —lo informó Joey secamente, preguntándose adonde querría él llegar con aquella conversación.

—Pues bien —dijo él con una tensa sonrisa—, como puedes ver, no lo era. Desde luego, si tú te hubieses casado después del nacimiento de Lily, esta situación sería totalmente distinta —continuó pensativo.

—¿Qué situación? —preguntó Joey, consternada.

—La situación de Lily.

—No hay ninguna «situación de Lily>> —insistió ella, impaciente—. Yo soy su madre. Ella es mi hija. Esos sí que son los «hechos incuestionables».

—Estoy de acuerdo —dijo David con una inclinación de cabeza.

—¡Ya era hora! —dijo ella, deseando que alguien le retirase el plato de sopa que ni siquiera había probado. ¡El olor le estaba dando náuseas! En cuanto al resto de la comida…

—¿Eras así de impertinente hace siete años? —le preguntó él, dirigiéndole una mirada especulativa.

Joey frunció el ceño ante el repentino cambio de tema.

—Probablemente —reconoció al final, irritada—, ¿Por qué?

—Porque si lo eras, es fácil darse cuenta del motivo por el cual Danny se sintió atraído por ti —dijo él, con admiración reflejada en los ojos azules.

Ella se quedó perpleja. De ser otro hombre, habría parecido que intentaba ligar con ella, pero eso era imposible de creer si venía de alguien como David Banning…

El se enderezó repentinamente, ¡como si se hubiese dado cuenta de que quizá había parecido que intentaba ligar con ella!

—Te he dicho que Danny y yo éramos solo dos hermanos —comenzó con brusquedad—, Danny no se casó antes de morir. Y no tengo motivos para pensar que quizá haya más hijos ilegítimos por ahí…

—Qué alivio, ¿no? —dijo Joey cáusticamente.

—Lo es —reconoció él—, Dime, en esta época en la que es tan fácil abortar…

—En mi familia somos católicos —interrumpió ella antes de que él hiciese la segunda e insultante pregunta.

—Claro —aceptó él—. Pues bien, como te decía, Danny nunca se casó. Yo he estado casado. Por poco tiempo —prosiguió—. Pero ahora estamos divorciados. Y no tuvimos hijos —explicó.

—Queda mucho tiempo para ello —intervino Joey rápidamente, dándose cuenta, con un nudo en el estómago, de adonde quería llegar él.

Daniel había muerto sin dejar herederos. Aquel hombre, el único heredero masculino de los Banning, tampoco tenía herederos. Lo cual hacía que Lily. como única hija de Daniel, fuese la heredera universal de David Banning.

—Lo dudo —descartó él descortésmente—. Todavía no les he comunicado a mis padres la existencia de Lily. Quería veros a ella y a ti yo mismo antes de hacerlo.

Joey apostaba que sí; ¡después de todo, podrían haber resultado totalmente inaceptables a la familia Banning! ¡No la reconfortaba en absoluto pensar que David Banning podría estar haciéndose a la idea de que quizá, después de todo, resultasen aceptables!

—¿Tienes padres también? ¡Hala, cuantos Bannings hay! —respondió despreciativa.

—Seré totalmente honesto contigo, Joey…

—¡Ojalá lo fueses! —interrumpió ella con inquietud.

—El tema es que Lily es una Banning —dijo él. Estaba claro que deseaba asegurarse de que no hubiese margen de error en la interpretación que Joey hacía de la situación.

Ella tragó, con los labios insensibles. ¿Qué iba a hacer? ¡Porque tenía la terrible sensación de que David Banning estaba allí por motivos mucho más serios que satisfacer su curiosidad!

—Lily es una Delaney —dijo con firmeza—. Y tengo intención de que permanezca así hasta que se case —añadió con determinación.

—Eso —dijo David Banning, encogiéndose de hombros—, lo decidirá Lily llegado el momento.

¿Llegado qué momento? ¡Aquel hombre comenzaba a asustarla! Abrió la boca para hablar…

—Joey —saludó una voz suave—. ¡Qué sorpresa encontrarte aquí!

No le fue necesario mirarlo para saber que era la voz de Nick. Tuvo que reconocer que, después del susto inicial al verlo, se había olvidado totalmente de su presencia. La conversación con David Banning no le había dejado sitio para nada más. Se dio la vuelta, pero era imposible juzgar por la enigmática sonrisa masculina cuál había sido su reacción al verla en el restaurante.

David Banning se puso de pie, mirando a Joey inquisitivamente antes de que su fría mirada se posase en Nick.

Joey supo que no tenía más remedio que presentarlos. También se puso de pie porque se sentía en desventaja sentada entre los dos hombres.

—Nick, este es David Banning —dijo, sin ofrecer otra explicación—. David, este es Nick…

—Masón —añadió Nick tan fluidamente, que pasó desapercibido el hecho de que Joey no supiese su apellido hasta aquel momento, y

alargó la mano para estrechar la que el otro hombre extendía.

Ella se quedó de una pieza. ¿Masón? ¿Nick Masón? ¿Dominic Masón? ¡El famoso Dominic Masón! El obrero Nick tenía un rudo atractivo, era alguien con quien ella se podía relacionar. ¡Dominic Masón era una persona totalmente distinta!

Sacudió la cabeza, aturdida. Tenía que haberse equivocado. La coincidencia de apellido no quería necesariamente decir que él…

¡La mirada desafiante que él le dirigía indicaba exactamente lo contrario! ¡Era Dominic Masón!

Joey tragó con un esfuerzo. La velada se estaba convirtiendo en una pesadilla. Lo que David Banning le había dicho era aterrador, y estaba segura de que todavía él no había acabado. Pero la había alterado mucho más descubrir que Nick, un hombre en quien confiaba y que le gustaba, era en realidad «el enemigo» contra quien llevaba meses luchando.

La boca se le puso tensa de rabia. La noche anterior ella no sabía quién era él. pero él sí que sabía quién era ella: la obcecada dueña de la peluquería que obstaculizaba la obra del nuevo supermercado Masón porque se negaba a irse antes de que se le acabase el contrato de alquiler. Recordó la conversación que habían tenido, los insultantes comentarios que había hecho con respecto a Dominic Masón sin saber en aquel momento que hablaba con él en persona. Tampoco se la podía culpar por ello; Nick sabía exactamente quién era ella; pero Joey no tenía ni idea.

—Creía que era la noche en que te lavabas la cabeza —dijo Nick en aquel momento, levantando las cejas en un gesto de burla.

Ja. ja. ja, muy gracioso, le dijo la irritada expresión de Joey cuando le lanzó una mirada virulenta.

—No queremos retenerte —le dijo ella con almibarada dulzura —. Estoy segura de que, como eres un hombre tan ocupado, tendrás que irte —añadió desafiante—. Habrás oído hablar de los supermercados Masón, ¿verdad, David? —después de su reciente conversación, casi se ahogó al usar el tuteo, pero en aquel momento se sentía atacada por ambos lados y no sabía de qué hombre defenderse primero.

David Banning hizo un gesto de reconocimiento y una reticente expresión de respeto se coló en los ojos azul pálido al mirar al otro hombre.

—Ah, eres ese Masón —dijo, asintiendo lentamente con la cabeza.

—Lo cierto es que ese es mi padre, que también se llama Dominic Masón —corrigió Nick sin alterarse, con una significativa mirada hacia Joey—. Pero sí, soy parte del Grupo Masón —dijo, endureciendo la voz levemente al responder a David Banning.

«Negocios» era lo que Nick había dicho que hacía su padre. Estaba claro que aquellos negocios eran el Grupo Masón. ¡Un «grupo», no solamente los supermercados, como Joey había supuesto! El hecho de que Nick fuese Dominic Masón II hizo poco por disipar el enfado que Joey sentía por su engaño.

¿Qué diablos hacía vestido como un obrero de la construcción el día anterior?

—No tenía idea de que Joey se codease con gente tan… selecta —murmuró David Banning especulativamente, haciendo que Joey se ruborizase.

—¿Banning? —respondió Nick sin alterarse—. ¿De los Banning de Nueva York?

—Exacto —respondió David Banning con una fría sonrisa.

—Gente selecta, desde luego —dijo Nick, dirigiéndole a Joey una sonrisa burlona.

¡Joey no sabía a cuál de los dos abofetear primero!

¿Cómo se atrevían los dos a estar allí, gruñendo desafíos, aunque los disfrazasen de urbanidad, alardeando de sus respectivos pedigríes como si ella no se hallase allí? Aunque, si ella no se hubiese hallado allí, lo más probable era que los dos estuvieran hablando tranquilamente, hasta habrían encontrado amigos comunes, ¡ Además de ella, por supuesto!

No tenía nada más que decirles aquella noche. Tampoco tenía apetito por la comida que todavía le tenían que servir. Y, a decir verdad, ¡estaba harta de los dos!

—Si me disculpan, caballeros —interrumpió su conversación para mirarlos con frialdad cuando se volvieron a ella inquisitivamente—. He decidido que es una buena noche para lavarme el pelo, después de todo —dijo en tono cáustico, antes de darse la vuelta y alejarse rápidamente por el comedor atestado de gente.

Solo estaba retrasando su confrontación con David Banning,

estaba segura de ello. Pero el retraso le daría oportunidad de atrincherarse, quizá hablar con un abogado y averiguar exactamente cuál era la situación de la familia Banning con respecto a Lily.

CAPÍTULO 5

QUÉ crees que estás haciendo? Joey dio la vuelta a la puerta del coche para encontrarse a Nick Masón detrás de ella en el aparcamiento del hotel.

—¿No ves acaso lo que estoy haciendo? —dijo, abriendo la puerta del coche y preparándose para entrar en él.

—Joey… —dijo Nick, alargando la mano para tomarla del brazo —, ¿Qué querías que hiciese anoche cuando comenzaste a hablar de Dominic Masón como si fuese una especie de monstruo?

—¡Asumir que tú eres el monstruo! —lo acusó Joey—. ¡En vez de quedarte ahí permitiendo que hiciese el más completo ridículo! —porque la verdad era que se sentía ridicula y además tenía que replantearse completamente sus sentimientos hacia aquel hombre. Todavía no sabía qué pensar.

—No hiciste el ridículo —dijo él, negando con la cabeza—. Solo expresaste lo que sentías con respecto a la situación. Lo cual, dadas las circunstancias, es perfectamente comprensible. Pero tienes que creerme cuando te digo que lo único que quería anoche al entrar en la peluquería era cortarme el pelo. En cuanto a lo de monstruo, creo que es mi padre quien ostenta el privilegio —reconoció a su pesar —. Lo cual es una pena, porque lo cierto es que es un hombre encantador.

—Dominic Masón Sénior o Dominic Masón Júnior —dijo Joey con un encogimiento de hombros—, me da igual. Ahora, si no te importa soltarme, me gustaría irme a mi casa.

—No estoy de acuerdo contigo en eso de lo de monstruo para ninguno de los dos —dijo Nick con impaciencia—, pero ya lo hablaremos más tarde. ¿Qué…?

—¡Después de esta noche, dudo que nuestros caminos se vuelvan

a cruzar! —lo contradijo Joey con los verdes ojos relampagueantes.

—¿Qué pasaba allí dentro entre tu novio y tú? —preguntó Nick, con una expresión especulativa.

—¡David Banning no es mi novio! —protestó ella.

—Entonces, ¿qué te decía que te asustaba tanto?

Joey se envaró, poniéndose a la defensiva con expresión preocupada. ¿Había tenido aspecto de asustada? Y si así era, ¿se habría dado cuenta de ello David Banning?

—No sé a lo que te refieres —respondió con cautela.

—Sabes perfectamente a lo que me refiero —la contradijo él con calma—. Llevaba diez minutos observando vuestra conversación antes de acercarme a la mesa; estaba clarísimo que no te gustaba en absoluto lo que él te decía —añadió astutamente.

—¿Lo que quieres decir es que viniste a rescatarme?

—¿Es eso tan difícil de creer? —preguntó Nick enrojeciendo de rabia ante el sarcasmo.

—Es imposible que puedas saber cómo me sentía con solo mirarnos —dijo ella, negando con la cabeza.

—¿Crees que no? —murmuró Nick—. ¿De qué hablabais, Joey?

¡Aquel hombre estaba inmiscuyéndose en algo que era lo más importante para ella!

—Son imaginaciones tuyas.

—No fue imaginación mía que te levantases a mitad de la cena y lo dejases plantado —señaló él, intentando razonar con ella—. Tampoco me imaginé tu aspecto de temor justo antes de que os interrumpiese. ¿Te amenazaba, Joey? —insistió sin ceder—. Porque si es así…

—Tú y tu padre sois los únicos que me amenazáis —le dijo enfáticamente.

Lo que la molestaba más en aquel momento era la probabilidad de que David se hubiese dado cuenta de su miedo. Dadas las circunstancias, tenía todos los motivos del mundo para sentirse asustada, pero prefería que el hermano de Daniel no se hubiese percatado de aquello.

—¿Cuánto hace que conoces a Banníng? —volvió Nick a la carga.

—Lo suficiente —le aseguró ella con sentimiento.

Veinticuatro horas. Solo habían transcurrido veinticuatro horas

desde que David Banning apareciese frente a su casa. Pero en aquel corto tiempo había logrado sacudir hasta los cimientos su vida con Lily.

Nick la soltó lentamente, pero su mirada permaneció clavada en la palidez del rostro femenino.

—¿Quién es? —murmuró por fin.

—Te lo he dicho, su nombre es David Banning —dijo Joey con impaciencia—. Parecía que conocías a la familia cuando os presenté —le recordó secamente.

¡Quería irse a casa, entrar echar el cerrojo, cerrar las ventanas y rezar para que al Grosvenor Hotel lo partiese un rayo! No deseaba que le sucediese nada a la gente que se alojaba y trabajaba en el hotel, ni siquiera a Nick, pero si un rayo le daba a la habitación de David Banning, no se quejaría.

—No me refiero a su nombre. Joey —replicó Nick, irritado—. Eso ya lo sé. Lo que quiero saber es qué papel juega en tu vida —añadió, serio.

—¿De veras? —se burló Joey—. ¿Y qué te hace pensar que tienes derecho a preguntarlo?

Nick pareció hacer un esfuerzo por controlarse.

—¿Qué te parece si tomamos una taza de café y un bocadillo de queso? —preguntó con un gesto burlón.

—Media taza de café y medio bocadillo de queso —lo corrigió Joey con un suspiro—. Mira, Nick, por favor, no pienses que no agradezco tu preocupación…

—pero mantente al margen de esto —concluyó él secamente.

En los últimos seis años, durante la infancia de Lily y ahora su vida escolar, no había habido nadie, excepto Hilary, con quien Joey podía compartir sus preocupaciones. Y ni siquiera Hilary lo sabía todo. Joey siempre había aceptado que aquella era la única forma en que podía funcionar la vida que había elegido para sí. Y más aún en aquel momento.

—Sí —confirmó en voz baja, haciendo un esfuerzo por tragar.

—¿Me has perdonado por ser el temido Dominic Masón, o al menos uno de los dos? —preguntó él, poniendo la cabeza de costado en un gesto persuasivo.

¿Lo había perdonado? Seguía sintiendo que había hecho el ridículo diciendo lo que había dicho al no saber su identidad, pero,

en general, el hecho de saber quién era no alteraba nada, especialmente ahora…

—¿Qué hacías vestido así ayer? —le preguntó con el ceño fruncido. Después de todo, aquel había sido el motivo por el que ella había supuesto que él era un obrero.

—Mi padre lleva los temas de despacho —dijo Nick con una mueca— A mí me gusta tener un papel más activo. Aunque no lo creas, me gusta más la obra que llevar la empresa —se encogió de hombros—. ¿Ya me has perdonado? —le volvió a preguntar haciendo una carantoña.

—No importa —dijo ella, Y lo decía en serio. ¿Qué importaba quién o qué era aquel hombre cuando ella tenía que lidiar con la amenaza mucho más inmediata de David Banning?—. Pero no me iré de la peluquería hasta que tenga que hacerlo —añadió decidida.

—¿Te ha pedido alguien que lo hagas? —preguntó Nick con una mueca.

—Recientemente, no —concedió ella—. Me tengo que ir ahora, en serio, Nick. La canguro —dijo.

—Aja —dijo Nick, pensativo—. SÍ yo te invitase a cenar conmigo mañana por la noche…

—Tendría que decirte que no —lo interrumpió ella—, así que. por favor, no me lo pidas.

—De acuerdo —suspiró él—. No te pediré que cenes conmigo. ¿Y comer?

—No, Nick —dijo ella, sin poder evitar sonreír ante la insistencia masculina.

—¿Por qué no? —preguntó Nick, devolviéndole la sonrisa.

—No sería una buena idea en este momento —dijo ella, moviendo la cabeza. Bastante tenía ya sin la complicación de aquel hombre. Además, era demasiado astuto; no le llevaría mucho rato darse cuenta de quién era David Banning y lo que este quería. Y ella necesitaba pensar cómo iba a resolver el problema por sí sola antes de que nadie más se diese cuenta.

—¿Quiere ello decir que si te invitase en algún otro momento quizá conseguiría una respuesta afirmativa? —bromeó él.

—¡Qué pesado eres! —respondió ella con una carcajada.

Nick dio un paso adelante, acercándose mucho a ella.

—Es una característica de nuestra familia —murmuró

roncamente—. Probablemente una de las mejores que tenemos—añadió—. ¡Joey…!

¡Sin saber cómo, Joey se encontró en los brazos de Nick, que la besaba con dulzura!

Pero hacía tanto que nadie que no fuera Lily la besaba, tanto desde la última vez que había sentido aquella calidez y seguridad, rodeada por los brazos protectores que prometían mantenerse así… ¿Lo había sentido alguna vez?

La sangre le latía en los oídos, el cuerpo respondió curvándose para adaptarse al de él y abrió los labios para que él la poseyera del todo.

—¡Joey! —dijo Nick interrumpiendo el beso para apoyar la húmeda frente contra la de ella y tomarle el rostro entre las dos manos.

¿Qué estaba haciendo? Exactamente lo que se dijo que no debía hacer fue la respuesta inmediata. ¿No le alcanzaba con tener a David Banning alterando todo sin necesidad de añadir la complicación de Nick Masón?

—Ha sido un error —le dijo, tragando el nudo que tenía en la garganta, y se desligó lenta pero decididamente de sus brazos—. Buenas noches, Nick —añadió.

Nick se la quedó mirando perplejo mientras ella se metía en el coche.

—La constancia no es la única característica de mi familia —le dijo con voz ronca antes de que ella cerrase la portezuela.

—¿No? —le preguntó Joey, preocupada, elevando los ojos hacia él.

—¡No te preocupes —dijo Nick—, ya tendrás tiempo de descubrir todas las demás!

Cerró la puerta de golpe y dio un paso atrás. Rápidamente Joey se alejó en el coche y sus pensamientos volvieron a David Banning. Dudaba que a David le gustase que ella lo hubiese dejado plantado, pero de haberse quedado, se habría ahogado con la cena.

Fue directamente a la habitación de Lily en cuanto se marchó la canguro. Su hija estaba profundamente dormida, con el rubio cabello desparramado sobre la almohada y el edredón caído en el suelo. Joey lo levantó y cubrió el cuerpecillo de largas piernas antes de sentarse en la mecedora junto a la cama. Tenía el corazón lleno

del cálido amor que siempre sentía cuando miraba a su hermosa hija.

Amaba a Lily totalmente, como solo se puede amar a un niño. Había bastado una sola mirada cuando Lily nació para enamorarse perdidamente de ella. Y aquel amor se había ido incrementando con los años.

¡Nada y nadie iba a separarlas!

Aunque David Banning no había dicho aquella noche que Lily debía vivir con la familia Banning en Nueva York, la amenaza estaba latente. Dependía de Joey asegurarse de que él no pudiese llevar a cabo sus planes. Y haría lo que fuese para ello.

Por más que los Banning fuesen ricos y poderosos y creyesen que tenían más que ofrecerle a Lily que ella, una madre soltera, aquello no era verdad en lo que se refería a amor y cariño. De ningún modo iba a entregarle su niña a los Banning.

No abandonaría a su hija, juró Joey con vehemencia en la oscuridad mientras ardientes lágrimas le corrían por las mejillas. Era inhumano y cruel para ambas pensar en separarlas. Y decidió allí mismo, mirando el inocente cuerpo de su hija dormida, que lucharía contra los Banning de todas las formas que pudiese.

—Solo retrasaste lo inevitable al marcharte anoche, ¿sabes, Joey? —le dijo David Banning desde el umbral del pequeño despacho de la peluquería. Llevaba un traje gris oscuro, camisa blanca y corbata gris.

—¿Quiere entrar y cerrar la puerta? —le pidió Joey con frialdad. ¡No sentía deseos de discutir con aquel hombre frente a sus empleados y clientes!—. Gracias —añadió secamente cuando él la obedeció, aunque no estaba tan segura de haber tenido una buena idea cuando se dio cuenta de cómo la altura y arrogancia masculinas dominaban la pequeña estancia—. Y para responderle, señor Banning, nada en nuestra relación es «inevitable» —dijo con una firmeza que esperaba resultase convincente.

—Pensaba que ya habíamos comenzado a tutearnos —le dijo él arqueando las rubias cejas burlonamente.

Solo porque ella no tenía más remedio que presentarlo a Nick Masón y hubiese resultado extraña la formalidad del «usted» frente

al otro hombre.

—Preferiría que no nos tuteásemos —dijo con frialdad.

—Corno desee —dijo él. inclinando abruptamente la cabeza, sentándose en el borde de la pequeña mesa—. Vine anles, pero su ayudante me dijo que había tenido que salir inesperadamente… —dijo con calma, con las cejas interrogantes.

Lo primero que había hecho aquella mañana era telefonear a un abogado y concertar una cita para verlo inmediatamente. No estaba nada satisfecha con los resultados.

—Como ve, ya estoy aquí—le dijo desafiante.

—¿Lily está en la escuela hoy?

Joey se envaró al oírlo mencionar a su hija con tanta tranquilidad.

—Los miércoles hay clase, y hoy es miércoles —respondió rígida.

—Me gustaría conocerla.

—¡No!

—¿No? —repitió David suavemente. Con peligrosa suavidad.

—Sólo la haría sentirse confusa —dijo Joey, decidida a no dejarse intimidar.

—Joey. señorita Delaney —se corrigió con impaciencia cuando ella lo miró—. Lily y yo tendremos que conocernos en algún momento.

—¿Por qué? —preguntó ella, sintiendo que la sangre se le helaba en las venas.

—Soy su tío.

—¿Y qué? —lo desafió ella.

—Estoy seguro de que anoche fui lo bastante explícito —dijo él con un suspiro de impaciencia ante su deliberada falta de inteligencia.

—No demasiado —dijo ella, encogiéndose de hombros.

—Entonces ¿por qué se marchó tan abruptamente? —le preguntó, lanzándole una cáustica mirada—. A menos que… ¿qué tiene que ver Dominic Masón en todo esto? —le preguntó lanzándole una mirada especulativa.

—¿Que ver? —repitió Joey, inquieta—. No sé a qué se refiere.

—Tomó su decisión de marcharse en cuanto Masón se reunió con nosotros —dijo David Banning, pensativo—. No dijo mucho

cuando volvió a entrar después de hablar con usted, pero…

—¿Nick habló con usted después de mi marcha? —preguntó sorprendida. No se le había ocurrido que pudiese hacerlo. Lo único que había querido hacer era irse con su hija.

—Sí —dijo él con una mueca—. ¿Qué pasa entonces?

—Nada —cortó ella—. Al menos, nada que le interese a usted —se corrigió, preocupada por lo que Nick podría haberle dicho a David Banning—. Yo… ¿Qué le dijo Nick?

—Poco —dijo David Banning, encogiéndose de hombros—. Parecía más interesado en enterarse de lo que yo le había estado diciendo a usted.

—Que, por supuesto, usted no le dijo —adivinó.

—No estoy acostumbrado a discutir cuestiones familiares con extraños —dijo David Banning con oscura expresión.

—¡Familia…! Hasta hace unas pocas semanas no sabía de la existencia de Lily, ¿y sin embargo intenta referirse a ella como su familia? —dijo Joey con incredulidad. Sentía una terrible opresión en el pecho.

—Es mi sobrina —le dijo David Banning, impertérrito ante su ataque.

—Sin ningún tipo de comparecencia —se defendió Joey—. Ninguna comparecencia en absoluto —añadió con frialdad al recordar los meses y años que había luchado sola para mantener unida a la pequeña familia de Lily. Y ahora aquel hombre, con sus millones, se presentaba allí y reclamaba su derecho como miembro de la familia de Lily. ¡Era increíble!

—No me puede culpar de no haber sabido de su existencia hasta la muerte de Daniel —le dijo él con una mueca.

Lo cual era exactamente lo que el abogado le había señalado por la mañana, reconoció Joey, poniéndose pálida. Además de que Daniel hubiese contribuido al bienestar familiar de Lily hasta el momento de su muerte. Una responsabilidad de la que Daniel Banning se había hecho cargo.

—Sin embargo… —dijo inspirando.

—Estoy decidido a conocer a Lily, Joey —dijo David Banning, con la boca rígida—. Y no creo ser poco razonable en lo que te pido —añadió desafiante.

Ella había consultado a un abogado, pero estaba segura de que

él también lo había hecho antes de ir a Inglaterra. Y el abogado probablemente te había dicho a él exactamente lo que el abogado de Joey le había dicho a ella aquella mañana: a Lily le convenía conocer a su familia americana. Y si el problema acababa en los tribunales, los intereses de la niña serían lo primero a tener en cuenta.

Lo único que Joey veía eran meses, años de Lily yendo y viniendo entre ella y los Banning. Y aquello le resultaba totalmente inaceptable.

Se daba cuenta de que los Banning eran ricos en extremo, que probablemente le podrían brindar a Lily mucho más en el aspecto material que ella. ¡Pero nunca podrían amarla tanto! ¿Cómo iban a hacerlo? Liíy era su hija, mientras que ellos eran unos completos extraños…

—Quizá no… —reconoció Joey con esfuerzo—. ¿Pero cree que es justo? —le preguntó, mirándolo con ojos acusadores.

—¿Justo? —repitió David Banning lentamente, como si la palabra le resultase ajena por completo.

Joey sintió que perdía el control de la situación.

—Con Lily —aclaró, enderezándose decidida— Daniel era un hombre de pasiones vehementes seguidas rápidamente por el aburrimiento —recordó con amargura—. ¿Cómo sé que, después de presentarle a Lily como el tío del que nunca oyó hablar siquiera, usted no va a perder el interés en ella, dejándola confusa y aturdida? —la verde mirada se elevó hacia los fríos ojos azules.

—Porque —dijo él con evidente disgusto—, yo no soy mí hermano, Joey. Daniel era diez años menor que yo, el bebé de la familia, malcriado por todos —recordó—. El resultado fue un hombre consentido e irresponsable.

—No parece que le gustase demasiado —dijo Joey, mirándolo con curiosidad.

La expresión de David Banning se oscureció y los ojos le brillaron peligrosamente,

—¡Yo lo quería! —dijo con voz ahogada.

—Yo amaba a mi padre —dijo Joey negando con la cabeza—. Lloré a mares cuando murió hace cinco años, pero eso no quiere decir que me gustase. Era muy generoso con los puños cuando había tomado unas copas —explicó, recordando con desagradable

claridad las escenas que montaba, el alivio que ella había sentido cuando finalmente se marchó de su casa a los dieciocho años; ¡había sido mucho más fácil querer a su padre desde la distancia!

—Entonces quizá tenga razón —dijo David Banning encogiéndose de hombros—. Quizá hubo cosas que no me gustaban de Daniel —esbozó una amarga sonrisa—. de alguna forma le envidiaba su completa falta de obligación con todos y a todo —reveló—. ¡Al menos, hasta darme cuenta hace unas semanas que su irresponsabilidad incluía desentenderse de su hija de seis años!

Joey lo miró perpleja con una desagradable sensación en la boca del estómago. ¡Lo único que le faltaba era que aquel hombre le comenzase a gustar!

—Quiero conocer a Lily, Joey —repitió David Ban—ning—. Y creo que será mejor que sea con tu consentimiento —añadió con calma. En otras palabras, prefería no tener que hacerlo a través de un abogado, ¡pero lo haría si se veía obligado a ello!

—¿Conocerla solamente? —preguntó Joey, humedeciéndose los labios y tragando el nudo de la garganta.

—Solamente conocerla —confirmó él—. Ni siquiera tienes que decirle quién soy. si lo prefieres —añadió secamente.

Joey habría preferido que los dos últimos días no hubiesen existido, pero sabía perfectamente que habían transcurrido y que la reunión entre Lily y su tío era inevitable.

Pero David Banning había dicho algo la noche anterior que le había dado a Joey una idea de cómo evitar que aquella situación se le escapase de las manos.

¡Si tenía suficiente coraje para llevarla a cabo!

CAPÍTULO 6

QUÉ coincidencia, acabo de ir al salón de belleza a buscarte y me he enterado de que los miércoles cerráis a mediodía!

Joey se dio la vuelta al oír el alegre saludo de Nick Masón, que entraba al hotel, y se dio cuenta de que aquella vez él iba más elegante. Estaba claro que no pasaba la mayoría de su tiempo metido en la obra.

—Pues ya me has encontrado —le dijo, pero no sonrió al responderle.

Justo cuando estaba a punto de abandonarla el coraje. Justo cuando iba a marcharse a su casa. ¿Se estaría el destino riendo de ella o aprobaba lo que iba a hacer?

Nick alargó las manos y la tomó de los brazos, como si sintiese que ella estaba a punto de volar. La miró con detenimiento.

—¿Me podría pedir una bandeja con té para dos, que me la lleven al salón? —pidió alegremente a la recepcionista antes de llevarse a Joey en dirección a uno de los salones privados.

—Por supuesto, señor Masón —dijo la bonita pelirroja tomando el teléfono inmediatamente.

—¡Cómo se nota que eres Dominic Masón! —dijo Joey, burlona —. Tus deseos son órdenes.

Nick se encogió de hombros, esperando que Joey se sentase en uno de los sillones antes de hacerlo él.

—Paso mucho tiempo en hoteles —dijo con una mueca.

—¿Pero vives en Londres?

—La mayoría del tiempo, sí.

—¿Cuánto tiempo piensas estar aquí? —le preguntó, interesada.

—Unos cuatro meses, más o menos. Yendo y viniendo. ¿Por qué?

Joey se envaró y se puso a la defensiva ante la repentina pregunta.

—Solo era por hablar —se excusó, evitando la mirada masculina —. Dijiste que me habías ido a buscar a la peluquería, ¿por qué?

—Pensaba que nuestra conversación de anoche quedó… inconclusa —dijo él, eligiendo las palabras con cuidado.

—¿Por eso volviste al hotel y hablaste con David Banning?

—Lo has vuelto a ver hoy —dijo Nick, inquieto. ¡Maldición! Joey se dio cuenta de que le estaba dando información que no quería que tuviese. Había ido al hotel con la intención de ofrecerle un trato a Nick. Pero el trato no incluía darle detalles de su vida que no le concernían en absoluto.

—Un momento —dijo, restándole importancia—. Yo…

—Ah, aquí está nuestro té —dijo Nick con satisfacción cuando un camarero depositó entre los dos una bandeja antes de marcharse. Además de una tetera y tazas había delicados sandwiches y pastelitos de nata.

Joey se sentía incapaz de comer nada en aquel momento. ¡Le daba náuseas ver la comida! Lo cierto es que no recordaba cuándo había comido por última vez.

—Come —dijo Nick, pareciendo adivinar sus pensamientos. Puso un plato con dos sandwiches frente a ella antes de servir el té —. Te he dicho que comas, Joey —ordenó otra vez al ver que ella no se movía—. Parece que te vas a desmayar en cualquier momento —añadió con seriedad, poniéndole una taza por delante, a la que añadió leche y azúcar.

—No lo tomo con azúcar —le dijo Joey.

—Pues hoy sí —dijo Nick con decisión—. Necesitas energía.

—¿Siempre eres así de mandón?

—Solo si la situación lo requiere —respondió él sin alterarse—. Tómate el té, come los sandwiches y luego hablamos.

Aunque la molestó que la tratase como a un niño, el té le sentó de maravilla, descubrió después del primer sorbo, aunque no le gustase con azúcar. Quizá Nick tenía razón después de todo, decidió al rato, cuando se comenzó a sentir mejor. No pensaba decírselo, por supuesto, ¡bastante arrogante estaba ya!.

—Los sandwiches —le dijo él con firmeza cuando ella estaba por hablar—. O un pastelito de nata, si lo prefieres —añadió burlón.

—No. gracias —dijo Joey con una mueca y le dio un bocado a uno de los sandwiches con poco interés.

Aquella había sido una idea terrible, decidió un poco tarde. Aunque había nacido de la desesperación, seguía siendo ridicula. Le lanzó una furtiva mirada a Nick: alto, moreno, guapo, totalmente seguro de sí mismo; se preguntó cómo podría habérsele ocurrido semejante posibilidad. ¡La desesperación!

La noche anterior no había dormido intentando pensar en una forma de salir del atolladero en el que se encontraba, hasta que se le había ocurrido una idea que quizá pudiese funcionar. Pero hoy, mirando a Nick Masón a plena luz del día, se dio cuenta de lo mucho que se había dejado llevar por su imaginación, lo impracticable que resultaba la solución que se le había ocurrido en la oscuridad de la noche, ¡Si no se hubiese sentido tan desesperada, se habría echado a reír!

—De acuerdo —dijo Nick. dejando la taza sobre el platillo y mirándola fijamente—. Dime qué es lo que sucede.

Joey tragó con esfuerzo. ¡No sabía por dónde empezar! En realidad, sabía dónde comenzar, pero no estaba segura de cuánto quería decirle a Nick o. más bien, de cuánto exigiría él saber.

—¿O quizá me he equivocado y en realidad venías a ver a David Banning? —dijo Nick con voz ronca al verla titubear.

—¡Me alcanza con lo que ya lo he visto hoy! —exclamó ella, dando un bufido. La mano le temblaba levemente al dejar la taza vacía sobre la mesa.

—¿Por qué verlo entonces si te disgusta tanto? —interrogó Nick con dureza.

No le disgustaba Banning; en realidad, cuando él reconoció tener un poco de celos de su alocado e irresponsable hermano menor, casi le había resultado simpático. No, era lo que David Banning representaba, el motivo por el que se encontraba allí, lo que le daba pánico a Joey. Un pánico que la había llevado hasta Nick Masón con una sugerencia que lo haría reírse de ella, pensó Joey con vergüenza.

—¿Es el padre? —preguntó Nick sin preámbulos.

—¿Cómo…? —dijo ella, aturdida.

—Me has dicho que tienes un niño; te he preguntado si David Banning es el padre —repitió Nick.

—Desde luego que no —dijo Joey con firmeza.

Nick se relajó visiblemente, apoyándose en el respaldo de su silla para tomar un sorbo de su té.

Cuando comenzaron a pasar los segundos y luego los minutos y Nick seguía tomando su té, la tensión de Joey comenzó a acumularse. ¿Por qué no decía nada? ¡Cualquier cosa!

¿Estaría esperando a que ella hablase? Pero lo que ella había ido a decirle parecería estúpido. Estúpido no. Increíblemente fantasioso. Nunca tendría que haber…

—He cometido un error al venir aquí —dijo de repente, enderezándose—. No sé en lo que estaría pensando —prosiguió cohibida, y luego lanzó una trémula risilla—. Gracias por el té? Nick —miró el reloj—. Me tengo que ir…

—no Hasta que me cuentes el motivo por el que has venido aquí —la interrumpió él con firmeza—. Por favor —añadió con voz persuasiva cuando ella miró la mano que él le había apoyado en el brazo para que no se fuese.

—Vine a ofrecerte un trato… Pero ahora me doy cuenta de lo tonta que fui —dijo con firmeza cuando él estaba por decir algo. Tomó su bolso y se soltó de la mano que intentaba retenerla. Puede que sus pensamientos estuviesen ocupados con el problema más urgente de David Banning, ¡pero no se había olvidado de que Nick la había besado la noche anterior! En realidad, había sido el beso lo que le había dado la fantasiosa idea de que quizá estaría dispuesto a ayudarla…

—¿No te parece que soy yo quien tiene que decidirlo? —le dijo él con suavidad.

Ella lanzó una carcajada amarga.

—¡Creo que soy perfectamente capaz de decidir por mí misma cuándo se me ha ido totalmente la olla! —tendría que pensar en alguna otra forma menos disparatada de resolver el problema suscitado por el interés que David sentía por Lily.

—Dudo mucho que eso haya sucedido hoy. Joey —dijo el, negando con la cabeza—. Me parece que eres una persona muy sensata, responsable…

—Normalmente lo soy —estuvo de acuerdo ella, pesarosa—, el tema es que las circunstancias no son «normales» en este momento.

—¿Has dicho algo sobre ofrecerme un trato?

—Sí —suspiró ella—. ¡Como si yo tuviese algo que ofrecer a cambio! —sonrió ante su propia ridiculez.

—Ah —se encogió de hombros él, bromeando—, depende de lo que ofrezcas.

—No es lo que piensas —le aseguró Joey en tono seco—. Iba a ofrecerte desalojar el local de la peluquería inmediatamente a cambio de… de… pues… —hizo una mueca, cortada.

¡Resultaba todavía más ridículo cuando intentaba decirlo!

—¿Si"? —la alentó Nick con curiosidad.

—Da igual —dijo Joey, negando con la cabeza y poniéndose de pie—. De veras, me tengo que ir; siempre voy a buscar a Lily y a su amiga los miércoles —y así le daba a Hilary la libertad de hacer unas compras tranquila.

—Son solo las dos y media y hasta yo sé que la escuela no acaba hasta por lo menos las tres —dijo Nick—. Siéntate, Joey, y acabemos esta conversación.

—No recuerdo que fueses tan autoritario antes —dijo ella, enfurruñada.

—Mi otro yo —descartó él sin disculparse—, ¿Te parecería mejor si añadiese otro «por favor» para que te sentases otra vez?

—No te molestes —le dijo ella, y se volvió a sentar frente a él—. Yo… me has preguntado si David Banning era el padre de Lily —dijo, incapaz de mirarlo a los ojos—. Y la respuesta es un enfático «no» —lanzó una breve carcajada—. Además, no es mi tipo.

—Qué interesante —murmuró Nick— ¿Cuál dirías que es tu tipo?

—Ninguno en especial —dijo ella, negando con la cabeza—. Al menos, desde hace años —se quedó pensativa al darse cuenta de lo mucho que había pasado desde la última vez que había salido con un hombre. Entre ejercer de madre de Lily y su trabajo en el salón de belleza.

ni siquiera se había dado cuenta del paso de los años. ¡El beso que Nick le había dado la noche anterior había sido el primero en más de dos años!

—Tanto tiempo —frunció el ceño Nick—. ¿Por algún motivo en especial?

—No —dijo Joey, lanzándole una mirada de impaciencia—, en absoluto. Mira, nos estamos apartando del tema, Nick.

—Sentí curiosidad, solo eso —dijo Nick, encogiéndose de hombros.

—Pues no tiene nada que ver con lo que te intento decir —dijo ella—. David Banning es tío de Lily. Por parte de su padre —explicó.

—Obviamente —dijo Nick con frialdad—. Entonces, el padre de Lily era…

—Daniel Banning —dijo ella con impaciencia.

—Aja —murmuró él, abstraído.

Joey le lanzó una mirada penetrante.

—¿Lo conocías?

—De oídas —dijo Nick y se encogió de hombros.

Aunque quizá fuesen imaginaciones suyas, a Joey le dio la sensación de que él le lanzaba una mirada especulativa. Lo cual no era sorprendente: al igual que Daniel Banning, se estaría preguntando cómo se habrían conocido ella y Daniel.

—Ha muerto —dijo ella con voz inexpresiva.

—Así tengo entendido —dijo Nick. haciendo una breve inclinación de cabeza—, ¿Pero el interés de su familia en su hija sigue muy vivo? —preguntó, elevando las oscuras cejas.

Joey se quedó sin aliento, muda ante lo astuto que era aquel hombre. ¡A ella le había llevado mucho más tiempo darse cuenta de las intenciones de David Banning y, como madre de Lily, tenía mucho más que perder!

—Sí —confirmó con voz ahogada—. Pa… parece que Lily es la única nieta de los Banning.

—Delaney —dijo Nick con calma.

—Eso es exactamente lo que digo yo —dijo Joey, aliviada de que él la comprendiese.

—Y yo ¿qué pinto en todo esto? —preguntó Nick, mirándola especulativamente.

—No pintas nada —suspiró ella—. Al menos… —se interrumpió, lanzando un profundo suspiro.

¿Qué podía perder? ¿Su orgullo? ¡No era un precio muy alto comparado con la posibilidad de perder a Lily!

—Yo… el tema es que… —comenzó, sin mirarlo—, ¡necesito un novio formal! Preferiblemente alguien rico y poderoso… —añadió haciendo un esfuerzo—. ¡Alguien que los Banning, y David Banning

en particular, no crean que pueden amedrentar!

—¿Yo?

Ella se estremeció al oír el tono calmo de la voz de Nick y se forzó a mirarlo. ¡Pero la mirada que se encontró con la suya no reflejaba ni desprecio ni burla!

—Fue algo que David Banning me dijo anoche —dijo, tragando con esfuerzo—. Dijo que si yo me hubiese casado durante los últimos seis años, la situación sería diferente, que Lily tendría un hogar estable, con una madre y un padrastro —el abogado con quien había hablado por la mañana le había dicho básicamente lo mismo—. Por supuesto, no pretendería que te casases conmigo…

—Por supuesto que no —dijo Nick en tono ligero.

—No le encuentro la gracia —dijo ella, dirigiéndole una mirada de reprobación.

—No me río —le replicó él, tranquilizándola.

No, a pesar de que le había dicho más o menos todo, él no se reía de ella… Suspiró.

—Todo lo que necesito de momento es convencer a David Banning, por el poco tiempo que permanezca en Inglaterra, de que Lily tiene un futuro padrastro.

—Yo.

—¿Quieres dejar de repetir todo el tiempo lo mismo? —dijo Joey, agitada. La irritaba el solo hecho de pensar en lo que le estaba proponiendo.

—Perdona —dijo él, encogiéndose de hombros—. Pero, ¿qué pasará cuando nuestro compromiso se acabe? ¿Cuando no haya un futuro padrastro, rico, poderoso o lo que sea? —le preguntó secamente.

—Ya cruzaré el puente cuando eso llegue —dijo ella, evitando mirarlo a los ojos—. De momento, estoy más preocupada por resolver el problema más inmediato. Esta mañana David Banning me dijo que quería conocer a Lily, y…

—De acuerdo —dijo Nick suavemente.

—en estas circunstancias, no tuve más remedio que… ¿Qué has dicho? —preguntó Joey, consternada al verse interrumpida.

—He dicho que de acuerdo —repitió Nick—. Dijiste que necesitas un novio —se encogió de hombros— Yo lo haré.

Joey se lo quedó mirando, pestañeando aturdida.

—No has escuchado lo que estoy dispuesta a ofrecerte a cambio…

—Desalojar inmediatamente el local, creo que has dicho —le recordó él con tono ligero.

No se le escapaban muchas cosas, ¿verdad?

—Sí —dijo ella, asintiendo lentamente con la cabeza—. Pero…

—A finales de la semana próxima me parece perfecto —le aseguró Nick—. Preferiría que te encontrásemos un local donde mudarte primero.

—¿Quiénes? —preguntó ella, lanzándole una mirada penetrante.

—Después de todo —dijo él—, no creo que le pareciera bien a David Banning que la empresa de mi padre dejara a mi novia y a su negocio en la calle, ¿no?

Joey seguía mirándolo. ¿Acaso Nick había dicho…? ¿Había accedido…?

—¿No quieres pensártelo primero? —le preguntó inquieta.

—No —dijo él, negando con la cabeza.

—Pero…

—Joey, ninguna novia mía sería tan indecisa como tú —le dijo secamente.

¿Era así de sencillo? Ella había pedido. Nick había aceptado. Sin preguntas.

—¿No tienes… —negó con la cabeza, aturdida—… otros compromisos que tengas que resolver antes? —preguntó, incoherente.

—Si lo que quieres saber es si hay otras mujeres, Joey, pregúntamelo, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —soltó ella tensamente—. Te lo pregunto.

—Igual que tú, hace bastante tiempo —se encogió de hombros.

A Joey le costaba trabajo creerlo. Nick era demasiado atractivo, demasiado encantador como para que no hubiese alguna mujer en su vida. Pero si él no quería decírselo, era problema suyo.

—¿A qué hora irá Banning a ver a Lily esta noche? —le preguntó Nick de repente.

—Le dije que podía venir a eso de las seis y media durante media hora, antes de que Lily se vaya a la cama —desveló reticente.

—Entonces, no tenemos tiempo que perder, ¿verdad? —dijo Nick, poniéndose de pie—. Necesito subir a buscar algunas cosas,

pero enseguida bajo —le dijo.

—¿Dónde vas? —le preguntó Joey, intrigada.

—Contigo, por supuesto —le dijo él con confianza.

—Pero… —dijo ella, poniéndose de pie abruptamente.

—Mira, Joey —dijo Nick alargando las manos para ponérselas sobre los estrechos hombros—, para que esto resulte convincente, es importante que Lily no me trate como a un extraño, igual que como va a tratar a Banning cuando lo conozca más tarde. Y para que eso no suceda, Lily y yo necesitamos estar juntos al menos un par de horas para conocernos.

Tenía razón. Por supuesto que tenía razón.

Era como un tren expreso partiendo de la estación.

¡ Y seguía sin reírse ni burlarse de ella!

CAPÍTULO 7

SE PUEDE saber qué haces? —preguntó Joey, intrigada, desde el vano de la puerta al verlo moverse por su minúsculo salón mientras repartía objetos en la mesa de café y el aparador.

Nick hizo una pausa para mirarla.

—Haciendo que parezca que paso mucho tiempo aquí, por supuesto —explicó, con la paciencia de alguien que habla con una persona un poco boba.

Por supuesto. ¡Qué tonta era!

—Qué pena que no fume en pipa y tampoco use pantuflas, tendremos que conformarnos con esto —dijo él, mirando el resultado de sus esfuerzos con satisfacción.

Había puesto a un lado dos libros que decididamente no eran del estilo de ella: una novela de intriga política y un tratado de negocios; había dejado unos CD de música clásica sobre la mesilla de café y tirado un jersey de hombre sobre el respaldo de un sillón. Esas debían ser las cosas que había subido a buscar en el hotel antes de pasar a recoger a Lily de la escuela.

—Perdona por preguntar —dijo Joey con una mueca.

—Venga, Joey —sonrió Nick enderezándose—. ¡No hay necesidad de enfadarse porque Lily crea que soy lo mejor del mundo desde que se inventó el helado!

Sorprendentemente, aquello era justo lo que su hija pensaba del hombre que había visto por primera vez hacía una hora. Lily, que generalmente era muy tímida en presencia de hombres, obviamente porque no había hombres en su vida, había aceptado a Nick de inmediato. En cuanto se sentó en el coche, le contó qué había hecho en el colegio y lo llevó arriba para mostrarle su dormitorio cuando llegaron a la casa. Bajaría en un minuto, después de haberse

quitado el uniforme.

—Supongo que tendrás un cierto encanto… —reconoció Joey con reticencia.

—Al cual tú, por desgracia —acabó él con una sonrisa—, eres totalmente inmune.

Del todo no, reconoció Joey para sí, aunque no tenía ninguna intención de que Nick se enterase de que el beso que habían compartido la había afectado más de lo que estaba dispuesta a reconocer. Dadas las circunstancias, no sería una buena idea. Le dirigió una mirada especulativa cuando él se acomodó en uno de los sillones.

—Te lo agradezco mucho —dijo, aunque todavía le costaba hacerse a la idea de que él había accedido a ayudarla de aquella forma.

—Ya me lo agradecerás como corresponde más tarde… Bromeaba, Joey —rio al ver la cara de susto de ella— Me alegro de poder ayudarte. Además, has accedido a desalojar el salón de belleza —le recordó—, ¡lo cual le dará a mi padre una gran alegría! Su padre… ¡Su familia!

—¿Crees que esto… —hizo un gesto abarcando el saloncito con la mano— te traerá problemas con tu familia?

—¿A qué te refieres? —le preguntó él, sorprendido.

—No sé —dijo ella—, esperemos que esto acabe antes «de que nadie se entere de… nuestro acuerdo, pero…

—Nuestro compromiso, Joey —la corrigíó Nick—. Lo cual me recuerda… Será mejor que compremos la sortija mañana…

—No será necesario —protestó ella inmediatamente, horrorizada al pensar en ello.

—Por supuesto que sí—la contradijo él—. No podemos dejar que Banning piense que soy tan tacaño que no te he comprado una sortija de compromiso.

Tenía razón, reconoció Joey, pero…

—Te diviertes con esto, ¿verdad? —le dijo lentamente.

—Algo que aprenderás pronto de mí, Joey —dijo él—, es que pocas veces hago cosas que sé que me van a hacer infeliz.

—¡Qué bien! —le dijo ella secamente, preguntándose si no habría salido de un embrollo para meterse en algo todavía peor.

Pero no, era capaz de soportar la actitud autoritaria de Nick

durante un tiempo si con ello lograba evitar el daño que David Banning intentaba causar a la plácida vida que compartían ella y Lily.

—Sí—confirmó él, sin intentar justificarse por ello—. Entonces, ¿qué comemos esta noche, cielo? —le preguntó, esbozando una maliciosa sonrisa.

¡Que no se creyera que iba a divertirse a costa de ella!

—Pollo asado —lo informó—, así que si quieres pasar a la cocina y ayudarme con la verdura… —añadió con retintín.

—Ningún problema —dijo él, poniéndose instantáneamente de pie—. ¡Soy un as pelando patatas!

Parecía que era el as de muchas cosas, descubrió Joey mientras él se ocupaba de preparar todas las verduras al tiempo que ella metía el pollo en el horno y ponía la mesa.

—Un soltero tiene que aprender a arreglárselas en la cocina o morirse de hambre —explicó él al verle la expresión de sorpresa—. Tú…

—Tío Nick, ¿quieres jugar a «La oca» conmigo? —preguntó Lily desde la puerta de la cocina.

—Anda, ve —le dijo Joey cuando él la miró interrogante.

—De acuerdo —le respondió Nick a Liíy. Secándose las manos con un paño de cocina—. ¡Pero te advierto que yo era el campeón de «La oca» de mi familia! —le hizo un guiño a Joey al pasar, antes de seguir a Lily hasta el salón.

Tío Nick…

No la satisfacía del todo que su hija usase aquella fórmula para dirigirse a Nick, pero cuando lo hablaron de camino al colegio, a ninguno de los dos se le había ocurrido nada mejor. A Joey no le gustaba que Lily llamase a los adultos por su nombre de pila y, por otro lado, David Banning no se creería demasiado lo del compromiso si Lily llamaba a su prometido «señor Masón». Así que habían quedado en «tío Nick».

Joey los oía charlar alegremente mientras jugaban y por primera vez tuvo la posibilidad de cocinar la cena mientras alguien entretenía a Lily. Normalmente, Joey corría de aquí para allá intentando hacer la comida, jugar con Lily y luego hacer los deberes con ella. Aquella tarde incluso tuvo tiempo de sentarse y disfrutar de una tranquila taza de té mientras se cocinaba la verdura.

«No te acostumbres a esto», se dijo Joey con firmeza. La presencia de Nick Masón en su vida era solo pasajera. El mundo de Lily y ella estaba tan lejos del de Nick, como del de David Banning.

Su mirada se ensombreció al pensar en David Banning, que llegaría en poco más de una hora a su casa. ¿Lograrían engañarlo con lo del compromiso con Nick o se daría él cuenta inmediatamente de que era una farsa? ¡Esperaba que fuese lo primero!

—No ha salido demasiado bien, ¿verdad? —dijo David mirando a Joey cuando esta volvió al salón de acostar a Lily. su hija había pedido que «el tío Nick» la acompañase arriba y le leyese un cuento, por lo que Joey se quedó un rato a solas con David Banning.

La reunión con Lily durante una media hora había sido extremadamente difícil. Totalmente cautivada por su nuevo tío Nick. Lily se había quedado aturdida por la llegada de un segundo tío, y el hecho de que David Banning lo fuese de verdad no la había impresionado en absoluto. Parecía resultarle imposible a su corta edad intentar hacerse a la idea de que aquel hombre era el hermano de un padre que nunca había tenido un sitio en su vida.

Fue un alivio para Joey poder excusarse con el pretexto de llevar a Lily a dormir. No tenía ni idea de qué habrían hablado los dos hombres mientras tanto…

—Exactamente, ¿qué le has dicho de Daniel? —preguntó David Banning bruscamente.

Joey detuvo su inquieto caminar por el salón para mirarlo con incredulidad.

—Nada —le dijo secamente—. No había nada que decir —añadió a la defensiva.

—¡Nada que decir! —dijo David Banning cáusticamente—. No estoy de acuerdo…

—No tengo ninguna intención de discutir con usted este tema, señor Banning…

—¡Podría haber resultado menos difícil si me hubieses tuteado y llamado por mi nombre de pila frente a Lily!

Ella abrió los ojos asombrada.

—¡No trate de echarme la culpa por el hecho de que le resulte

un perfecto extraño a Lily —dijo añadiendo con burla—: David.

David tomó aliento para tranquilizarse y esbozó una amarga sonrisa.

—Y, como todas las buenas madres, le has advertido a Lily que no hable con extraños —dijo con un brillo helado en los ojos.

—¡Supongo que tendría que sentirme agradecida de que me considere una buena madre! —dijo ella con una mueca.

—Todavía está por verse —dijo David Banning negando con la cabeza—. ¡Era una forma de hablar!

—¿Podríais bajar la voz? —pidió Nick sin alterarse cuando entró en la estancia, cerrando la puerta silenciosamente detrás de sí—. No creo que favorezca a nadie que Lily os oiga discutir —añadió en tono reprobador.

Tenía razón. Joey sabía que tenía razón, pero eso no alteraba el hecho de que David Banning acabara de cuestionar su calidad de madre. Haciendo un esfuerzo para no discutir con él, le lanzó una mirada furibunda.

—Tomemos una copa de vino y dejemos que las cosas se tranquilicen un poco —propuso Nick con calma al verles las caras de enfado—. Me temo que no puedo ofrecerte nada más fuerte, Banning; Joey no tiene alcohol en casa.

Más temprano, buscando algo para tomar en la cena, Nick había tenido la suerte de encontrar una botella de vino que alguien le había regalado a Joey en Navidad. Y si estaban a punto de discutir con David Banning, lo mejor sería que tomasen una copa de vino.

—Ya sabes dónde están los vasos —le dijo a Nick, agradecida.

Durante el poco tiempo que habían tenido antes de que David Banning llegase, Nick había averiguado dónde se encontraba la mayoría de las cosas en la casa, al menos en la planta baja. Era una casa pequeña, con solo el salón, la cocina y un lavabo en la planta baja, y los dormitorios y un cuarto de baño arriba; probablemente no le había resultado tan difícil hacerlo.

—De acuerdo —aceptó David Banning, serio, cuando Nick lo miró con expresión interrogante.

—Se interrumpen las hostilidades hasta que yo vuelva, ¿vale? —dijo Nick con sequedad dirigiéndose a la cocina.

—Parece muy cómodo aquí —dijo con mordacidad David Banning.

—¿Por qué no iba a estarlo? —lo defendió Joey, enrojeciendo, a la vez que le agradecía interiormente a Nick lo previsor que había sido.

—No parecíais tan… amigos anoche —dijo Banning, encogiéndose de hombros.

—No —dijo Joey, apartando la vista—. Pues…

—Me temo que la culpa es mía —dijo Nick entrando con tres copas servidas en una bandeja—. No me parecía bien que Joey cenase a solas contigo —le entregó una copa a Joey y luego la segunda al invitado—. Después de todo, es una cuestión de familia —añadió, sentándose junto a Joey en el sofá.

Joey lo miró. No se le había ocurrido que a David Banning le pareciese extraña la forma en que se habían tratado la noche anterior, y mucho menos pensar en una explicación que darle, pero estaba claro que Nick lo había hecho… Le dirigió una sonrisa de agradecimiento antes de mirar a David.

—Y al reconsiderarlo, he decidido que Nick tenía razón —le dijo desafiante.

Él pareció no alterarse por la obvia insinuación.

—¿Cuándo pensáis casaros?

La pregunta tomó a Joey totalmente desprevenida, aunque, dadas las circunstancias, quizá no fuese tan inusual…

—¿Por qué lo quieres saber? —respondió Nick, con el brazo apoyado ligeramente en el respaldo del sofá por detrás de Joey y jugando con los mechones de pelo de la nuca de ella—. ¿No pretenderás que te mandemos una invitación para la boda? —añadió burlón.

—Desde luego que no —respondió David Banning, desdeñoso—. Solo me lo preguntaba si, en el caso de que la boda fuese inminente, la luna de miel no sería un buen momento para que Lily viniese a Estados Unidos y conociese a su familia.

Joey, que tomaba un sorbo de su copa, se atragantó con el vino. Nick le dio unos suaves golpecitos en la espalda antes de responder.

—No será posible, lo siento —dijo rápidamente—. No se nos ocurriría ir a ningún sitio sin Lily.

—¿Y os llevaríais a una niña de seis años de luna de miel con vosotros? —preguntó David Banning, incrédulo.

—No es solo una niña de seis años —le respondió Nick—, es que

es Lily. Sí, por supuesto que vendrá con nosotros. Ella y Joey no se han separado nunca —añadió con firmeza.

Joey no sabía cómo él lo sabía, pero aquello era verdad: no se había separado de Lily ni siquiera una noche desde que la llevó del hospital a su casa.

—Además —continuó Nick con firmeza—, si llega a haber algún encuentro entre Lily y sus abuelos americanos, Joey y yo desde luego que querremos estar presentes.

—¿Si…? —repitió David Banning suavemente.

Nick se encogió de hombros.

—Creo que todavía no se ha decidido si sería algo bueno para Lily o no.

—¡ Son los padres del padre de Lily! —dijo con furia el americano.

—Un padre que nunca quiso saber nada de su hija —respondió Nick con seriedad.

Joey no le había dicho aquello tampoco, pero nuevamente Nick tenía razón. Aparte del dinero, no había sabido nada de Daniel durante los últimos seis años. Y, conociendo a Daniel, ¡probablemente se había olvidado del motivo de aquellos pagos mensuales!

—Verán que mis padres no piensan igual que él —dijo David Banning con decisión.

—Quizá —aceptó Nick—. pero estoy seguro de que hablo por los dos cuando digo que Lily solo irá a América acompañada por uno de nosotros, o ambos.

Joey, mientras tanto, intentaba recuperarse de la sorpresa de que David sugiriese una visita de Lily tan pronto. Eso hacía que tuviese que adelantar todos los planes que apenas había comenzado a hacer…

—Me parece razonable —concedió Daniel reticentemente.

—¡Razonable! —repitió Joey con incredulidad, poniéndose de pie, inquieta—. Lily ni siquiera se ha subido a un avión, ni qué decir de viajar sola —dijo, lanzándole al americano una mirada de enfado.

—Joey…

—¡Se ve que no tiene ni idea de lo que es un niño! —prosiguió sin prestar atención a Nick, que intentaba calmarla, para proseguir

su ataque—. ¡«Insensible» es una palabra demasiado blanda para describir su sugerencia de arrancar a Lily de aquí y meterla en un avión durante cinco horas para encontrarse allí con unos perfectos extraños! —solo pensarlo le daba escalofríos.

Además, había hecho el trato con Nick Masón justamente para evitar que eso sucediese.

—¡Haz algo! —le espetó, mirándolo.

—Eso era lo que intentaba hacer —dijo él antes de dirigirse al otro hombre—. Estoy seguro de que se podrá organizar una visita, pero todavía no —añadió con firmeza.

—¿Y cuándo crees que esa visita puede ser… adecuada? —exigió David Banning con arrogancia.

—Cuando su madre así lo considere —dijo Nick, dirigiéndole una mirada de hielo.

El americano se puso de pie.

—Ya veo que no vale la pena continuar discutiendo esta noche —dijo con impaciencia—. Pero dentro de lo posible, preferiría que no tuviesen que intervenir abogados en esto —añadió con calma.

Joey sintió que empalidecía y se echó el pelo hacia atrás con una trémula mano. Se dio cuenta de que David Banning la estaba amenazando, pero también de que él, al igual que ella, quería evitar que la situación saliese a la luz.

—Lo tendremos en cuenta —respondió nuevamente Nick con expresión especulativa.

¿También él se habría dado cuenta de que David Banning quería mantener la cuestión en privado?

—De acuerdo —dijo David Banning abruptamente—. Ya te llamaré, Joey.

—Esperamos tu llamada —le dijo Nick, poniéndose de pie para acompañarlo hasta la puerta.

Joey se apoyó en el respaldo del sofá cuando se quedó sola, totalmente agotada por la escena que acababa de tener lugar. Iba a resultarle mucho más difícil de lo que se había imaginado.

—Pues no ha estado tan mal, ¿verdad? —dijo Nick al volver al salón.

Joey lo miró sin comprender. ¿Mal? ¡Había sido horrible!

—De veras, Joey —le sonrió Nick—, Banning quiere darte la impresión de que está más seguro de su posición de lo que en

realidad lo está —le aseguró.

—¿Cómo lo sabes?

—Aunque yo prefiera la parte práctica de mi negocio —se encogió de hombros Nick—, no quiere decir que siempre pueda evitar las reuniones —hizo una mueca—. He visto a hombres como David Banning antes, y nos oculta algo —añadió astutamente.

—¿Qué puede ser? —preguntó Joey, todavía sin comprender demasiado.

—No tengo ni idea. Todavía no —prosiguió Nick, decidido—. Pero tengo intención de averiguarlo.

Joey no creía que nada de lo que Nick averiguase podría cambiar la situación, que, según ella veía, era bastante desesperada.

—Eh —dijo Nick. cruzando la estancia en dos rápidas zancadas —, no llores. Joey —la tranquilizó, sentándose a su lado en el sofá para estrecharla entre la cálida fuerza de sus brazos.

—Es que me hace sentir tan… impotente —se ahogó ella contra el pecho de Nick—. Como si ya no pudiese controlar lo que nos sucede a Lily y a mí —sacudió la cabeza con desesperación.

—Pensaba que para eso me tenías, para asegurarme de que todo estuviese bajo control —le recordó Nick con dulzura.

Se sentía segura en sus brazos, tan segura… ¿Era solo una ilusión? ¿El deseo de que fuese así en realidad? ¡De momento, era todo lo que tenía!

Levantó los ojos hacia él, mirándolo con pesar mientras se secaba con impaciencia las lágrimas.

—¡No puedo creer que esté llorando por segunda vez en dos días! —dijo, mortificada.

—¿Hacía mucho que no lo hacías? —le preguntó él, mirándola con detenimiento.

—Seis años —dijo ella con una mueca.

—¿Desde que Lily nació? —preguntó Nick con extrañeza.

Joey se enderezó, separándose un poco de él y lanzando un suspiro.

—Entonces lloré un mes sin parar —recordó trémula—. Nunca me había sentido tan sola, tan completamente vulnerable. Una parte de mí también estaba enfadada, lo sé ahora, porque me habían dejado abandonada con un bebé indefenso. Sin embargo, luego me di cuenta de que no valía la pena llorar por alguien que yo quería,

pero que… que nunca iba a volver —tragó el nudo que le atenazaba la garganta—. Dicen que la aceptación es la parte más dura del luto por alguien que uno ama. Puedo asegurarte que es verdad.

—Comprendo —dijo Nick, separándose de ella para ponerse de pie.

Joey elevó la mirada hacia él y, notando la repentina expresión distante de su rostro, se dio cuenta de que él obviamente no se sentía cómodo frente al dolor emocional de los demás—. No te tendría que haber molestado con eso —dijo cohibida—. Gracias por ayudarme esta noche. Fue… fue muy amable de tu parte —añadió torpemente.

—No tiene nada que ver con la amabilidad —dijo él con voz ronca—. Hemos hecho un pacto, ¿recuerdas? —se encogió de hombros—. Solo cumplía con mi parte.

Por supuesto. Se había olvidado de aquello por un momento. Pero estaba claro que Nick no. ¡Acababa de decir que aquel era el único motivo de encontrarse allí!

Se aseguraría de no olvidarlo otra vez, de que los momentos como el de hacía unos minutos, cuando se encontraba entre los brazos de Nick, no se repitiesen tampoco.

CAPÍTULO 8

JOEY, ha venido el guapo del otro día a verte otra vez! —dijo Hilary sin aliento al entrar donde Joey se sentaba, al fondo del salón para almorzar temprano.

Joey suspiró, dejando el sandwich a medio comer para ponerse de pie y seguir a Hilary. Tal como suponía, se trataba de Nick Masón, que la esperaba nuevamente, con traje y corbata. ¡Era verdad que estaba guapísimo! Pero no tenía que olvidarse de que, tal como él se lo había recordado la noche anterior, tenían un acuerdo, nada más.

—Nick —lo saludó con calma—, ¿qué puedo hacer por ti?

—Ponte un abrigo y ven conmigo —le dijo él, en el mismo tono impersonal.

—Lo siento, pero no puedo en este momento —dijo Joey, negando con la cabeza—. Dentro de diez minutos llega mi próxima dienta. Estaba comiendo algo antes.

—Tenemos que ir de compras hoy. ¿recuerdas? —le preguntó él, levantando las cejas.

—¿De compras? —le preguntó ella, extrañada.

—Sí, de compras —dijo él, burlón.

Las mejillas le ardieron al darse cuenta de que él se refería a la sortija de compromiso.

—No tengo tiempo ahora, Nick —le dijo torpemente—Además… —añadió, levantando la mano para mostrarle una sortija que le brillaba en el dedo corazón—. ¡Ta… chan!

Nick tomó la mano de ella entre las suyas para mirar el anillo.

—Es de vidrio —dijo, soltándole la mano.

—Por supuesto que es de vidrio —replicó Joey, molesta—. No me podría permitir uno de verdad —añadió cáusticamente,

dirigiéndose al mostrador de recepción con intención de alejarse un poco de las dientas, que, al igual que las empleadas, intentaban no perderse detalle de la conversación. Había encontrado el anillo de fantasía en su joyero y le había parecido perfecto para la ocasión.

—Pero yo sí puedo. Y Banning lo sabe perfectamente —añadió—, así que, ¿quieres ponerte el abrigo?

—Yo…

—Un trato es un trato, Joey —interrumpió sus protestas—. Y yo tengo toda la intención de cumplir con mi parte —añadió con decisión.

—Yo también intentaré hacerlo —se defendió ella—. De hecho… —bajó la voz para que solo Nick pudiese oírla—… ya me he puesto en contacto con una inmobiliaria para ver un local en el centro.

—Te dije que te ayudaría a encontrar un sitio —le dijo Nick, irritado.

Joey no tenía idea de qué le sucedía a Nick. Su anterior buen humor parecía haberlo abandonado. Pero ella no se iba a dejar amedrentar ni por él ni por nadie más.

—Soy perfectamente capaz de cuidarme sola, gracias —le dijo—. Y, si va en serio lo de… ir de compras…

—Desde luego —dijo él, adusto.

Ella suspiró ante su insistencia. A Nick se le estaba yendo un poco la mano. Lo único que le había pedido era que convenciese a David Banning de que Lily era feliz, para que este se volviese a Estados Unidos y las dejase en paz. No comprendía por qué tenía que ponerse una sortija de compromiso para ello.

—Entonces, vuelve a las dos y media —le dijo exasperada, mirando el libro de citas— Dispongo de una hora entonces.

—Desgraciadamente, he quedado con el arquitecto a las dos y cuarto —rechazó él.

—Entonces el… tema tendrá que esperar, ¿no? —dijo Joey, molesta.

—Dudo que Banning lo haga —dijo Nick, frunciendo el ceño—. ¿Has hablado con él hoy?

—Todavía no —dijo ella con una mueca. Suponía que pronto lo haría. David Banning tenía tan poca paciencia como Nick. Quizá eso era lo que sucedía cuando uno era tan rico que podía hacer lo que quisiera. ¡Cuánto le gustaría tener esa suerte!

—En tal caso, iré a tu casa por la tarde —dijo Nick asintiendo con la cabeza.

—No es necesario —dijo Joey rápidamente—. Estoy segura de que eres un hombre ocupado, y…

—Dime, Joey —dijo él, pensativo—, ¿se parece David en algo a su hermano menor?

Ella lo miró sobresaltada. ¿Por qué…?

—Tiene un parecido superficial, sí —asintió recordando su susto dos días atrás, cuando David Banning había salido del coche; durante un breve instante lo confundió con su hermano.

—Comprendo —asintió Nick lentamente.

—¿Qué? —le preguntó Joey, frustrada—. No… —se interrumpió con la entrada de una dienta. Era a quien tenía que atender.

—Perdona, Nick —dijo con una mueca—, pero te tengo que dejar.

—Ya sabes, iré a tu casa esta tarde —dijo él, dándose la vuelta abruptamente para marcharse.

Aunque saludó a su dienta con su simpatía habitual, Joey tenía la cabeza en otro lado. Había pasado de una existencia casi monjil a estar rodeada de dos hombres que no hacían más que interferir en su vida. ¡No sabía cuál de los dos era el más raro!

—¿Y? —le preguntó Hilary con interés por la tarde, antes de marcharse a recoger a las dos niñas del colegio. Era el primer momento que las dos tenían para hablar.

—¡Ni me lo preguntes! —exclamó Joey—. ¡La próxima vez que me queje de que lo único que hago es trabajar, recuérdame que es mucho menos complicado de ese modo!

—¡A mí no me molestaría tener una «complicación» como esos dos! —rio su amiga, uña pelirroja pequeña con vivarachas facciones cubiertas de pecas—. ¡Si te cansas de alguno, cualquiera de los dos, pásamelo!

—No me gustaría hacerle algo así a una buena amiga como tú —replicó Joey.

—Hasta luego —volvió a reír Hilary antes de salir corriendo al colegio.

Al llegar las cinco, Joey estaba agotada. Y no solo porque había sido un día ajetreado en el salón de belleza. David Banning no había dado señales de vida, lo cual era preocupante. En cuanto a Nick…

no tenía ni idea de lo que le sucedía.

Le apetecía un par de horas de diversión con Lily seguidas de un buen baño con esencias, pero sabía que aquello nunca sucedería, por supuesto.

Sus suposiciones se confirmaron cuando detuvo el coche frente a su casa y se encontró con el de David Banning aparcado allí y su conductor esperándola sentado en el muro del jardín. Un David Banning ligeramente distinto al que ella estaba acostumbrada… La camiseta azul oscuro y los vaqueros, además de favorecer su delgada figura, le daban un aspecto más joven y accesible. Pero, ¿llevaría esa ropa adrede…?

—Pensé que llamarías antes de venir otra vez —dijo Joey al bajarse del coche, molesta porque era la segunda vez que él aparecía de improviso.

—Buenas tardes, Joey —dijo él. deslizándose del muro para pararse frente a ella. La saludó con retintín para mostrarle su falta de modales—. Y buenas tardes a usted también, señorita —dijo, sonriéndole a Lily cuando la niña salió del coche.

—Hola, tío David —respondió Lily con timidez.

—Esto es para ti —dijo él, girándose para tomar un paquete envuelto en alegre papel que había en la pared junto a él.

Cuando Lily la miró indecisa. Joey asintió con la cabeza, tragándose el resentimiento que sentía. ¡Si David se creía que podía aparecer así como así y comprar a su hija!

—Gracias —dijo Lily, esbozando una tímida sonrisa. El rostro se le iluminó de alegría al abrir el paquete y ver la muñeca que le había pedido a Papá Noel. Muchas de sus amigas ya la tenían, pero era muy cara.

—¿No es preciosa, Lily? —alabó con cariño Joey, agachándose junto a su hija—. Tendremos que decirle a Papá Noel que ya no te la traiga.

Lily estaba totalmente azorada ante la enormidad del regalo.

—¿Y no se ofenderá?

—Por supuesto que no —sonrió Joey. Lo único que tendría que hacer sería ir hasta la juguetería y cancelar el pedido—. Le mandamos una nota.

—Gracias ——dijo Lily, volviéndole a sonreír a su tío.

—De nada —dijo David Banning, devolviéndole la sonrisa.

Joey se enderezó con una opresión en el pecho al percatarse de repente del parecido que había entre los dos. Durante años había pensado que Lily no se parecía a su padre, pero viéndola cara a cara con David Banning, se dio cuenta de su error…

—¿Entramos? —preguntó bruscamente, segura de que sus vecinos, por más que fuesen simpáticos, habrían notado las idas y venidas de los dos hombres. Entraron.

—Me preguntaba si os podría invitar a cenar esta noche —dijo David Banning.

Joey se dio la vuelta tras colgar la mochila del colegio de Lily.

—Te lo agradezco, pero…

—Hay una hamburguesería genial en el pueblo; pensé que a Lily le gustaría ir —dijo él, cortando a Joey en seco.

—Oh, ¿podemos, mami? Porfi… —dijo la niña, elevando hacia ella sus suplicantes ojos verdes.

¿Cómo podía negarse ante aquella mirada? Imposible. ¡Y lo que más rabia le daba era que estaba segura de que David contaba con ello!

—¿No te importa esperar en el salón hasta que nos cambiemos? —preguntó, lanzándole una fría mirada para demostrarle que se había dado cuenta de su manipulación.

—De acuerdo —dijo él sin alterarse.

Mientras Joey ayudaba a Lily a cambiarse, pensó nerviosa que todo iba demasiado rápido. Entre su trabajo, ocuparse de Lily y quitarse de encima a David Banning y Nick Masón, no le quedaba nada de tiempo para elaborar sus propios planes. ¡Planes que no incluían a ninguno de los dos!

—Estáis guapísimas —dijo David Banning dejando el periódico que miraba sentado en el sofá— Las dos —recalcó con voz ronca.

Joey lo miró perpleja. ¿Qué tramaba ahora? Con su último comentario parecía que estaba flirteando.

—Nos encontramos en el restaurante —le dijo, agarrando las llaves del coche. No tenía ninguna intención de ir en el coche de él, que luego tendría que traerlas de vuelta.

David le dirigió una mirada especulativa, pero no manifestó nada ante su sugerencia.

—De acuerdo —dijo, abriéndoles la puerta para que salieran delante de él.

—Es simpático, ¿no, mami? —comentó Lily ingenuamente cuando estaban en el coche.

—Sí —respondió Joey entre dientes.

Estaba claro que el soborno y la corrupción funcionaban con una niña tan joven e impresionable como Lily. Tampoco culpaba a su hija; David estaba deliberadamente encantador aquella noche. Además, Lily la había visto aceptar la repentina aparición de aquel hombre en sus vidas. Joey sentía deseos de llorar de agobio y frustración. Obviamente, los Banning le podían ofrecer a Lily unas condiciones económicas de vida mucho mejores que las que ella podría jamás. Si la aceptaban, tendría lo mejor de todo: conocer gente, viajar, tener un estilo de vida al que Joey solo llegaría en sueños. ¿Estaba equivocada al negarle a su hija aquello?

¡Basta!, se dijo interiormente con firmeza. Si ella no creía que la drástica acción que pronto llevaría a cabo era lo mejor para Lily, ¿qué posibilidades tendría de éxito?

Era la madre de Lily. La única familia que su hija conocía en sus seis años de vida. Se negaba a aceptar que los Banning pudiesen quererla tanto como ella.

Pero podían darle otras cosas, le decía la vocecilla traidora nuevamente, cosas que Lily, cuando creciese, quizá valoraría mucho más que el amor de su madre, aunque lo hiciese con la mejor intención del mundo.

¡Dios Santo, era horrible! No podía soportar pensar en el vacío que le quedaría en su vida si Lily visitase a su familia americana, y ni pensar si… si…

—¿Estás bien, mami?

Dirigió una breve mirada al preocupado rostro de Lily, dándose cuenta de que tenía que controlarse si no quería asustarla.

—Por supuesto, querida —dijo sonriendo—. No esperábamos una invitación así, ¿a que no? —añadió mientras aparcaba el coche junto al de David, frente a la hamburguesería.

Lily no se movió del coche y le lanzó una mirada penetrante.

—¿Te gusta el tío David?

Joey tomó aliento antes de responder.

—Todavía no lo conozco lo bastante para saberlo —respondió con sinceridad—. ¿Y tú?

—Pues… —Lily se encogió de hombros—. Me ha dado la

muñeca y no tendría que ser desagradecida —dijo, abrazando a la muñeca—. Pero el tío Nick me gusta más.

¡Nick!

Con la sorpresa de encontrarse a David Banning esperándola cuando llegó a su casa. Joey se había olvidado totalmente de él. ¿Que iba a pensar Nick cuando llegase a su casa, tal como había dicho, y se encontrase con que ellas habían salido? ¿Qué diría cuando se diese cuenta de que lo habían hecho con David Banning?

—Es una niña preciosa —comentó luego David Banning suavemente mirando a Lily, que corría excitado en la zona de juegos mientras esperaban a que les sirvieran la comida.

—Sí —dijo Joey con cautela.

—Igualita a su madre —dijo David mirando a Joey.

Ella se envaró, inquieta. ¡Parecía que David no solo quería cautivar a Lily!

—¿Sabes? —continuó David, sin apartar la mirada de la de ella —, es una pena que estés comprometida con Masón.

—No te comprendo… —dijo Joey. aturdida.

—Pues —se encogió de hombros David—, está claro que la idea de ver a Lily en medio de un tira y afloja de afectos te resulta incómoda…

¿Incómoda? ¡Mucho más que eso! Era inconcebible que los Banning se interesasen por Lily después de tantos años. No solo inconcebible, sino que además, ¡la forzaba a hacer algo que podría convertirse una espiral que trastornase sus vidas!

—¿Pretendías que fuese de otro modo? —respondió con voz inexpresiva mirando a Lily, distraída mientras la niña subía y bajaba por el tobogán y las estructuras metálicas, completamente ajena a la guerra que ya se había desatado a su alrededor.

—No se me había ocurrido pensar, hasta que te conocí, en cómo te sentirías —dijo David, volviéndose a encoger de hombros.

—¿A qué te refieres? —preguntó ella, clavando en él su verde mirada.

—No eres en absoluto como me imaginaba que serían las amigas de Daniel —dijo él con una mueca.

—¿Y qué era lo que te imaginabas? —le preguntó irritada.

—Mejor no te lo digo —respondió David—. Pero me gustaría decirte que me has sorprendido gratamente. Al verlo por escrito…

—¡Por escrito! —repitió Joey cáusticamente—. Lily y yo no somos datos en un trozo de papel. ¡Somos seres humanos! Más que eso, ¡somos madre e hija! —añadió enfadada.

—Sí, tengo que reconocer —dijo él, jugueteando con su tenedor —, que hasta que llegué aquí y os vi juntas, la realidad de tus sentimientos de madre no se me había ocurrido.

—No te comprendo bien —dijo Joey, perpleja. Quizá fuese porque él no tenía hijos, pero, de todos modos…

—Probablemente no —reconoció él, apesadumbrado, enderezándose—. Mi hermano murió. De improviso. Ordenando sus papeles, descubrí ciertos… documentos que me llevaron a la conclusión de que Daniel tenía una hija, de la cua! yo hasta aquel momento no sabía nada…

—Fue el padre biológico de una hija —lo interrumpió Joey con decisión—. No es lo mismo.

—Ahora lo veo —asintió David con expresión seria—. ¡Maldita sea, parecía todo tan sencillo antes de venir aquí y conoceros!

Una luz de esperanza pareció surgir en el horizonte

de Joey. Quizá… quizá las cosas salieran bien después de todo…

—Como te decía antes —dijo David con voz ronca—, es una pena que te vayas a casar con Masón.

—Sigo sin comprender el porqué —dijo Joey, consternada.

—Porque, mi querida Joey —dijo David, esbozando una amarga sonrisa—, si no estuvieses comprometida con Masón, ¿no te das cuenta de que la solución más sensata para el dilema en el que nos hallamos sería que nosotros dos nos casásemos?

Joey se lo quedó mirando, totalmente muda.

¿Casarse… ellos dos? La gente no se casaba para asegurar la custodia de un niño, ¿o sí?

¿Por qué no?, fue la respuesta inmediata. ¿Acaso no le había pedido a Nick que fingiese estar comprometido con ella por el mismo motivo?

Pero eso era diferente, se dijo, defendiendo sus propias acciones instantáneamente. Ella lo había hecho como medio de evitar que aquel hombre la apartase de Lily. Pero ahora él le ofrecía una alternativa a su propia y drástica decisión de actuar…

—Te lo digo en serio, Joey —prosiguió David, mirándola fijamente—. Yo no estoy casado, y tú tampoco. Lily es una Banning —añadió con determinación—, asunto que se puede legalizar en cuanto seas mi mujer. La única pega que veo en todo esto es lo que sientes por Masón.

¿Qué sentía por Nick?

Era imposible que aquel hombre lo supiese, pero apenas conocía a Nick. Su compromiso era una invención. Pero, ¿podía considerar casarse con David Banning, un hombre al que conocía todavía menos?

CAPÍTULO 9

AL APARCAR el coche frente a su casa un par de horas más tarde y ver la camioneta de Nick aparcada allí, Joey supo que no tendría que esperar demasiado para oír exactamente su opinión con respecto a que ella y Lily hubiesen salido a comer con David Banning.

Nick, que llevaba vaqueros desteñidos y una camisa azul marino, salió lentamente de la camioneta cuando Lily y ella se acercaron a la puerta de entrada. Una expresión de reprobación se reflejaba en su rostro.

—Hola, Nick —lo saludó Joey cuando él se acercó a ellas.

La expresión masculina era severa cuando le respondió con una inclinación de cabeza antes de dirigir la mirada a Lily.

—Hola, preciosa. ¿Muñeca nueva? —preguntó con interés.

—Tío David me la ha regalado —respondió Lily, sonriente.

—¡Qué bonita! —le dijo Nick con admiración—. ¿Lo habéis pasado bien?

—Sí, gracias —dijo Lily antes de esbozar un enorme bostezo.

—Es hora de ir a la cama, señorita —dijo Joey con firmeza, evitando mirar directamente a Nick, aunque era por completo consciente de la animadversión que emanaba de él. Le sugirió apresuradamente—: ¿Quieres hacerte un café o algo mientras la llevo a dormir?

—De. acuerdo —dijo él.

Joey no le prestó atención a su tono enfadado y subió las escaleras detrás de la cansada Lily. Quizá cuando volviese a bajar, Nick se sentiría menos enfadado. Por el momento, le daba igual. Agradeció el respiro. Todavía le costaba creer que habían sido reales las últimas dos horas que había pasado con David Banning.

¡Le había pedido que se casase con él! ¡Absolutamente increíble!

¿Cómo había pasado David de su arrogante hostilidad a una propuesta de matrimonio? Desde luego que Joey no se hacía ilusiones con respecto a sus motivos para hacerlo. Sabía que la única razón era integrar a Lily en la familia Banning. Lo irónico era que David Banning le hiciese aquella sugerencia cuando el matrimonio era algo que Daniel nunca había considerado como opción siete años atrás.

Joey nunca se había sentido tan cansada en su vida, emocionalmente cansada, como cuando bajaba las escaleras para ver a Nick. Y sabía que la noche estaba lejos de acabar.

Hacía cuatro días, su vida estaba totalmente encaminada, igual que en los últimos seis años. La única nube en el horizonte era que tenía que buscar local nuevo para su salón de peluquería. Ahora su futuro con Lily se encontraba seriamente amenazado, la única forma de resolverlo parecía ser el trato que había hecho con Nick. y para colmo, David Banning le había sugerido que se casasen. ¡Con razón se encontraba cansada!

Nick se puso de pie cuando ella entró en el salón, dirigiéndole una mirada penetrante al ver la palidez de su rostro.

—¿Qué ha sucedido? —le preguntó preocupado.

Joey esbozó una débil sonrisa. ¿Cómo se le iba a escapar algo a Nick?

—¿Te ha estado amenazando Banning otra vez? —insistió Nick, astuto.

No se sentiría tan desorientada si lo hubiese hecho. Al menos, habría sido predecibie. ¡Desde luego que lo que había sucedido no podía considerarse una amenaza!

—La verdad es que no —replicó ella con esfuerzo—. En realidad, fue una noche muy agradable —hasta al oírselo decir le resultaba sorprendente.

Dejando de lado la sugerencia de David de que la solución al problema sería que se casasen, había sido una noche agradable. David había estado de lo más simpático, bromeando con Lily, tonteando con Joey, haciendo que ambas se rieran en varias ocasiones. De hecho, a medida que avanzaba la velada, Joey se había comenzado a preguntar si su primera impresión no habría sido equivocada.

No habría sido fácil para él ir a Inglaterra a conocer a su sobrina y la madre de esta. Lily, con seis años, no era difícil de tratar, pero seguro que no sabría que esperar de la madre de Lily, en especial porque lo único que realmente sabía de ella era la evidencia de los pagos bancarios. ¿Podía echarle la culpa Joey por las conclusiones a las que había llegado?

¿Qué hacía? ¡Una noche con David cuando él se había propuesto ser encantador no anulaba las otras ocasiones en las que él la había insultado e incluso amenazado!

—Una noche agradable —repitió Nick con escepticismo—. ¿Por qué crees que David ha decidido ser agradable después de todo?

Porque él había decidido que la respuesta más obvia para su dilema era que Joey se casase con él.

David le había dicho que lo pensase. Pues lo había hecho, lo seguía haciendo, y, de momento, la única objeción que había encontrado era que no lo quería.

¡La única objeción!

¿Pero era tan importante amar a la persona con la que te casabas? Ella ya había llegado a los treinta sin encontrar a un hombre a quien amar y con quien compartir el resto de su vida; entonces ¿qué le decía que aquello podría cambiar en los siguientes diez o quince años? Además, si se casaba con David, no tendría ningún pleito por la custodia de Lily; Lily se convertiría en la Banning que David quería, la que era en realidad. En realidad, la vida de Lily se transformaría.

Cuando Joey analizaba la situación de aquella forma, el hecho de que David y ella no se amasen no parecía importar demasiado…

—¿Joey? —insistió Nick ante su silencio.

Ella despertó de su ensoñación y esbozó una radiante sonrisa.

—Parece que no te has hecho ni un café ni nada. ¿Quieres que te haga uno ahora?

—Lo que querría es que me contestases —le respondió él obstinadamente.

—Me temo que no sabría qué responderte —dijo ella, negando con la cabeza—. Quizá deberías preguntarle a David.

—Así que ahora lo llamas David, ¿eh? —murmuró Nick con pesar, siguiéndola para apoyarse contra uno de los armarios de la cocina.

—Al fin y al cabo, es el tío de Lily —dijo ella, evitando mirarlo a los ojos mientras se movía por la cocina preparando el café.

—Es cierto, pero no sabes nada de él.

—No sé mucho de ti tampoco —dijo Joey. dándose la vuelta para sonreírle—, ¡Y parece que estamos comprometidos!

—Exactamente —dijo él con satisfacción—. Lo cual me recuerda… —metió la mano en el bolsillo—. Tengo algo Para ti.

Cuando vio la cajita que sacó del bolsillo, Joey tuvo que dejar las dos tazas de café; las manos le temblaban tanto, que corría el riesgo de volcarse el caliente líquido encima.

—Nick… —tragó con esfuerzo.

—No digas nada hasta que no lo hayas mirado —le dijo él roncamente, abriendo la caja para mostrárselo—. Si no te gusta, podemos volver a la tienda para que lo cambies.

Cuando Joey miró, se encontró la sortija más bonita que había visto en su vida: una enorme esmeralda rodeada de seis diamantes ligeramente menores. Se dio cuenta de que nunca podría llevarlo.

—No puedo aceptarlo —dijo secándose las manos húmedas en los vaqueros.

—Por supuesto que sí —la contradijo él rápidamente, sacando la sortija de la caja para tomar la mano izquierda de ella y deslizársela en el dedo anular.

Joey se la quedó mirando, las lágrimas le corrían por las mejillas; nunca había visto algo tan hermoso.

—Elegí la esmeralda porque es del mismo color que tus ojos —le dijo Nick.

Joey elevó la mirada hacia él, pero las lágrimas le impedían verlo bien.

—¡Joey! —murmuró él antes de sellar los labios femeninos con los suyos.

Ella había estado negando la atracción que sentía por él desde que lo vio por primera, vez, se había dicho que lo único que había entre ellos era un acuerdo de negocios. ¡Al sentir el primer contacto de los labios de Nick contra los suyos, se dio cuenta de que se había estado engañando!

El corazón le dio un salto en el pecho, su cuerpo se curvó instintivamente contra el de él al responder a su beso. Subió los brazos por los anchos hombros y enredó sus dedos en el cabello de

la nuca masculina mientras la boca de él se movía lentamente, explorando la suya.

Los labios de Joey se abrieron bajo los de él cuando el beso se profundizó y prolongó, el aliento cálido, el abrazo de Nick tan fuerte que parecía partir el delgado cuerpo de ella en dos.

Pero la dureza del cuerpo de Nick contra el de ella era agradable, su pecho musculoso, su estómago firme y plano, los muslos rígidos de deseo.

—¡Dios, Joey! —dijo él finalmente al separarse para respirar entrecortadamente y apoyar la húmeda frente contra la de ella mientras la seguía abrazando con los ojos cerrados, intentando controlarse.

Joey apenas podía responder, con el cuerpo cálido y ansioso, deseando, deseando…

Se separó abruptamente de él; Nick dejó caer los brazos al darse cuenta de su resistencia y la miró a los ojos, interrogante.

Joey se dio la vuelta, incapaz de enfrentarse a su mirada, con la respiración entrecortada, sobrecogida hasta la médula por el deseo que todavía la dominaba. Su deseo por Nick había sido instantáneo y todavía le temblaba el cuerpo de anhelo.

¿Cómo podía pensar en casarse con alguien, por la razón que fuese, cuando podía responder de aquella forma a Nick?

—Lo siento, Joey —dijo Nick con ternura detrás de ella—. Se me fue un poco la mano. Será porque no me comprometo todos los días —añadió con voz ahogada cuando ella no respondió.

Ella tomó aire, casi con temor de darse la vuelta y mirarlo. ¡Con miedo de volverse a echar a sus brazos! Cerró los ojos y finalmente se volvió a mirarlo. Un ansia le llenó el pecho al ver lo guapo que estaba, con la cara arrebolada por la reciente excitación, los ojos castaños acariciándola con cada mirada.

Era algo que tenía que acabarse en aquel mismo instante. ¡ Ya mismo!

—No fue una idea demasiado buena, ¿verdad? —le dijo finalmente, dándose la vuelta para agarrar las dos tazas de café y dirigirse al salón.

Cuando dejó las dos tazas sobre la mesilla frente al sofá, se dio cuenta de que Nick no la había seguido. ¿Qué pensaría de ella después de los besos apasionados que habían compartido? Porque

Joey era plenamente consciente de que, aunque Nick se culpase por lo que había sucedido, ella había respondido a esos besos.

Cada centímetro de su cuerpo se envaró cuando Nick entró finalmente en el salón con una expresión indescifrable en el rostro y se inclinó a tomar su taza.

—Puede que se parezca a Daniel, Joey —dijo Nick, rompiendo el tenso silencio—, ¡pero no es él! —añadió con brusquedad.

Ella sabía perfectamente a qué se refería él, pero no tenía idea de qué importancia tenía el parecido de David con Daniel.

—Lo sé perfectamente —le dijo perpleja.

—¿De veras? —le respondió él, dirigiéndole una penetrante mirada mientras un nervio le latía en la mandíbula.

—Desde luego —dijo ella, enfadada—. ¿Por qué no iba a estarlo?

—Tú sabrás —dijo Nick, añadiendo con brusquedad—: ¡Porque parece que no te resulta tan antipático como hace dos días!

—¡No tengo ni idea de a qué te refieres! —dijo ella, irritada— Por el bien de Lily, tiene que ser mejor si…

—Ese es el tema, ¿no? —la interrumpió Nick con brusquedad—. ¿Hasta dónde estás dispuesta a llegar «por el bien de Lily»?

—Creo que eso es algo que tengo que decidir yo —le dijo desafiante—. ¿No te parece? —añadió con desdén.

—Depende —dijo Nick lentamente.

—¿De qué? —preguntó ella, con las mejillas rojas de rabia.

—De una serie de cosas.

—¿Como qué? —preguntó ella, impaciente. Ella cumplía su parte del trato dejando el local del salón de belleza, con el resto de su vida podía hacer lo que quisiese, ¡no era de la incumbencia de aquel hombre!

Nick la miró pensativo con una sonrisa en los labios.

—Dime, Joey —le dijo finalmente con voz ahogada—, ¿has tenido éxito apartando a los hombres de esta forma?

—¡No sé a qué te refieres! —dijo ella, todavía más ruborizada—. Una familia ya hecha no es algo que los hombres estén dispuestos a aceptar cuando hay tantas mujeres solteras disponibles.

—No me lo creo —dijo él, negando con la cabeza—, Lily es adorable. Y su madre también —añadió antes de que Joey pudiese responder, y la mirada castaña cálida apareció nuevamente.

Joey no pudo mantenerle la mirada ni un segundo. En circunstancias normales, nunca habría establecido una relación con Dominic Masón, ella no tenía en absoluto las mismas relaciones sociales que Nick. Y sabía que él solo se había acercado a ella porque tenía algo que él quería; tan solo habían hecho un trato.

Sabía todo aquello, pero…

¿Por qué siempre tenía que haber un «pero»?

—Será mejor que te vayas —le dijo a Nick abruptamente.

—¿De veras? —preguntó él con suavidad.

—¡Sí! —respondió ella.

—De acuerdo —aceptó él a su pesar.

La desilusionó que él aceptase, aunque, se dijo con rabia, eso era lo que le había pedido. Era ridículo sentirse desilusionada porque él había accedido.

—¿Qué te pasa, Joey? —le preguntó él, mirándola con atención.

—Nada —le dijo ella—. Te acompaño a la puerta.

Nick hizo una pausa en la puerta abierta y alargó una mano para acariciar una de las suaves mejillas.

—Todo saldrá bien, Joey. Ya lo verás.

¿Cómo iba a salir todo bien? Sintió que se ahogaba cuando Nick se marchó; se sentó en el primer escalón y hundió el rostro en las manos.

David Banning le había propuesto matrimonio y resolver el problema de forma expeditiva. Y hasta hacía unos minutos, aunque la sugerencia resultase fantástica, se había estado acostumbrando a la idea de que fuese una posibilidad.

Pero diez minutos más tarde había descubierto una muy buena razón por la que no podía contemplar casarse con nadie en aquel momento.

¡Se estaba enamorando de Nick Masón!

CAPÍTULO 10

SONABA una campanilla. Persistente. —¿Qué…? —dijo Joey, totalmente desorientada mientras miraba desesperada la habitación buscando la procedencia del ruido. Por fin la encontró… ¡el teléfono!

El reloj de la mesilla marcaba las once y treinta y seis. Mejor que quien la llamase a aquella hora de la noche tuviese un buen motivo para hacerlo.

—¿Sí? —dijo de malhumor.

—¿Te he despertado? —preguntó despreocupadamente la inconfundible voz de Nick.

—¿Qué quieres, Nick? —preguntó irritada.

—Se me ocurrió cuando llegué al hotel que no te había preguntado cuándo verías a Banning otra vez —dijo él sin enfadarse.

—De eso hace más de dos horas —puntualizó ella con impaciencia.

—Sí, pues pensé en eso primero…

—¡Y luego decidiste despertarme para hacerme una pregunta que podía tranquilamente haber esperado hasta la mañana! —lo interrumpió ella.

—No me podía dormir —dijo él, contrito.

Joey suspiró.

—David me ha pedido que cene con él mañana por la noche —dijo con un poco de reticencia.

Se hizo un silencio al otro lado de la línea.

—Eres tan vulnerable, Joey —dijo Nick, emitiendo un suspiro— Lily te hace vulnerable. Y Banning lo sabe perfectamente.

—Pensaba que eso era en lo que me ibas a ayudar —respondió

ella, sarcástica.

—Lo es. SÍ me dejases hacerlo —continuó él —. Ya has cenado sola con Banning una vez esta semana y otra con Lily. ¿Qué crees que él pensará de nuestro compromiso si vuelves a salir sola con él mañana?

—Pensará que somos dos adultos maduros. Que confiamos el uno en el otro —dijo ella.

—No te quieres enterar —suspiró Nick~. Lo haces a propósito.

—No —le aseguró ella con engañosa ligereza—, y estoy de acuerdo contigo. Hasta cierto límite.

—¿Y cuál es el límite? —preguntó él.

—El límite es cuando tratas de decirme cómo tengo o no tengo que comportarme —le dijo Joey, sentándose de golpe en la cama—. Nuestro acuerdo es exclusivamente un acuerdo de negocios, Nick, ¿lo habías olvidado? —lo desafió.

Se hizo otro silencio. Un silencio que enervó a Joey al prolongarse…

—¿Nick? —dijo, cuando no lo pudo soportar más.

—Creía que ambos nos habíamos olvidado de eso hoy por la tarde —dijo él finalmente con voz ahogada.

Joey enrojeció al recordar con total claridad cómo se había entregado al placer de los brazos de él.

—Sería mejor que no volviésemos a olvidarlo —le dijo, tensa.

—¿Mejor para quién? —preguntó él con voz ahogada.

—Todos —respondió ella con determinación. No se podía enamorar de él. ¡Podía perder a Lily por ese motivo!

—No lo sería para mí, Joey —dijo Nick suavemente—. En realidad, ese fue el motivo que me impedía dormir esta noche.

Ella tomó aire, sabiendo que no debía permitir que aquel hombre la sedujera.

—¡Prueba a contar ovejas! —recomendó cáusticamente antes de colgar.

Dejó el auricular fuera de la horquilla. no quería volver a hablar con Nick aquella noche. No se atrevía a hacerlo. Era plenamente consciente de lo seductora que podía ser la conversación con ambos en sus respectivas camas hablando. Se imaginaba a Nick desnudo, con el torso bronceado y cubierto de un ligero vello oscuro.

¡Su único consuelo era que quizá Nick estuviese despierto,

atormentado por los mismos pensamientos eróticos que ella!

—No tienes buen aspecto, como si te sintieras igual de mal que yo —murmuró Nick, mirándola al otro lado de la mesa del restaurante.

No la sorprendió en absoluto verlo aparecer en la peluquería media hora antes con la intención de llevarla a comer; lo conocía lo suficiente para saber que querría acabar la conversación de la noche anterior, que ella había cortado en seco.

¡Joey nunca había salido tanto a comer fuera en su vida! Aunque, en realidad, había ido a muchos restaurantes y pedido la comida, pero poco había comido.

—Gracias —dijo secamente.

En cuanto al aspecto que tenía, sabía que estaba terriblemente pálida por falta de sueño y le picaban los ojos. Nick, que llevaba una camisa blanca y pantalones negros, estaba más guapo que nunca.

—¿Por qué me cortaste anoche?

—¡Nick! —le dijo ella, exasperada—. No hubo nada de lo que me dijiste anoche que no hubiese podido esperar hasta hoy.

—¿No? —le preguntó él, arqueando las cejas. —¡No! —espetó ella. Pero no le gustaba la forma en que él la miraba, tenso y alerta, como si supiese algo que ella no sabía.

—Aja —murmuró él, pensativo—. De acuerdo —descartó el tema súbitamente—. Volveremos a eso dentro de unos minutos. ¿Qué has hecho con respecto a…?

—Un momento —lo interrumpió Joey, agitada—, ¿a qué volveremos en unos minutos?

—¿… la invitación de Banning a cenar esta noche? —prosiguió Nick como si ella no lo hubiese interrumpido.

—Nick, no creo…

—Es muy sencillo, Joey; o vas a cenar con él o no vas —le dijo.

—¡No voy! —exclamó ella con impaciencia—, ¡Pero eso a ti no te atañe!

Nick pareció relajarse ligeramente al oír su respuesta. Estaba claro que ella lo satisfacía.

—¿Qué excusa le diste para no ir? —preguntó. Las mejillas de

Joey se enrojecieron de rabia ante su testarudez.

—Pues, ¡desde luego que no le dije que mi «prometido» es tan posesivo que no me permite hacerlo! —le dijo furiosa.

—Muy graciosa —le dijo Nick, tenso. —El viernes es el día en que termino tarde en la peluquería. También es el día en que Lily tiene natación —suspiró Joey—. Sencillamente no hay tiempo para hacer nada más una vez que Lily y yo llegamos a casa.

—Entonces, ¿por qué no se lo dijiste a Banning directamente anoche?

¡Porque después de la proposición de David no había tenido tiempo de pensar en nada! En aquel momento ni se había dado cuenta de que el día siguiente era viernes. Aunque no tenía ninguna intención de decírselo a Nick tampoco.

—Me olvidé, ¿vale? ¡Simplemente me olvidé!! —le respondió agresiva—. ¿Te resulta tan raro en estas circunstancias? —lo desafió al ver que no estaba convencido.

—Pidamos la comida —dijo él cuando se acercó el camarero a su mesa—. Y sugiero que no toquemos temas delicados durante el resto de la comida —añadió secamente—. ¡Quizá puedas comer algo! Has perdido peso la última semana, Joey. y con lo delgada que eres, no puedes permitírtelo.

Joey pidió su comida, cóctel de gambas seguido de una ensalada de pollo, sonriéndole al camarero. El pobre muchacho no tenía la culpa de que ella estuviese agitada.

Pero por dentro era algo totalmente distinto. El primer día no se había dado cuenta de que Nick la observaba lo bastante como para darse cuenta de que había perdido tres kilos en los últimos cinco días. Pero obviamente lo había hecho. Era desconcertante.

—¿Algún progreso en la búsqueda de local? —le preguntó Nick una vez que se encontraron solos nuevamente.

—Varias opciones, pero nada definitivo —dijo ella, jugando distraída con el pan. —¿Alguna adecuada?

—¿Es esta tu idea de no tocar temas delicados? —le dijo incrédula—, ¡El único motivo por el que tengo que buscar un local nuevo es porque tu compañía se ha apropiado del que tengo ahora!

—Corrijo: el dueño del local vendió la propiedad a la empresa de mi padre —refutó Nick sin alterarse.

—¿No es lo mismo…? —dijo Joey, interrumpiéndose

bruscamente cuando el camarero volvió con los cócteles de gambas y se los puso cuidadosamente delante antes de marcharse deseándoles buen apetito.

¡Buen apetito! Joey ya no recordaba lo que era eso.

—No, no es lo mismo —dijo Nick—. ¿Has pensado en uno de los locales dentro del complejo del supermercado? —le preguntó interesado mientras se metía una cucharada de cóctel en la boca.

—¿Al precio que estáis pidiendo? —dijo Joey, que sabía perfectamente el precio que pedía el Grupo Masón por cada uno de los seis locales.

—Estoy seguro de que mi padre estaría dispuesto a llegar a algún tipo de… arreglo, dadas las circunstancias.

—¿Qué circunstancias? —preguntó Joey, inquieta, pensando si él le habría contado a su familia lo de su compromiso.

—Que somos responsables de la pérdida de tu local original, por supuesto —respondió alegremente—. ¿A qué creías que me refería?

Lo que creía era que aquel hombre jugaba con ella, que sabía exactamente lo que ella había pensado. No sabía por qué.

—No tengo ni idea —dijo ella comiendo su cóctel de gambas, que por lo poco que lo estaba saboreando podría haber sido de cartón.

—¿Y? —preguntó Nick.

—¿Y qué? —dijo ella con impaciencia—. Que no estoy interesada en ningún local vuestro.

—¿Por qué no? —insistió él.

—¡Es una cuestión de principios! —dijo ella con los ojos verdes relampagueantes—. Estoy segura de que sabes lo que son los principios —añadió cáusticamente.

—Oh, sé lo que son —confirmó él sin alterarse—. Lo que no sé es qué tienen que ver en esta situación.

—Da igual —dijo Joey, moviendo la cabeza mientras jugueteaba con las gambas de su plato—. Además, no tengo demasiada prisa por encontrar local nuevo —dijo levantando la barbilla, desafiante —. Pronto serán las vacaciones del colegio. Pensaba que me podría llevar a Lily de vacaciones unas semanas antes de abrir el salón nuevo.

—¿En serio? —le preguntó Nick, levantando las cejas. —Sí, en serio —confirmó ella, a la defensiva. —¿Dónde pensabas llevarla?

—preguntó Nick, tras una ligera inclinación de cabeza.

—¡Tan lejos de Nueva York como sea posible! —exclamó ella con los labios tensos.

—Porque los Banning viven en Nueva York —asintió él, comprensivo—, Joey, cuando estuve en tu casa anoche…

—¡Pensaba que no íbamos a hablar de eso! —dijo ella. Su cuchara dio en el plato con estrépito y casi se le cayó de entre los dedos. Se manchó de salsa rosa toda la mano y tomó la servilleta para limpiarse, disgustada.

—¿Supongo que con «eso» te refieres al hecho de que nos besamos? —dijo él y las pálidas mejillas femeninas se tiñeron de rojo—. Pero no iba a hablar de eso —le aseguró secamente—. Aunque no porque no crea que necesitemos hacerlo…

—Entonces, ¿qué es lo que ibas a decir? —Estás un poco a la defensiva hoy, Joey. ¿Algún motivo para ello? —le preguntó con dulzura.

Su ternura era algo que no quería en aquel momento; se encontraba tan tensa, que no sabía si echarse a llorar o reír.

—No más de lo que estaba ayer —dijo con un encogimiento de hombros.

—Solo que no pude evitar notar cuando estuve en tu casa que ha habido algunos cambios en el salón y la cocina…

—He estado haciendo un poco de limpieza, nada más —dijo Joey, poniéndose nerviosa. ¡Aquel hombre era demasiado astuto, y ella que había pensado que había tenido tanto cuidado!—. No es un crimen, ¿verdad? —lo desafió, con los ojos muy abiertos.

—En absoluto —dijo él sin alterarse—, por el contrario, es encomiable. Pero no era ese el tipo de cambio al que me refería…

—¿Ah, no? —dijo ella, y el nudo de su estómago le indicó que aquella iba a ser otra comida más sin acabar.

—Pues no —dijo Nick, sin perder en absoluto el apetito y disfrutando con su comida—. Había varias cosas… que faltaban —puntualizó lentamente, eligiendo las palabras.

—¿Como qué? —preguntó Joey, forzándose a seguir mirándolo sin pestañear.

—La caja con los juguetes de Lily en…

—La he subido a su dormitorio —lo interrumpió ella—. El salón es demasiado pequeño. Y como ahora tenemos tantas visitas… —

dijo con sorna.

—Sí, pero además faltaba el reloj de la chimenea…

—Se me cayó cuando quitaba el polvo…

—y también falta la foto tuya con Lily en brazos que había en la mesita del rincón…

—La he subido a mi habitación —protestó Joey, cortante—. Nick, he dejado tu jersey, tus libros y tus CDs exactamente donde los pusiste la otra noche. No veo de qué te quejas.

Pero lo veía perfectamente. Y parecía que Nick también.

—Dime, Nick —dijo con tono pausado y con su mirada penetrándolo—. ¿por qué exactamente me llamaste anoche? Y, por favor, ¡no insultes mi inteligencia diciéndome que era para preguntarme cuándo volvería a ver a David! —añadió con los ojos relampagueantes.

—Estoy seguro, después de esta conversación —dijo él con una mueca—, de que sabes perfectamente por qué te telefoneé anoche.

—¿Por qué no me lo dices?

—De acuerdo —Nick se encogió de hombros e hizo una ligera inclinación de cabeza—. ¡Estaba cerciorándome de que no hubieses desaparecido, algo que obviamente tienes intención de hacer con Lily, por supuesto, muy pronto!

Joey se lo quedó mirando un largo rato. Porque, efectivamente, tenía razón…

CAPÍTULO 11

JOEY sacudió la cabeza, aturdida. Había analizado la situación desde los planos legal y emocional, y había llegado a la conclusión de que la única opción que tenía era desaparecer con Lily. A cualquier lado.

Lo había hecho antes, lo podía volver a hacer…

—¿Estoy equivocado o es que no tienes intención de confirmarlo o negarlo? —insistió Nick suavemente al ver su reacción.

—La verdad es que estaba pensando que tienes una imaginación muy vivida —dijo ella, lanzándole una verde mirada relampagueante y echándose hacia atrás para que le retirasen el plato usado.

—Huir no funcionará, Joey, ¿no te das cuenta? —dijo él, comprensivo.

Su comprensión casi la venció. Llevaba tanto tiempo luchando sola, que por una vez tuvo deseos de echarse a llorar. Pero no lo haría. ¡Porque si comenzaba a llorar, quizá no lograría parar nunca!

—Suponiendo que tu teoría fuese correcta, aunque no lo es —dijo mirándolo fijamente, sin pestañear—, ¿qué te hace pensar que no funcionará?

—David Banning —respondió él con certeza—. ¿No te das cuenta de que está totalmente decidido a lograr sus fines, Joey? —le preguntó.

—Sé que está interesado en el bienestar de Lily…

—¿Te parece? —reflexionó Nick—. No me da la impresión de ser un hombre que tenga especial interés en los niños, ni suyos ni en los de los demás.

—David no tiene niños —dijo Joey, distraída.

—¿Por qué no?

—¿Por qué no los tienes tú? —replicó ella, impaciente—. Eres solo unos años más joven que él —razonó con más calma.

—Yo nunca he estado casado —descartó Nick— Pero sé que Banning sí —puntualizó.

—Quizá su mujer no quería tener niños —dijo ella, irritada—. Quizá no estuvieron casados suficiente tiempo. ¿Qué diferencia hay?

—No lo sé con seguridad —dijo Nick lentamente—, pero tengo intención de averiguarlo.

—¿A qué te refieres? —le preguntó Joey, sorprendida. —Estoy seguro de que David Banning esconde algo, ¡y estoy decidido a saber qué es!

—¿Cómo? —preguntó ella con voz ahogada.

—Hay formas —se encogió de hombros Nick—. Y medios. ,

Un detective privado… las mismas formas y medios que David había utilizado para encontrarlas a ellas…

—¡No, Nick! —protestó agitada—. Por favor, déjalo. Solo empeorarás las cosas si David se entera de que has estado investigándolo.

—¿Pueden empeorar las cosas? —preguntó Nick, mirándola a los ojos. Oh, sí. Muchísimo.

—Yo… hay cosas que no sabes, Nick —dijo ella sin mirarlo a los ojos—. Cosas de las que no hablo con nadie. Yo misma trato de no pensar en ello. Y… preferiría que no te enemistases con David si…

—¿Qué cosas? —preguntó Nick, tenso, mirando fijamente el pálido rostro femenino.

—Ya te lo he dicho —dijo Joey, negando con la cabeza—. No hablo de ello. Pero realmente no quiero que investigues a David —tragó el nudo que tenía en la garganta—. No remuevas nada por ahora. ¡Por favor! —rogó emotivamente.

—¿Para que tengas tiempo de desaparecer? —le preguntó él—. No puedo permitir que lo hagas, Joey…

—¡No me puedes detener! Si eso fuese lo que intentase hacer —se corrigió instantáneamente, con las mejillas arreboladas al darse cuenta de la trampa en la que había caído. Se había confiado demasiado durante los últimos seis años.

—Claro que puedo —le dijo él con suavidad.

—¿Y cómo intentas hacerlo? ¿Y por qué querrías hacerlo? —le

preguntó.

—Estoy seguro de que ya sabes la respuesta —dijo Nick mirándola con intensidad.

Ella miró la magnética oscuridad de sus ojos, e instantáneamente deseó no haberlo hecho. Porque lo que veía en aquellas cálidas profundidades la hacía desear fundirse en un abrazo con él. ¡Algo que no podía hacer!

—David me ha pedido que me case con él.

Una vez que lo dijo, ya no pudo dar vuelta atrás. Se quedó mirando a Nick sin poder creer que aquellas palabras hubiesen salido de su boca. Fue la primera vez que se dio cuenta de que estaba considerando la proposición de David en serio.

Su mirada de consternación se tornó desafiante al ver la expresión de Nick. Era una mirada que indicaba que haría lo que fuese para causarle el menor dolor posible a Lily y a sí misma.

—¿Y por qué iba a hacerlo? —preguntó Nick, los labios rígidos de rabia.

—¡No soy tan fea que digamos! —dijo ella, enfadada, ruborizándose.

—Esa no es la cuestión; ya te he dicho que eres una mujer hermosa —descartó Nick, serio—. La cuestión es qué motivos lo habrán llevado a hacerlo. Eso sí que no está tan claro —añadió frunciendo el ceño.

Joey deseó no haberle dicho nada. Pero ya era demasiado tarde para ello, ¡Nick sí que parecía decidido a lograr sus fines!

—Además —dijo Nick frunciendo el ceño—, ¡Banning sabe que eres mi prometida! ¡Quizá debería tener unas palabras en privado con él, advertirle que no intente robarme la novia!

—¿De qué valdría? —preguntó Joey.

—¡Me haría sentir mucho mejor! —exclamó él. Joey no pudo evitar soltar una carcajada. Y luego se sorprendió de poder hacerlo en medio de lo que parecía estar convirtiéndose en una tragedia griega.

Corría un serio riesgo de que le quitasen a Lily. Estaba comprometida con Nick, pero no del todo. Se estaba enamorando de él, aunque era lo que menos le convenía. Y David Banning le había pedido que se casase con él, lo cual podría significar que no tendría que luchar por Lily

después de todo.

Sacudió la cabeza, poniéndose seria tan rápido como antes había soltado la carcajada. Se dio cuenta de que estaba al borde de la histeria.

—No es cuestión de que te sientas mejor o no, Nick —dijo enfadada—. La felicidad venidera de una niña de seis años es el factor más importante en todo este jaleo.

—¿Incluso a costa de la tuya? —dijo él, mirándola especulativamente.

—Siempre —dijo ella sin dudarlo, su mirada clara y firme.

—¿Siempre ha sido así? ¿A qué te dedicabas cuando conociste a Daniel Banning? —le preguntó Nick de repente.

—¿Qué diferen…?

—Dímelo, Joey, ¿quieres? —la cortó Nick.

—Estaba estudiando Historia. Había empezado mi especialidad en Historia Moderna —dijo ella.

Nick la miró sorprendido.

—No es lo mismo que llevar una peluquería, ¿verdad? —murmuró pensativo.

Ni se imaginaba lo diferente que fue. O el golpe que había sido cuando, de repente, tuvo que ocuparse de Lily. En aquellas circunstancias, la única opción que había tenido fue dejar la carrera para ocuparse de la niña.

—Mi madre siempre insistió en que había que cubrirse las espaldas —dijo—. Yo aprendí peluquería para ganar dinero e ir a la universidad. ¿Por qué no dejamos el tema, vale?

Nick pareció debatirse y finalmente lanzó un suspiro.

—Quizá lo haga… con una condición —replicó.

—¿Qué condición? —preguntó ella, enfadada.

—No hablaré con Banning… por ahora… siempre que tú no desaparezcas o hagas algo totalmente estúpido, ¡como aceptar su proposición!, antes de que yo pueda hacer algunas averiguaciones por mi cuenta…

—¿Qué tipo de averiguaciones? —preguntó ella, preocupada.

—Sobre Banning, por supuesto —dijo sin alterarse, pero lanzándole una penetrante mirada—. ¿Qué creías que era?

—No sé —dijo Joey, mirando hacia otro lado y sonriendo al camarero que le llevaba el segundo plato—. ¿Crees que tendré

alguna posibilidad de sentarme aquí en paz y comer esto? —le preguntó a Nick cuando se encontraron solos otra vez.

—Cuando me des tu palabra de que una noche de estas no desaparecerás del mapa —le dijo tenso.

Joey asintió abruptamente con la cabeza y se dispuso a comer su ensalada de pollo.

Había pensado que sus días de huida habían acabado. Creía que su vida allí con Lily estaba segura y firme. David Banning lo había cambiado todo. ¿Cuándo acabaría de una vez?

—¿Mami? —dijo Lily desde el asiento de atrás del coche al volver de la clase de natación.

—¿Sí. Lily? —preguntó Joey. esbozando una sonrisa y mirándola por el retrovisor.

—No nos marcharemos nunca de aquí, ¿verdad? —preguntó la niña con el rostro preocupado.

—¿Por qué lo preguntas, cielo? —preguntó Joey apretando el volante e intentando que su voz sonase despreocupada.

—Algo que Daisy dijo en el colé hoy —dijo Lily, encogiendo los pequeños hombros.

¿Daisy? ¿Qué sabría la hija de Hilary sobre lo que les sucedía en aquel momento? Aunque Hilary fuese su amiga y confidente, Joey no había tenido tiempo de hablar con ella del embrollo en que estaba metida.

—Enseguida llegamos, Lily. ¿Lo podemos hablar cuando estemos en casa? —le dijo con ternura. ¡Aquel no era ni el sitio ni el momento!

Condujo pensativa en el tráfico del viernes por la noche. Creía que Lily no se había visto afectada por el jaleo que tenía lugar en su vida, pero parecía que su pregunta indicaba lo contrario. Era el colmo de un día desastroso. ¡Igual que todos los días desde la llegada de David Banning a Inglaterra!

—Entonces, ¿qué te preocupa, muñeca? —exhortó a la niña cuando las dos se encontraron confortablemente instaladas en el sofá del salón.

Lily jugueteó con un botón de la blusa de Joey.

—Daisy dijo en el recreo que nos mudamos —murmuró

finalmente con voz trémula.

—¿En serio? —dijo Joey. Estaba segura de que no le había dicho nada a Hilary sobre la situación en presencia de Daisy. En realidad, una parte de ella seguía con la esperanza de que, cuanto menos hablase de ello, más posibilidades había de que desapareciese. Estaba actuando como el avestruz, pero ya le quedaban pocas opciones. Y a pesar de la promesa a Nick a mediodía, ¡la conversación con Lily le quitaba otra opción!

—Sí —dijo su hija, mordiéndose el labio inferior—. Dice que su mamá está preocupada porque tú cierras la peluquería y…

—¡La peluquería! —dijo Joey, aliviada—. La voy a cerrar por poco tiempo nada más, querida —la tranquilizó instantáneamente —. Solo hasta que encontremos un local nuevo. Te expliqué hace un tiempo que alguien había comprado el terreno donde está edificada la peluquería y entonces tengo que encontrar un sitio nuevo donde ir.

—¿Pero eso quiere decir que nos cambiaremos de casa también? ¿Que tendré que ir a otra escuela?

—Por supuesto que no —negó ella, dándose cuenta al hacerlo de que se estaba cavando su propia fosa. Siempre había sido sincera con Lily, pero en esta ocasión la sinceridad podía tener repercusiones serias.

—Pensaba que las dos podríamos tomarnos unas pequeñas vacaciones mientras esperamos para cambiarnos al salón nuevo —continuó despreocupadamente—. ¿Te gustaría?

—Sí… —accedió Lily, insegura, colgándose de golpe con sus bracitos del cuello de Joey. Estaba claro que no le interesaban unas vacaciones—. No quiero marcharme de aquí, mami —añadió llorosa.

Había sido mucho más fácil cuando Lily era un bebé apenas consciente de lo que la rodeaba, feliz con tal de que Joey no estuviese demasiado lejos de ella. Pero los dos últimos años había ido a la escuela y había hecho amigos, comenzando así su vida fuera del hogar que compartían las dos.

—No nos marcharemos de aquí, Lily —dijo abrazándola fuerte —. Después de todo, esta es nuestra casa —añadió con fuerza.

—Le dije a Daisy que estaba equivocada —dijo Lily esbozando una radiante sonrisa—, que tú me lo hubieses dicho si nos

cambiábamos de casa también.

Por la noche, Joey sintió un enorme peso en el pecho mientras miraba a su hija dormir con una leve sonrisa curvándole los labios.

Lily tenía una fe ciega en ella, creía que Joey era capaz de resolver todo en su vida. Y hasta unos días atrás, Joey habría estado de acuerdo con ella.

Pero ahora no estaba tan segura…

CAPÍTULO 12

ME PREGUNTABA si habrías pensado un poco en mi proposición —dijo David con calma la noche siguiente sentado en el salón de Joey. Lily ya se había ido a la cama antes de que él llegase, unos minutos antes.

Joey no pensaba en otra cosa desde hacía cuarenta y ocho horas, y estaba segura de que David lo sabía. Si se casaba con aquel hombre, todos sus problemas se acabarían, no habría batalla legal por Lily y la niña automáticamente ocuparía su sitio en la familia Banning. Perfecto, pero… ¡ojalá hubiese sucedido dos meses atrás…, dos semanas!

—Lo he pensado —dijo cautelosamente. Y sigo pensándolo —añadió con dureza al observar el relámpago de triunfo en los ojos de él—. Después de todo, es una decisión de esas que te cambian la vida, ¿no?

—Supongo que sí —dijo él, controlándose—, aunque, en lo que concierne a Lily y tú, todo es positivo, diría yo —añadió, mirando con arrogancia el modesto entorno.

A Joey le sentó mal su actitud condescendiente, y los buenos sentimientos que podría haber comenzado a sentir por aquel hombre se esfumaron en un instante. Quizá su casa no estuviese al nivel de los Banning, pero había trabajado duro hasta reunir la Fianza y lo seguía haciendo para pagar la hipoteca todos los meses. Estaba claro que no tendría semejantes preocupaciones si se

casaba con aquel hombre, pero había otras circunstancias a tener en cuenta.

—¿No olvidas algo? —replicó rápidamente—. ¡Mi prometido! —le recordó al ver su expresión interrogante.

—Me parece que no soy el único que se olvida de eso—dijo él.

—¿A qué te refieres? —preguntó ella, perpleja. —Perdona que te lo diga, pero no pareces ocupar demasiado tiempo de su vida…

—No, ¡desde luego que no te lo perdono! —dijo Joey, poniéndose de pie, agitada—. Nick es un hombre muy ocupado, cosa que tu que también te dedicas a los negocios, tendrías que comprender perfectamente —puntualizó desafiante.

—Por supuesto —dijo David—, pero nunca tan ocupado que no pueda pasar un poco de tiempo con mi novia, creo yo. Después de todo, es sábado.

—¿Y? —preguntó Joey. levantando la barbilla.

—Y entonces ¿por qué no está aquí?

—Tiene una reunión en Londres —lo informó triunfal—mente; Nick la había llamado a la peluquería por la mañana para decirle que tenía una reunión urgente, pero que volvería al día siguiente.

—¿De veras? —dijo David con una mueca desagradable.

—Creo que sí —dijo Joey con cautela, sin gustarle ni un ápice la fanfarronería de David.

—Pues estás equivocada —dijo David lanzando un bufido desdeñoso—. ¡En este preciso momento miró su reloj de oro—, tu prometido se encuentra cenando en un restaurante elegante de Londres con una hermosa mujer que se llama Barbara Dillon!

Joey sintió que empalidecía. Le había preguntado a Nick al principio si había algún impedimento para que llevasen a cabo el falso compromiso, y él le aseguró que no. Tal como ella sospechaba, no había sido totalmente sincero…

Aunque en realidad, a ella no tenía por qué importarle…

¿Y los besos que habían compartido?, le dijo la traidora vocecilla interior. ¿Y el acercamiento que se había iniciado entre ellos, la confianza ciega que le había brindado al ver que él era un hombre de palabra? ¿En qué convertía todo ello la cita con otra mujer, una hermosa mujer?

—¿Cómo es posible que lo sepas? —le preguntó enfadada.

—¡Adivina!

Con un sobresalto, Joey se dio cuenta de la forma en que David se había enterado de los movimientos de Nick aquel fin de semana. ¿Y quizá antes también…?

—¡Has hecho que lo sigan! —dijo ahogadamente.

—Velando por los intereses de mi sobrina —dijo el, asintiendo

con una cabezadita.

—¡Cómo te atreves! —dijo Joey, los ojos llameantes—. ¿Quién te crees que eres? Yo…

—Nick Masón está… —dijo David, pero se corrigió enseguida— «estaba» destinado a ser el padrastro de mi sobrina. Tengo todo el derecho del mundo a saber qué tipo de hombre es —dijo con una mueca de desagrado—. Puede que le perdones su infidelidad, quizá ese es el tipo de relación que tenéis, pero es el bienestar de Lily el que yo…

—Mi relación con Nick no te incumbe en absoluto —lo interrumpió Joey acaloradamente—. Y el bienestar de Lily ha sido mi única preocupación durante los últimos seis años.

—¿De veras? —la interrumpió David con calma.

—¿Cómo te atreves? —repitió Joey con furia, agitada, con las mejillas sonrosadas—. ¡Te presentas aquí sabiendo apenas de la existencia de Lily, de la vida que hemos compartido, y te atreves a acusarnos y amenazarnos! Y cuando no logras lo que pretendes con ninguna de las dos cosas, ¡me ofreces matrimonio! —negó con la cabeza, disgustada—. Estaba sopesando tu proposición, pero no necesito considerarla más. ¡No me casaría contigo aunque fueses el único hombre del mundo!

El no pareció alterarse en absoluto ante su diatriba y sonrió burlonamente.

—Qué dramática —dijo con desprecio.

¿Cómo se atrevía a sentarse allí burlándose de ella? ¿Cómo se atrevía a entrar allí…?

No era David Banning con quien estaba enfadada, le dijo la traidora vocecilla. Era con Nick. Era a Nick a quien deseaba gritarle. Porque, a pesar de todas sus buenas intenciones, todas las decisiones que había tomado, se había enamorado de él. Y aquella noche estaba cenando con otra mujer… Se dio la vuelta bruscamente.

—¿Quieres marcharte? —le dijo a David con voz inexpresiva, porque una parte de ella se sentía morir al darse cuenta de que había cometido la tontería más grande de su vida. ¿Cómo se podía haber enamorado de Nick Masón?

—¿Por qué no aceptas lo inevitable, Joey? —dijo David, que en vez de marcharse se había acercado a ella por detrás. Sentía su

cálido aliento en la nuca—. No estaria tan mal casarte conmigo —continuó—. Tu futuro y el de Lily estarían asegurados. Y en cuanto a nuestra relación… tengo mi propia vida. Y dejaría que tú vivieses la tuya. Dentro de unos límites —añadió—, y con discreción, por supuesto.

Era el tipo de matrimonio que Joey más despreciaba. Al menos, la mayoría de las parejas comenzaban su vida conyugal enamoradas. Las relaciones se deterioraban con el paso de los años hasta llegar al compromiso que sugería David. Comenzar un matrimonio con tan Pocas expectativas de éxito le daba náuseas.

—No podría vivir así —dijo ella, negando con la cabeza sin darse la vuelta—. Es algo premeditado y deshonesto.

—Es lógico —dijo él con brusquedad.

—No —dijo Joey, negando nuevamente con la cabeza al darse la vuelta para mirarlo. Estaban tan cerca, que casi se tocaban—. Estoy… estoy segura de que tu oferta es buena, David, pero… en serio, no puedo casarme contigo.

Lo cual le dejaba una sola alternativa…

¿Y por qué no? Tenía que mantener el salón abierto una semana nada más, a Lily le quedaba el mismo tiempo de clases hasta que comenzaran las vacaciones de verano. Y ya tenía hechas la mitad de las maletas.

¿Y la promesa que le había hecho a Nick? ¡Por la forma en que él estaba pasando la noche, aquella promesa parecía un poco ridicula!

—¿Por qué no? —dijo David con voz ronca, claramente molesto por su respuesta.

—No puedo —dijo ella, lanzando un suspiro entrecortado.

—¿Por Masón? —se burló con los ojos relampagueantes—. ¡Ya te he dicho cómo está pasando el fin de semana!

Sí, lo había hecho. ¡Pero eso no suponía ninguna diferencia en cuanto a la forma en que ella sentía!

Ella era quien le recordaba todo el tiempo a Nick que lo único que había entre los dos era un acuerdo. También le había hablado de la proposición de David y le había dicho que se lo estaba pensando. En aquellas circunstancias…, ¿qué pretendía que hiciese Nick?

¡Cualquier cosa menos ir a pasar la velada, y quizá la noche, con

otra mujer!

—No, no es solo por Nick —le respondió a David con cautela.

—Entonces ¿por qué? —preguntó David, alargando las manos para tomarle los brazos—.

—Querrías un matrimonio verdadero, ¿verdad? —observó la palidez del rostro femenino.

¿Con aquel hombre? ¡No! ¡Decididamente no! ¿Con Nick? Oh, sí.

¿Cómo le había sucedido aquello? ¿Por qué le habría sucedido? ¿Por qué ahora?

Tenía treinta años y ya había superado con creces la edad en que uno se hace ilusiones románticas. Y, sin embargo, se había enamorado de Nick, un hombre que la había tratado con cariño y que también había establecido una buena relación con Lily.

¿Cómo se había permitido enamorarse de él?

—No, no quiero eso tampoco —respondió con voz inexpresiva.

—Entonces, ¿qué es lo que quieres? —dijo David, apartándola de sí con un empellón y lanzándole una mirada frustrada.

Deseaba lo que todas las mujeres: alguien a quien amar y que la amase. ¿Era pretender demasiado? A juzgar por su vida, parecía que sí.

—¿Por qué no dejamos las cosas como están? —preguntó con una triste sonrisa.

—Porque… —dijo él y se interrumpió para inspirar profundamente, intentando controlarse.

—¿Porque…? —repitió Joey, mirándolo perpleja.

—Porque no es práctico —dijo David abruptamente—. Si las cosas siguen como hasta ahora, querrás vivir en Inglaterra con Lily…

—Por supuesto —confirmó ella.

—Exacto —dijo él—. Joey, mis padres ya no son jóvenes. Viajan poco y ya no salen de Estados Unidos. Lo cual significa que Lily tendría que viajar a otro continente para visitarlos…, algo que ya me has dicho que no te gusta…

—¡Desde luego que no! —dijo Joey, negando con la cabeza enfáticamente. ¡Sería tan injusto someter a Lily a semejante complicación cada pocos meses! ¡Apenas tenía seis años, por el amor de Dios!

—Como ya te he dicho, la situación no puede seguir así —

prosiguió David implacable.

Joey lo sabía y ya le había dado vueltas y vueltas al tema, pero lo único que había logrado era tener dolor de cabeza.

—¿Por qué, por qué tuvo que morir Daniel? —dijo ahogándose con la emoción, sintiendo que la cabeza le comenzaba a doler nuevamente.

La expresión de David se suavizó instantáneamente.

—¿Lo querías, entonces, después de todo? —dijo lentamente—. Me lo preguntaba… —murmuró ante la penetrante mirada de ella.

Hacía demasiado tiempo desde la última vez que vio a Daniel para recordar lo que había sentido por él. Pero si él no hubiese muerto, nada de aquello le estaría sucediendo ni a ella ni a su querida Liíy. Sin embargo, la llegada de David había removido sentimientos largamente olvidados.

El primer año de vida de Lily, Joey había vivido con el temor de que él cambiase de opinión y reclamase a su hija. Cada vez que el teléfono sonaba o llamaban a la puerta, había temblado de miedo. Pero aquello nunca había sucedido. Y luego, siete años más tarde, David aparecía para reclamar a su sobrina tras la muerte de su hermano.

—¿Quererlo? —repitió cáusticamente, mirándolo enfadada con sus ojos verdes—. Era, sin duda, la persona más egoísta que yo haya conocido en mi vida.

David se envaró al oírla, su expresión endureciéndose, sus ojos dos ranuras de acero.

—Quizá —reconoció tenso—. Pero eso no cambia nada ¿verdad? —se burló—. Tengo intención de quedarme hasta el lunes por la mañana en el hotel. Te agradecería que me dieses una respuesta antes de que me vaya.

—Pero ya…

—Consúltalo con la almohada, Joey —le recomendó David secamente cuando ella intentaba decirle que ya le había dado la respuesta—. Y, de paso, piensa en dónde está durmiendo Nick Masón esta noche —añadió antes de marcharse de la casa.

Su despedida tenía toda la intención de herir, ¡y lo había logrado!

Joey se sentó, hundiendo el rostro en las manos y echándose a llorar. ¿Cómo se iba a imaginar una semana atrás el caos en el que

se convertiría su vida? Lo que sucedía con el futuro de Lily era grave, pero… ¿cómo iba a saber hacía una semana que se enamoraría de Nick Masón?

¿O que Nick estaba pasando la noche con otra mujer?

—¿No me invitas a que pase? —bromeó Nick alegremente cuando Joey le abrió la puerta sin decir nada.

Estaba… maravilloso, reconoció Joey con pesar: su rostro irradiando buen humor, y la camiseta color crema y los vaqueros desteñidos realzaban su físico delgado y atractivo. ¡Se notaba que la noche con Barbara Dillon le había sentado bien!

—¿Qué quieres, Nick? —le preguntó sin ademán de hacerlo pasar.

—Solo he estado fuera veinticuatro horas, Joey, ¿se puede saber qué diablos ha sucedido? —le preguntó él, poniéndose serio.

Joey sabía que su falso compromiso no le daba derecho a opinar sobre el comportamiento de Nick, que él podía ocupar su tiempo en lo que quisiera, ¡pero aquello no quería decir que le gustase aquella situación!

—Nada —suspiró—. Nada en absoluto —añadió con voz inexpresiva.

—No me da la impresión de que sea «nada» —dijo Nick poco convencido, dirigiendo una mirada penetrante al rostro deliberadamente inexpresivo de ella—. ¿Banningha…?

—¿Has pasado un buen fin de semana. Nick? —lo cortó Joey con firmeza.

—No ha estado mal —replicó él con naturalidad—, aunque todavía no ha acabado —puntualizó.

—Estoy bastante ocupada hoy, Nick, así que si eso es lo que has venido a decir… —dijo ella enrojeciendo de rabia.

—No, no es eso —la cortó él abruptamente, empujando la puerta para entrar en la casa.

Joey lo siguió lentamente al salón, mirándolo desafiante cuando la penetrante mirada vio las cajas de embalaje que había por todos lados.

—Pensaba que teníamos un acuerdo —dijo él con voz ronca.

—Lo teníamos —dijo ella. Nick se había marchado viernes

dándole la impresión de que realmente se preocupaba por el bienestar de Lily. ¡pero su comporta miento a partir de entonces desde luego que no lo confirmaba! Por lo tanto, Joey había decidido resolver la situación de la única forma que sabía—, David se vuelve a América por la mañana…

—¿Y tú te vas con él? —acabó su frase Nick.

—No —dijo ella con una amarga risa.

—Entonces, huyes, después de todo —dijo Nick, serio.

Se dio cuenta al oírlo que era justamente lo que le había prometido a Lily que no haría, pero ¿tenía otra opción? Esperaba que la niña la perdonase con el tiempo.

—Yo…

—¿Y Lily, dónde está hoy? —preguntó él mirando a su alrededor.

—Está en un cumpleaños hasta las cinco —dijo ella, desafiante.

—Así que pensaste que aprovecharías su ausencia para embalar todo —adivinó Nick, serio—. Joey, ¿te das cuenta de lo que estás a punto de causarle a la niña?

—¡No vengas aquí a decirme cómo tengo que cuidar a mi hija! —exclamó Joey, furiosa, con el cuerpo tenso. La camiseta ajustada y los vaqueros acentuaban su extrema delgadez. Pero cuando Nick siguió mirándola con conmiseración, gimió—: ¡No sabía qué hacer! —y hundió el rostro entre las manos.

Nick suspiró, acercándose para estrecharla entre sus brazos.

—Podrías haber empezado por tenerme confianza —le dijo, su voz ahogada por el suave cabello que le caía a ella por los hombros.

¡Confianza! Había pasado la mayoría del día, y probablemente de la noche, en compañía de otra mujer. ¿Cómo podía confiar en él?

—Esto no tiene la misma… prioridad para ti que para mí —se ahogó—. Corro el riesgo de perder a mi hija y lo único que se te ocurre hacer es… Da igual —dijo luchando por controlar sus emociones.

¡Ojalá Nick no le diese esa sensación de fuerza, de poder apoyarse en él, tan… ¡Dios, cómo lo quería!

Algunas de sus emociones se reflejaron en su rostro, porque los ojos de Nick se oscurecieron hasta parecer casi negros al dirigirse a la suavidad de la boca femenina. —¡Joey!

—¡No! —dijo ella, apartándose de sus brazos cuando el estaba a

punto de besarla—. Esto solo complicaría las cosas más todavía, Nick —le dijo con esfuerzo, clavándose las uñas en las palmas para resistir el impulso de echarse a sus brazos—. Mira, Nick, te agradezco la ayuda que has intentado darme, pero…

—¿Pero…?

—Pero no ha dado resultado —suspiró—. David sigue empecinado en llevarse a Lily a América…

—¿Eso es lo que te ha dicho? —le preguntó Nick con una mirada especulativa.

—Sí—dijo ella. No tenían sentido las evasivas.

—¿Qué pasó con su proposición de matrimonio? —insistió Nick.

—Lo rechacé —dijo ella con una mueca.

—Algo es algo —dijo Nick con un profundo suspiro—. Pero si él se vuelve a América mañana…

—Volverá, Nick —dijo ella con certeza—. Y, a menos que esté muy equivocada, la próxima vez vendrá pertrechado con algo más que una proposición de matrimonio.

—Una orden del juzgado se lo impediría… —dijo

Nick, moviendo la cabeza.

—¡No! —lo interrumpió Joey abruptamente, incapaz de controlar el miedo. ¡Un miedo que Nick no tenía que percibir!—. No, Nick —repitió con mucha más calma—, no quiero arrastrar a Lily por los juzgados.

—¿Por qué no? —preguntó él, perplejo.

—No quiero, ¿de acuerdo? —advirtió ella y sus ojos relampaguearon.

—No, no está de acuerdo. ¿A qué le tienes tanto miedo?

—¡No tengo miedo! —replicó Joey con fuerza—. Lo que no quiero es arruinar la infancia de Lily con un pleito —un pleito que sabía que no podría ganar…

—¿Y qué sucede si Banning te encuentra? —se la quedó mirando Nick sin comprender.

—Me trasladaré otra vez —le aseguró ella, decidida.

—¿Y otra y otra vez? ¿Las veces que sean necesarias? —adivinó él con cara seria—, Joey, no puedes hacerle eso a Lily —dijo negando con la cabeza—. Es muchísimo mejor solucionarlo legalmente ahora…

—¿Y tú qué sabes? —lo desafió ella, tensa. ¿Cómo podía él

imaginarse el dolor ante la posibilidad de perder a su hija? No podía. Pero aquella era una posibilidad con la que Joey había convivido cada día durante los últimos seis años y medio.., ¡Una posibilidad con la que continuaría viviendo mientras existiese el más remoto riesgo de que los Banning reclamasen a Lily!

—Creo que será mejor que te vayas, Nick —le dijo con tono inexpresivo—. Tengo que acabar de hacer las maletas.

Nick se la quedó mirando frustrado, sin comprender su vehemencia.

No la comprendería nunca. Y cuanto menos gente supiese el motivo, mejor.

—Joey, la razón por la que he venido es para decirte que me voy a Nueva York esta noche —dijo Nick lentamente.

—¿Por qué? —preguntó ella, dirigiéndole una mirada penetrante.

¡Como si fuese necesario preguntárselo! Parecía que se había equivocado, que él no había dejado de ayudarla, después de todo. Sorprendente, si tenía en cuenta que había pasado casi todo el día anterior con otra mujer.

—He descubierto que Banning ha sido… poco generoso con la información, por decirlo así —dijo él cautelosamente, encogiéndose de hombros.

¿Cómo diablos había logrado ocuparse de eso mientas estaba con la hermosa Barbara Dillon?

—¿A qué te refieres? —lo miró extrañada.

—Para eso es para lo que necesito ir a Nueva York,

Para averiguarlo.

Joey lo miró todavía más perpleja.

—¿Harías eso por mí?

—No demasiada gente ha sido amable contigo en el pasado, ¿verdad, Joey? —le dijo mirándola con dulzura.

Ella no pudo responder, las emociones la ahogaban y le imposibilitaban hablar. La oferta de Nick de ir a Nueva York superaba en mucho al acuerdo que tenían…

—Sí, desde luego que lo haría por ti, Joey —respondió Nick rápidamente porque sabía que a ella no le gustaba mostrarse débil ante él—. Todo lo que quiero a cambio es una promesa, una promesa en firme —enfatizó—. de que no te moverás hasta que

vuelva. ¿Lo harás por mí? —preguntó mirándola fijamente.

—Eso depende del tiempo que tengas pensado tardar —dijo ella en broma—. ¿Volverás antes del fin de semana? —le preguntó, pasando de la broma a la seriedad.

—Mejor será que sí —rio él—. ¡De lo contrario, mi padre me dejará en la calle!

Joey lo dudaba mucho, porque ya se había dado cuenta de que eran una familia unida. Además, a pesar de decir que la empresa era de su padre, Nick se ocupaba de gestionar la mayoría de los negocios.

—De acuerdo—prometió—, Pero que sepas que seguiré embalando cosas —le advirtió.

Si Nick no lograba nada que la ayudara a quedarse con Lily, tendría que mudarse en cuanto él llegara. No tenía sentido que él pensase otra cosa.

—Sigue haciéndolo —dijo él de forma enigmática, acercándose para tomarla de los hombros ligeramente antes de inclinarse y sellar sus labios con un rápido beso—. Volveré pronto.

Ella tragó el nudo que tenía en la garganta, luchando contra el impulso de arrojarse a sus brazos y rogarle que le solucionase todo.

—Llámame —le dijo en voz baja, sabiendo que sería una tortura esperar junto al teléfono sin noticias de él.

—En cuanto sepa algo —asintió él, serio.

Joey no se movió durante un largo tiempo después de que Nick se marchase. ¿Qué habría descubierto sobre David? ¿Ayudaría en algo a resolver el lío en que se hallaba inmersa?

A pesar de la confianza de Nick, lo dudaba. Pero también sabía que Nick era su única esperanza, de momento…

CAPÍTULO 13

PERO ¿por qué no me lo puedes decir ahora, Nick? —exigió Joey, exasperada—. La línea no está intervenida, ¿sabes? —añadió impaciente, tan agitada que se olvidó totalmente del vuelco que le había dado el corazón al oír la voz de Nick por teléfono.

—Lo sé, Joey —dijo Nick secamente. Se lo oía perfectamente, como sí hubiese estado en la habitación de al lado en vez de en Nueva York—. Mira, ahora estoy haciendo el equipaje; estaré contigo mañana por la tarde…

—No es eso —lo interrumpió ella, irritada. Bastante había tenido con esperar dos días sin saber nada de él—. ¿Por qué no puedes decírmelo ya? —¿sería algo malo?

—No es nada malo, Joey —dijo Nick, como si le leyera el pensamiento—. La peluquería cierra por la tarde mañana, ¿no?

—Sí —confirmó ella, sorprendida de que con el trajín que él llevaba, recordase que el miércoles cerraban a mediodía.

—Deja la tarde libre —le dijo él con firmeza— Todo lo que he descubierto es positivo.

—¿Y eso es todo lo que vas a decirme?

—Sí —dijo Nick riendo.

—¿Has visto a David? —le preguntó, suponiendo que David se había vuelto a Nueva York. Ella no había contactado con él, había dado el silencio como respuesta…

—Lo he visto —confirmó Nick, serio—. Ya te contaré mañana.

—¿Quieres que te vaya a buscar al aeropuerto? —¡hasta conducir en un atasco sería mejor que sentarse en casa esperando que llegase Nick!

—¡Cuánto hace que alguien se ofrece a irme a buscar al aeropuerto! —dijo él, sorprendido ante su oferta—. Pero no,

gracias, Joey. Tengo el coche aparcado en el aeropuerto.

—De acuerdo —dijo Joey, frustrada—. Tendré que esperar aquí, ¿no?

—Aja —dijo Nick, regocijado—, ¿Sigues haciendo maletas?

—No mucho, con Lily por aquí además del trabajo…

—Ah, por cierto… He hablado con mi padre sobre uno de los locales del supermercado…

—¡Te dije que no lo hicieses! —¿cuándo habría encontrado el momento para hablar con su padre?

—Parece que a ninguno de los dos se nos da demasiado bien que nos digan lo que tenemos que hacer —le dijo él—. Tendremos que solucionar eso cuando vuelva —añadió con voz ahogada.

Los dedos de Joey se aferraron al auricular. ¿Qué quería decir con aquello?

—Pues, volviendo al tema, mi padre está de acuerdo en dejarte uno de los locales a un precio razonable —continuó Nick—. Si sigues interesada, por supuesto —añadió enigmático—. Pero ya hablaremos de ello también cuando vuelva a casa.

¿A casa? ¿Se referiría a Londres o a algo más?

«¡Eh! Ten cuidado, Joey», se dijo. «No permitas que tu imaginación te pierda». El hecho de que ella ansiase verlo no quería decir que él sintiese lo mismo. Estaba segura de que con la hermosa Barbara Dillon en su vida, Nick no sentía lo mismo que ella.

Aunque tampoco había que olvidar que Nick se había ido a Nueva York con el único propósito de ayudarla. Al menos, ella lo había entendido así. Sin embargo, el hecho de que él estuviese en contacto con su padre desde allí parecía indicar que ayudarla no había sido la única razón de ir a América.

—Sí —confirmó con voz inexpresiva—. Hasta mañana por la tarde, entonces.

—Desde luego —dijo él, firme—. Y, por favor, no te preocupes, Joey; todo saldrá bien, ya lo verás —le aseguró antes de cortar.

Que no se preocupase, le decía. ¡Qué fácil era decir eso! Desde que David Banning se había presentado en su casa, lo único que hacía era preocuparse.

Y siguió preocupándose mientras esperaba a Nick el miércoles en su casa. A las tres de la tarde, al ver que él no llegaba, no tuvo más remedio que ir a buscar a Lily y Daisy al colegio. Ojalá que no

se presentase en su ausencia, se dijo, mientras se dirigía a dejar a Daisy y luego volvía con Lily.

En su calle no había ni un coche cuando aparcó frente a la puerta. La mayoría de los vecinos seguían trabajando y tampoco estaba la camioneta destartalada. Mientras le servía la merienda a Lily, Joey se preguntó angustiada dónde estaría Nick. Había dicho que llegaría por la tarde. Ya eran casi las cuatro y media.

Llamaron a la puerta. ¡Por fin!

El corazón pareció detenérsele cuando abrió la puerta y lo vio frente a ella.

—Joey —la saludó él con voz ahogada, una mirada cálida iluminándole los ojos castaños.

Estaba guapísimo con el pelo un poco alborotado por el viento, una sonrisa en el rostro y el atlético cuerpo vestido con vaqueros, camisa blanca y cazadora de cuero del color de sus ojos. Pero, sin duda, se recordó Joey con firmeza, ¡la hermosa Barbara Dillon lo encontraría también irresistible!

—¿Dónde has estado? —preguntó acusadoramente, disimulando con su enfado el deseo de arrojarse a sus brazos—. ¡Te esperaba hace horas!

La sonrisa masculina se hizo un poco menos radiante y se le dibujó una arruga entre los ojos.

—Hubo unos… retrasos en Nueva York. Por ello tuve que tomar un vuelo más tarde de lo que pensaba —se encogió de hombros—. Pero estoy aquí ahora.

—Obviamente —le respondió ella con sarcasmo—. Así que supongo que será mejor que… —se interrumpió al ver un movimiento tras Nick.

Había un BMW negro aparcado detrás del coche de Joey. ¡Parecía que Nick no conducía siempre una camioneta destartalada! Dos personas salían del coche. ¡Dos personas que Joey reconoció instantáneamente!

El hombre era una versión mucho mayor de Daniel y David Banning. Tenía el pelo blanco en vez de rubio, pero era igual de alto y guapo que ellos dos. La mirada de Joey se dirigió rápidamente a la mujer que salía de la puerta trasera del coche. Aunque indudablemente mayor, entre los sesenta y cinco y los setenta años, ¡la mujer era igual a Lily!

Joey supo con total certeza que aquellos eran los abuelos de Lily. ¿Y Nick los había llevado allí? ¿Cómo había podido hacer semejante cosa?

—¿Cómo has podido hacerlo? —susurró entrecortadamente, sintiendo que las rodillas cedían bajo su peso—. ¡Oh, Nick! ¿Cómo has podido hacerme algo así?

—Era la única forma, Joey —le dijo él con firmeza, tornándola del brazo—. No quieren hacerte daño —le aseguró cuando Joey siguió mirándolo con los ojos arrasados en lágrimas—. Solo quieren…

—No comprendes —dijo Joey con voz ahogada por la emoción y soltando el brazo de un tirón—. ¡No comprendes lo que has hecho!

¡Era imposible que aquello estuviese sucediendo! Era su peor pesadilla hecha realidad. ¡Que alguien le dijese que aquello no estaba sucediendo! Por favor…

—¿Joey? —dijo la anciana con suavidad cuando la pareja finalmente se acercó a ellos. Su sonrisa era cálida, aunque un poquito insegura, ¡Se parecía tanto a la de Lily!

Joey cerró los ojos brevemente, rogando que la escena hubiese desaparecido para cuando ella los abriese nuevamente.

—¡Nunca te perdonaré por esto, Nick! —le dijo con vehemencia —. ¡Nunca!

—No han venido a hacerte daño, Joey —dijo Nick. que se había puesto pálido.

—¡No tienes ni idea! —negó ella con la cabeza.

—Joey —dijo el anciano—. Espero que me permitas que te tutee —pidió.

Ella tragó la náusea que amenazaba con dominarla.

—Da igual —dijo resignada en voz baja. Se sentía como si el peso del mundo de repente se le hubiese desplomado sobre los hombros. Y no tenía suficientes fuerzas para soportarlo.

—Nick tiene razón cuando dice que no hemos venido a hacerte daño —le dijo el hombre sonriendo levemente—. Quizá deberíamos presentarnos primero, ¿verdad? Soy Samuel Banning y esta es mi esposa, Lilian. ¿Cómo…?

Joey los miró aturdida. Lily no solo se parecía a su abuela, sino que tenía el mismo nombre.

—¿Podemos entrar, Joey? —sugirió Nick al ver que los primeros

vecinos comenzaban a volver del trabajo.

¿Entrar? Lily estaba en la cocina tomando sus galletas y su zumo, totalmente ajena al cambio que estaba por tener lugar en su vida.

Lilian alargó la mano y le dio a Joey un apretón tranquilizador en el brazo.

—Quizá fuera lo mejor, querida —la alentó con dulzura.

¿Mejor? ¿Mejor para quién? No para ella y Lily, desde luego.

Pero ya era demasiado tarde para ello. Demasiado tarde.

Lo único que le quedaba era decir la verdad. Una verdad que amenazaba con destruirla a ella y a todo lo que amaba.

—Sí —aceptó a su pesar, haciéndose a un lado para que la pareja entrase a la casa primero.

—Esperen un momento, por favor—les dijo Nick, serio, tomando a Joey del brazo. Entró y entornó la puerta tras ellos—. ¿Qué pasa? —le preguntó extrañado—, ¿Qué es lo que no me has dicho? —adivinó astutamente.

—Nada —dijo ella en tono quedo, mirándolo con expresión de dolor—. Sabías que no ibas a encontrarme si me decías que traías a los Banning.

—En un principio iba a ser solamente Samuel; Lilian no ha estado bien de salud y realmente no debería viajar, pero insistió tanto en ver a su nieta que tuvimos que retrasar el viaje para poder incluirla a ella también —explicó.

—Si lo que intentas es hacerme sentir mal porque hasta ahora no los he recibido con cariño, no te molestes —dijo Joey negando con la cabeza. Se volvía a sentir enfadada—. ¡La situación que has creado es catastrófica! —añadió con un trémulo suspiro.

—Dime qué es, entonces —sugirió él, frustrado—. Quizá pueda hacer algo.

—Me parece que ya has hecho lo suficiente —le dijo ella, disgustada, antes de entrar al salón sin fijarse si Nick la seguía o no; su presencia era ya totalmente superflua—. Y realmente lo siento… —se interrumpio palideciendo nuevamente al ver a Lily salir de la cocina.

El parecido de la niña con su abuela paterna resultaba evidente, ¡y más al verlas juntas! Aunque no parí Lily, que le dirigió una mirada extrañada al ver a dos desconocidos más en su casa.

Joey observó a los Banning y se le hizo un nudo en la garganta al ver que Lilian miraba a su nieta con los ojos arrasados en lágrimas. Samuel también hacía esfuerzos por controlar sus emociones.

—Ven a saludar, tesoro —le dijo Joey a la niña, con voz ahogada, alargando la mano mientras los demás entraban tras ella —. Estos son Samuel y Lilian Banning —presentó, sujetando la mano de la niña—. La mamá y el papá del tío David —explicó. Con casi siete años, Lily era perfectamente capaz de sacar sus propias conclusiones.

—¿Quieres decir que son mis…?

—Abuelos —acabó Joey en tono despreocupado—. Sí, tu abuelo y tu abuela de Estados Unidos —confirmó—. Han hecho todo ese viaje para verte a ti —añadió.

Lily los miró, los ojos muy abiertos por el asombro.

—Hola —logró decir finalmente con timidez.

—Hola, Lily —respondió Lilian primero—. Te—te pareces mucho a tu papá —dijo con voz ahogada, antes de que las lágrimas le comenzasen a correr por las arrugadas mejillas.

—Lilian… —dijo Samuel acercándose protectoramente a su esposa.

—No llores, abuela —dijo Lily acercándose a la anciana—. Por favor, no llores —le rogó apoyándose contra ella y tomándola de la mano.

La señora Banning lloró más todavía y abrazó a la niña apretándola contra sus piernas.

Joey también lloró al mirarlas. Lloraba por Lily, pero más por sí misma.

Porque sabía con total certeza que había perdido a su hija…

CAPÍTULO 14

LILY es absolutamente adorable, Joey —dijo Lilian Banning con ternura. Los cinco se habían dirigido a un parque cercano, y Nick y Samuel Banning se turnaban para columpiar a Lily mientras las dos mujeres, sentadas en un banco de madera, los miraban. Al menos eso era lo que Joey había creído, porque al girarse hacia la señora Banning, se dio cuenta de que la anciana la miraba a ella con cariño, ¡lo cual casi fue su perdición!

La situación había sido terriblemente dura cuando ella se quedó sola con Lily. Sus propios padres se habían mostrado comprensivos, pero al mismo tiempo creían que ella tenía que dar al bebé en adopción. ¡Algo que Joey había jurado no hacer nunca!

Y entonces había luchado para quedarse con Lily desde el principio, sin buscar nunca ayuda, y sin sentirse desilusionada cuando no la recibía. La comprensión que se reflejaba en los ojos de la señora Banning le dio deseos de echarse a llorar. ¡Oh, por fin dejar que alguien más se hiciese cargo de aquella enorme responsabilidad! ¡Pero no podía permitir que fuesen los Banning!

—Sí —dijo con voz inexpresiva.

—Créeme, Joey —dijo Lilian dándole un ligero apretón tranquilizador en el brazo—, lo único que deseamos es ayudarte —le aseguró plácidamente—. Pero hablaremos de ello más tarde, cuando Lily esté en la cama, ¿de acuerdo? —añadió cuando una alegre Lily se bajó de un salto del columpio y corrió hacia ellas.

Joey no respondió, recibiendo a la niña en sus brazos y haciéndola girar en redondo una y otra vez, como lo hacía cuando Lily era un bebé.

Las dos reían, ruborizadas y sin aliento, cuando se detuvieron mareadas, abrazándose para no perder el equilibrio. Varias personas

que paseaban por el parque las miraron con indulgencia.

Les parecería tan normal, pensó Joey con tristeza; los abuelos cariñosos, la madre alegre, el indulgente… pues, no podía decirse que Nick fuese nada de Lily, pero alguien que los estuviese mirando pensaría que él era su padre.

Todo tan normal… ¡y al mismo tiempo tan anómalo!

Fue un alivio que Lily siguiese totalmente ajena a lo que sucedía, disfrutando de la comida en un pub cercano y protestando cuando Joey sugirió que ya era hora de marcharse. La respuesta de Nick fue levantarla en sus brazos y echársela al hombro para llevarla, muerta de risa, hasta la casa.

—¡Qué bien nos lo hemos pasado, mami! ¿Verdad? —dijo sonriendo adormilada cuando Joey la acababa de acostar.

¿Bien? Nick no tenía ni idea de lo que había hecho al presentarse con los Banning. No, Joey no podía decir que lo había pasado bien, ¡y estaba segura de que lo iba a pasar todavía peor!

—Ya es hora de dormir, señorita —le dijo a su hija con firmeza antes de inclinarse para besarla—. Los abuelos seguirán aquí mañana —respondió a la pregunta de su hija antes de que la niña tuviese tiempo de formularla.

¡Y al día siguiente! ¡Y al otro y al otro! ¡Seguirían allí hasta que lograran quitarle a Lily!

Pues todavía no habían ganado. Ella también tenía sus derechos, aunque no fuesen más que los que le otorgaban el amor y la dedicación.

Antes de volver al salón, tomó aliento para recobrar la compostura, porque sabía que quizá la batalla estaría por comenzar. Pero era una batalla en la que Nick no tenía nada que ver…

—Creo que sería mejor que te fueses ahora —le dijo tensa, una vez en el salón.

—No estoy de acuerdo contigo —replicó Nick sin alterarse, mientras los Banning permanecían juntos en el sofá sin inmutarse a pesar de sus palabras.

Joey lanzó un suspiro de frustración. Había cosas que no quería que él oyese. Eran demasiado personales, demasiado dolorosas. Volvió a tomar aliento, nerviosa.

—Nick…

—Yo también creo que se tendría que quedar, Joey. —terció

Samuel Banning con calma.

—¿Por qué? ¿Porque necesitaré todo el apoyo moral posible? —preguntó ella, tensa.

El anciano esbozó una triste sonrisa negando con la cabeza.

—Porque es tu prometido y está claro que os quiere mucho a ti y a Lily.

¡Bueno, al menos Nick no les había dicho que su compromiso era una farsa! Aunque aquello no cambiaba el hecho de que ella preferiría que él no estuviese presente durante la conversación.

—No me iré, Joey —le dijo Nick, implacable, cortando cualquier futura objeción que pudiese poner.

Joey se dio cuenta de que o montaba una escena, cosa que aborrecía, o se resignaba a la presencia masculina.

—De acuerdo, quédate entonces —dijo impaciente antes de dirigirse a los Banning en tono desafiante—. ¡Quiero que sepan que no me separaré de Lily sin luchar!

—Lo cual sería una actitud admirable… —asintió Samuel con firmeza— si nuestra intención fuese luchar por la custodia de la niña… —añadió con calma.

—¡Ustedes…! —comenzó Joey, quedándose de piedra cuando comprendió las palabras del señor Banning—. ¿No es eso lo que desean? —preguntó incrédula.

—Joey, tengo setenta y ocho años y Lilian tiene setenta y cinco —dijo Samuel moviendo la cabeza tristemente—. ¿Qué futuro le podríamos ofrecer a una niñita de seis?

Joey se lo quedó mirando, y una llamita de esperanza la iluminó por dentro. Pero rápidamente la apagó. No podía ser tan fácil. Tenía que haber una trampa.

—Joey, Samuel y yo somos conscientes de los sacrificios que has hecho para cuidar a Lily —intervino Lilian con voz ahogada.

Joey le lanzó una mirada penetrante. Era imposible que lo supiese. Nadie en aquella estancia sabía la verdad. ¿O sí?

—Yo conocía los… fallos de Daniel, Joey —dijo Lilian a su pesar —. Sé lo irresponsable que era, lo egoísta. Pero, al mismo tiempo, él y yo nos sentíamos muy unidos —añadió emocionada.

—¿Qué quiere decir con eso? —preguntó Joey mirándola con inquietud.

—Que mi hijo me contaba cosas que no le decía a nadie más —

dijo Lilian—. Por ejemplo, me dijo que se había enamorado de una chica mientras estaba en Oxford. Y que se habían amado —añadió suavemente.

Joey sintió que Nick se movía incómodo en la silla. No sabía por qué motivo lo hacía, solo sabía que él tendría que haberse marchado cuando ella se lo pidió.

—¿Y Lily? —desafió a la anciana, incapaz de dirigir su mirada hacia donde se encontraba Nick. Si lo hacía, amándolo como lo amaba, sería incapaz de proseguir con la conversación—. ¿También le habló de Lily?

—Desgraciadamente, no —dijo Lilian con los labios temblándole de manera incontrolable—. Si lo hubiese hecho…

—¡Habrían venido aquí a quitármela antes! —adivinó Joey sarcásticamente—. Yo…

—Fui sincero cuando te dije que no estábamos aquí para eso, Joey —dijo Samuel Banning sin alterarse—. Te lo prometo —le aseguró cuando vio que ella seguía sin creerlo—. Y, aunque no lo creas, soy un hombre de palabra.

—¿Por qué no iba a creerlo? —preguntó Joey, perpleja, aunque encontraba difícil aceptar que él no tuviese intención de llevarse a Lily de su lado.

—Mi hijo menor te dejó cuando estabas prácticamente con un niño en brazos —dijo él con la boca rígida de rabia—. Y, según tengo entendido, mi hijo mayor te ha estado… digamos que complicando un poco la vida esta última semana —añadió tenso, con una dura expresión en los ojos azules—. Permíteme asegurarte que no te volverá a molestar —concluyó Samuel.

—¿No…? —preguntó Joey, extrañada.

—No —respondió el anciano con énfasis—, David tiene sus propios problemas, que ha de resolver. Le he sugerido que se quede en Estados Unidos y haga exactamente eso.

Joey tuvo la sensación de que había un montón de cosas que Samuel Banning no le decía, pero sus palabras eran tan implacables que no le quedó ninguna duda; tendría setenta y ocho años de edad, pero estaba claro que todavía llevaba las riendas del banco y de su familia. La palabra de Samuel era ley, a pesar de la impresión que David hubiese intentado darle.

—Gracias —aceptó emocionada.

—Es un verdadero placer —sonrió Samuel.

Joey le retribuyó la sonrisa. No podía evitarlo, pero a pesar de que deseaba sentir lo contrario por aquella familia, comenzaban a gustarle los Banning.

—Joey —dijo Lilian, que seguía con los ojos llenos de lágrimas —, quiero que sepas que nunca podremos expresarte nuestra gratitud por la forma en que has criado a Lily.

—La adoro —fue su sencilla respuesta.

—Sí —dijo Lilian, emocionada—. ¿Podrás… podrás algún día perdonar a Daniel por lo que hizo hace seis años? ¿Por abandonarte? ¿Por abandonar a Lily? ¿Por…? —se interrumpió cuando Joey emitió un ahogado gemido de dolor.

Joey se giró para mirar a Nick, que se puso de pie inmediatamente con expresión grave y se acercó a ella, abrazándola protectoramente mientras las lágrimas cegaban los ojos femeninos.

—Es obvio que no —le respondió Nick a Lilian con dureza—. ¿Quizá sería mejor que continuásemos con esto mañana? —sugirió, y su voz se suavizó un tanto para decir—: Creo que Joey ya ha tenido bastante por una noche.

Más que suficiente. Pero presentía que aquello no había acabado aún, que Lilian tenía más que decir…

—Pensaba que conocía a mi hijo —dijo Lilian con emoción—. Lo comprendí perfectamente cuando me habló de la chica que había conocido en la universidad, la chica que había amado. Pero no tenía ni idea de la existencia de Lily, de la forma en que él se había desligado de ella. Yo… Joey, ¿nos podrás perdonar algún día por la forma en que murió tu hermana?

Joey sintió la repentina tensión de Nick, que seguía abrazándola, su completa extrañeza ante las palabras de Lilian. ¡Y con razón!

Su hermana…

La hermosa, alegre y despreocupada Josey.

Joanne y Josephine. Joey y Josey. Dos hermanas que solo se llevaban dos años, que habían crecido inseparables. Habían hecho todo juntas: compartido piso cuando Joey cumplió dieciocho años, encontrado trabajo a tiempo parcial para poder pagarse los estudios, trabajando Josey como camarera y Joey como peluquera. Tenían los mismos amigos y vivían juntas y felices, hasta que un día Josey conoció a Daniel Banning…

El amor de su vida, lo llamaba. Y aunque Joey no compartía del todo el entusiasmo de su hermana, a ella también le había caído bien Daniel.

Hasta que Josey había anunciado que estaba embarazada y Daniel la había abandonado.

Habían seguido meses de dolor y lágrimas, con Josey convencida de que Daniel volvería a ella una vez que el bebé naciese…

Y Daniel había vuelto, pero solo para asistir al funeral de Josey…

CAPÍTULO 15

POR QUÉ diablos no me lo dijiste? —exigió Nick, incrédulo, cuando Joey abrió la puerta. Ella sabía que él volvería después de llevar a los Banning al hotel. Había visto el sobresalto y la incredulidad reflejados en el rostro masculino antes de que finalmente él se diese cuenta de la verdad, aunque había logrado disimularlo ante los Banning.

La verdad era que ella no era la madre de Lily. Cuando las dos hermanas estaban en la universidad, Josey estudiaba Literatura Inglesa mientras Joey se especializaba en Historia Moderna; Josey se enamoró de Daniel Banning.

—Entra, Nick —lo invitó suavemente, dándose la vuelta para entrar al salón. Le alcanzó uno de las dos copas de vino, que había servido mientras esperaba su regreso. Al menos le debía una explicación.

Pero si Lilian y Samuel hablaban en serio cuando le contaron todo lo que había sucedido, le debía mucho más que eso. Ya se había dado cuenta de que su propio método de resolver el problema, de escaparse, habría sido el equivocado.

—Salud, Nick —le dijo elevando su copa para brindar, antes de beber el líquido color rubí—. ¿Por qué no te lo dije? —repitió reflexiva—, ¿Qué habría logrado con eso? Puede que yo no haya dado a luz a Lily, pero en todos los demás sentidos no hay duda de que es mi hija.

Y Joey estaba dispuesta a luchar a muerte para conservarla. Aunque parecía que no tendría que hacerlo, después de todo…

Le costaba trabajo aceptar que todo iba a salir bien, que Lilian y Samuel habían sugerido que Joey adoptase legalmente a Lily, de modo que nunca le pudiesen quitar su derecho como «madre» de

Lily. Joey había comprendido exactamente lo que ellos querían decir: Lilian y Samuel no vivirían eternamente y, cuando ellos faltasen, Daniel sería el cabeza de la familia Banning…

—¿Cómo descubriste lo de David? —le preguntó con curiosidad a Nick, que seguía de pie al otro lado de la estancia.

—¿Que no puede tener hijos? —preguntó Nick—. Mi hermana me ayudó.

—¿Tu hermana? —repitió Joey y lo miró perpleja.

Nick asintió con la cabeza, tenso.

—Joey, todavía no me has explicado por qué no me dijiste que Lily era en realidad la hija de tu hermana…

—Porque no lo es, ¡es mía! —le dijo con determinación—. Ser madre es mucho más que dar a luz, ¿sabes?

Era cuidar constantemente a un bebé indefenso, pasar las noches en vela y sentir una preocupación constante cuando estaba enferma, apoyar siempre, proveer vestido y alimento, brindar un amor inagotable…

—Lo sé perfectamente, Joey —aceptó él dulcemente y su expresión se suavizó—. Lo que pasa es que podría haber ayudado que me dijeses la verdad desde el principio.

—¿De qué manera?

—Todas —dijo él con un ademán de impaciencia—. ¡Caray. Joey, me había estado imaginando todo este tiempo que querías a Daniel Banning! ¡Hasta pensé que te habías enamorado de David porque se parecía a su hermano menor!

—¡No seas ridículo! —descartó ella con incredulidad.

—Como hablaste del dolor de haber perdido a quien amabas…

—Me refería a Josey —lo interrumpió ella—. No éramos solo hermanas, sino también amigas. Hasta me quedé en la universidad haciendo una especialización para poder seguir juntas —dijo ella con la voz rota por la emoción.

Nadie podía imaginarse el dolor que había sentido cuando su hermana había sobrevivido solo unos días al parto de Lily. Joey se había quedado bloqueada por su muerte, y luego enfadada al pensar en su hermosa hermana muerta de aquella manera.

Pero Lily… Le había bastado una mirada a la minúscula criatura totalmente indefensa que había quedado a su cargo para amarla como una leona a su cría.

Aquel amor la había llevado a marcharse de Oxford, donde todos sabían que la niña era de su hermana, para iniciar una nueva vida sin complicaciones para las dos.

¡Hasta que se presentó David Banning! Había sido una suerte tener un nombre tan parecido al de su hermana fallecida y poder atribuir a su mala letra que la firma pusiese «Josey» en vez de «Joey». ¡Y que David no indagase más!

—En cuanto a eso de «todo este tiempo» —repitió Joey con impaciencia—, ¡hace apenas una semana que nos conocemos, Nick!

—Parece mucho más que eso —reconoció él sacudiendo la cabeza.

—¿A que sí? —dijo Joey sonriendo levemente.

—Me preocupaste antes cuando me dijiste que nunca me perdonarías por traer a los Banning —sonrió Nick.

—No quiero hablar del tema hasta que me hayan concedido la adopción de Lily —dijo ella secamente.

—Es lo correcto, ¿sabes? —dijo él poniéndose serio—. Y si los Banning están totalmente de acuerdo con eso, no creo que haya ningún problema.

—Me cuesta creer que David solo quisiese casarse conmigo porque sabe que es incapaz de engendrar un heredero propio. Como padrastro de Lily habría tenido el control total de la fortuna de los Banning una vez que Samuel y Lilian… —se interrumpió, emocionada—. ¡Conocía a sus padres lo bastante como para darse cuenta de que, una vez que supiesen de la existencia de Liíy, la harían su heredera!

—Ahora que Samuel sabe lo que sucede, estoy seguro de que le sobra capacidad para lidiar con David —le aseguró Nick gravemente—. Están horrorizados por lo que él urdió para intentar controlar a la única otra heredera de los Banning —dijo Nick, disgustado—. ¿Cómo puede ser que dos personas tan encantadoras hayan tenido dos hijos tan egoístas?

Joey también se lo había preguntado. Quizá los habían consentido demasiado, hasta el punto de convertirlos en tiranos emocionales.

—Da igual —dijo ella, aliviada nuevamente—. Lo único que me importa es que Lily sigue conmigo.

¡Y también amar a aquel hombre hasta el punto de sentir una

opresión en el pecho cada vez que lo miraba! Pero aquel era otro tema que seguro que no tendría un final tan feliz.

—Te lo agradezco de veras, Nick —le dijo calurosamente—. Nada de esto estaría sucediendo sin tu ayuda. ¡No me puedo creer que todo haya acabado!

Había pasado de la indefensión total a la euforia más grande. ¡Ya no le quitarían nunca a Lily! Algún día, cuando Lily fuese lo bastante mayor como para comprender y aceptar, se lo diría.

—Lo siento —le dijo a Nick cuando lágrimas ardientes comenzaron a correrle por las mejillas—. Es que… ¡Me siento tan feliz!

—¡No quiero ni pensar cómo reaccionarás entonces cuando te sientas triste! —bromeó él, tomándola en sus brazos y hundiendo su rostro en la seda de su cabello.

Joey rio llorosa contra el calor del pecho masculino. ¡Cómo lo quería! Amaba su ternura, su cariño, su fuerza. Le gustaba todo en él.

—Yo no me pongo triste, me enfado —le dijo pesarosa.

—¡Como si no lo supiese! —dijo Nick moviendo la cabeza pesaroso—. Pero quiero que sepas, Joey, que nunca hubiese permitido que los Banning te quitasen a Lily. Les habría presentado batalla —añadió gravemente—. En realidad, fui a Nueva York con la intención de evaluar al enemigo. Pero la primera reunión que tuve con Lilian y Samuel me indicó que ellos eran completamente ajenos a lo que tramaba David.

—Por un momento temí perder a Lily en serio, ¿sabes? —dijo ella con un escalofrío al recordar la angustia que le habían causado las amenazas de David Banning.

Y tembló más todavía al pensar en lo cerca que había estado de caer en la trampa que David le había tendido con su oferta de matrimonio.

—Eso ya no sucederá —le aseguró Nick con determinación—. Pero, dime, Joey —preguntó en un susurro—, ¿no te gustaría tener un hijo propio?

—Lily… —dijo ella envarándose.

—Es tu hija —concluyó Nick la frase—. Ya lo sé, Joey.

Y siempre será una niña muy especial. Pero ¿no te gustaría tener la alegría de tener un niño en tu vientre, de dar a luz, de…?

—Desgraciadamente, hay que encontrar un hombre a quien amar y que te retribuya su amor para que eso suceda —le dijo Joey secamente, separándose de él—, Y yo no tengo eso. Lo cual me recuerda… —dijo mirando la esmeralda rodeada de brillantes que llevaba en la mano izquierda—, será mejor que te devuelva esto ahora.

—Quédatela —dijo Nick con voz ronca cuando ella hizo ademán de quitarse la sortija.

Joey titubeó mirándolo indecisa, pero la expresión de él era indescifrable.

—No podría, Nick —dijo muy a su pesar—, siempre ha sido un préstamo.

—¡Te he dicho que te la quedes! —dijo él con rabia antes de que ella se acabase de quitar la esmeralda—. Joey —añadió haciendo un esfuerzo por calmarse—, yo… —suspiró—. Ahora que se ha solucionado lo de Lily. ¿no podríamos comenzar de nuevo?

—¿De qué forma? —preguntó ella, perpleja.

—Te invito a cenar —se encogió él de hombros—. Tú aceptas. Nos lo pasamos bien juntos. Te vuelvo a invitar. Tú aceptas, y suma y sigue… ¿Qué te parece?

Ella se humedeció los resecos labios, sintiendo una opresión en el pecho.

—¿Quieres invitarme a salir? —logró decir finalmente.

—¡Quiero mucho más que eso! —le aseguró él, impaciente—. Pero puedo esperar. Creo —añadió sardónicamente.

—Nick, creo… creo que te has hecho una idea equivocada de mí —dijo con una mueca—. Puede que sea madre soltera y mis opciones sean limitadas, pero no tengo intención… ¡no estoy dispuesta a compartirte con nadie! —explotó.

—¿Compartirme? —repitió él, perplejo—. ¿Compartirme con quién?

Joey tragó haciendo un esfuerzo.

—Yo… pues ¡con Barbara Dillon, para empezar! —logró decir finalmente.

—¿Con Barbara…? —repitió Nick, totalmente desconcertado.

¡Al menos él no intentaba negar su relación con la otra mujer! Pero, aun así…

—David mandó que te siguieran —desveló incómoda—. Y le

encantó poder decirme que el sábado por la noche cenaste con una mujer hermosa llamada Barbara Dillon.

—¿De veras? —dijo él.

Joey sintió una enorme vergüenza. ¡Nick le había hecho una invitación a cenar, no una declaración! Pero, sin embargo, ¡estaba enamorada de él y no estaba dispuesta a convertirse en un miembro más de su harén!

Y ver que Nick parecía estar partiéndose de la risa a su costa no le hizo ninguna gracia.

—No le veo la gracia, Nick —le dijo molesta.

—Estoy de acuerdo contigo —dijo él poniéndose un poco más serio—. Pero estoy seguro de que a mi hermana le causará mucha satisfacción enterarse de que la consideren «una mujer hermosa».

Ahora le tocó a Joey mirarlo estupefacta. ¿Su hermana?

—Pero su apellido es Dillon…

—Es su apellido de casada —explicó él—. ¿No te dije que se divorció cuando te mencioné que su opinión de los hombres era más o menos igual que la tuya? Fue su ex marido quien se la causó —añadió con una mueca—. Pero es mi hermana, Joey. Te dije que trabajaba en un periódico. Le hablé de David Banning porque ella conoce a mucha gente… y conoce mucho sobre la gente. Y lo que no sabe, puede averiguarlo.

—Como el hecho de que David Banning no puede tener hijos —cayó en la cuenta Joey, azorada.

—Justamente —dijo Nick con satisfacción—. Lo cual me hizo percatarme de por qué quería ser el padrastro de Lily —añadió con dureza—. Mira, si quieres te presento a Barbara —propuso al ver que Joey seguía incómoda.

—No será necesario —replicó ella deseando que la tragase la tierra. Pero, ¿cómo iba a imaginarse que Barbara Dillon era la hermana divorciada de Nick? Era imposible, se tranquilizó. Aunque, al menos, podría haberle dado a Nick el beneficio de la duda…

—Oh, claro que será muy necesario —le dijo Nick con dulzura —. Quiero que tú y Lily conozcáis a toda mi familia, ¡incluyendo al monstruoso Dominic Masón padre ! —añadió en broma.

—¿Por qué? —preguntó Joey mirándolo con incertidumbre.

Nick se encogió de hombros.

—Porque todos sois gente muy agradable.

—Ah —dijo ella conteniendo apenas su desilusión, aunque, ¿qué pretendía? ¿Una declaración de amor eterno? Que ella se hubiese enamorado de Nick no quería decir que él sintiese lo mismo por ella.

—Joey, sé que este ha sido un día muy especial para ti —le dijo él, frustrado—, pero ¿has prestado atención a lo que te he dicho? —se acercó a ella tomándola de los brazos con delicadeza—. Eres una mujer muy especial —se corrigió—: una mujer excepcional. No se me ocurren muchas mujeres que hayan hecho lo que tú hiciste: abandonar tu carrera y tu propia vida para ocuparte de tu sobrina —negó con la cabeza, admirado.

—Pero…

—Pero no es solo eso lo que te hace excepcional —prosiguió Nick con determinación sin permitir que ella lo interrumpiese—. Eres cariñosa, considerada, buena…

—Yo…

—Eres hermosa por dentro y por fuera, por eso te quiero. No sabes lo que es el egoísmo, ni la malicia —volvió a detenerse, admirado—. Nunca había conocido a alguien como tú, Joey.

Joey se había quedado sin aliento, mirándolo, muda. ¿Nick la amaba?

—Es demasiado pronto —se recriminó Nick, impaciente—. No quería decírtelo todavía. Tienes razón, apenas hace una semana que nos conocemos…

—Creo que me di cuenta de lo que sentía por ti al rato de conocerte —logró susurrar Joey por fin, inundada de una felicidad como nunca había sentido antes.

¡Era un sueño hecho realidad! ¡La tranquilidad de tener a Lily para siempre y el hombre que amaba el mismo día!

—¿Y qué es lo que sientes por mí? —le preguntó ahogadamente Nick, la nuez subiéndole y bajándole compulsivamente.

—Estoy enamorada de ti —le dijo ella esbozando una trémula sonrisa—, ¡Puedes añadir «sincera» a la lista de mis cualidades!

¿Demasiado sincera? ¡Parecía que Nick se había quedado mudo de espanto!

—¿Nick…? —lo miró inquieta cuando no pudo soportar más su silencio.

Nick tomó aire ruidosamente, como si antes se hubiese olvidado

de respirar.

—¿Quieres casarte conmigo, Joanne Delaney? ¿Quieres seguir llevando mi sortija de compromiso hasta que le coloque una alianza al lado?

—Solo si me dejas que yo te ponga una alianza en el dedo —dijo Joey tímidamente, rebosando de felicidad.

—Es muy guapo, mami —dijo Lily mirando maravillada a su hermanito recién nacido.

—Muy hermoso —dijo Joey, feliz, cansada después del parto, pero también llena de una euforia indescriptible.

—Pero no tan guapo como su madre —susurró Nick, apretándole la mano mientras miraban como Lily acariciaba la frente del bebé que dormía profundamente en la cuna—. Te amo, Joanne Masón —le dijo emocionado.

—Y yo te quiero a ti —dijo ella sonriéndole. Se estiró para darle un largo beso en los labios, radiante después de haber compartido con él el embarazo y el parto, feliz al ver su amor y orgullo al tomar en brazos a Adam por primera vez. Desde que había conocido a Nick, su vida parecía mejorar día a día—. Os quiero a todos tanto —dijo, la brillante mirada abarcando a toda su familia.

Porque eran una familia. Llevaban un año siéndolo.

Un año de total felicidad, un año en el que Nick y ella habían adoptado a Lily con la bendición de Lilian y Samuel.

Cumpliendo su promesa, Lilian y Samuel habían solucionado el problema de David y dejado la fortuna de los Banning tan bien sujeta, que David nunca más resultaría una amenaza para Lily. La verdad era que habían estado absolutamente maravillosos, y Joey, Nick y Lily habían recibido el Año Nuevo con ellos. Los abuelos honorarios de Adam llegarían de Nueva York al día siguiente para conocer al recién llegado.

Joey no acababa de sorprenderse de lo bien que salía todo. Cuando se mudó a Londres después de su boda con Nick, no le había costado en absoluto dejarle el negocio a Hilary. Y a pesar de sus reservas sobre sacar a Lily de su medio, la niña había florecido rodeada de su nueva familia.

Los padres de Nick querían a Lily, pero, sorprendentemente,

había sido Barbara, la hermana de Nick, quien había sucumbido totalmente al hechizo de la niña. Tanto, que pensaba casarse con el hombre con quien salía desde hacía tres años, anhelando tener un hijo. Joey estaba segura de que la llegada de Adam intensificaría más su deseo.

—No veo el momento en que tú y Adam estéis en casa nuevamente —dijo Nick inclinándose para darle un beso —el amor le hacía brillar los ojos castaños.

—Oh, sí—susurró ella, feliz.

Su casa. Porque su casa era donde estuviesen ella y Nick.

Juntos.

Para siempre.